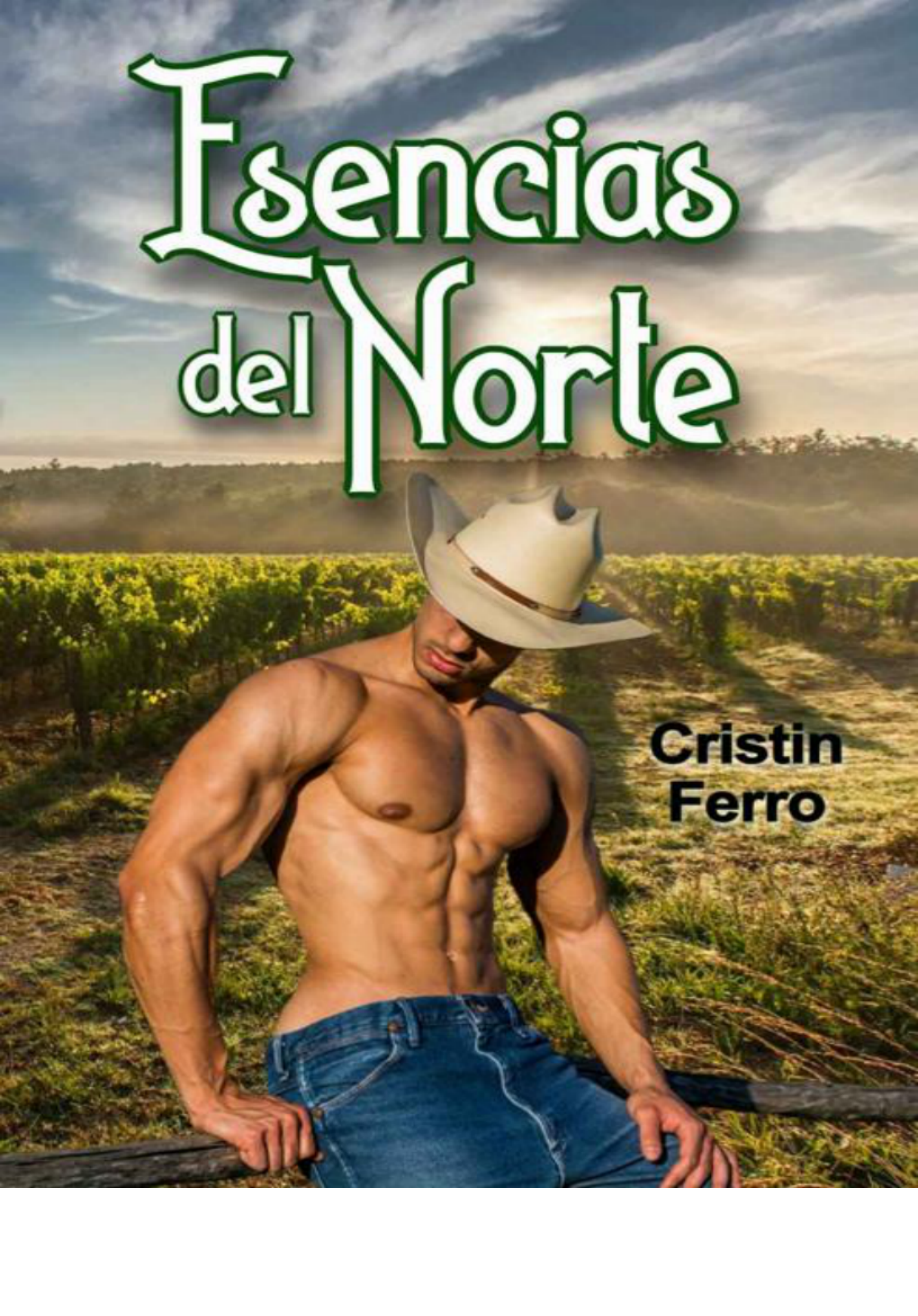

Esencias del Norte
Cristin Ferro

Esencias
del
Norte

CRISTIN FERRO

Índice

Prólogo

2 0 años atrás…

—Prométemelo, Juan.

—Por favor, Pilar, descansa y ya lo hablaremos después —susurra el hombre luchando por contener las lágrimas.

—No va a haber un después, lo noto —su voz es poco más que un susurro cargado de dolor—. Solo prométemelo y me iré tranquila.

—Si es lo que quieres, pero no es necesario que te prometa cuidarla, sabes que lo haré —asevera agarrando la mano de la enferma entre las suyas.

—Hazlo.

—Está bien, prometo ser feliz y ayudar a nuestra hija a que lo sea. ¿Contenta? —Es la promesa más fácil y al mismo tiempo la más difícil que ha tenido que hacer nunca.

—Sí, mucho —responde entre susurros—. Te quiero.

—Y yo a ti, siempre te voy a querer, Pilar.

Una cabecita rubia se asoma por la puerta de la habitación, están en el hospital y se supone que la niña no debería estar ahí, pero su madre se muere y nadie le va a impedir verla. Camina desconfiada hasta que ve a sus padres darse un beso tierno, sonríe y se acerca hasta ellos.

—¿Qué haces aquí, Jessica?

—He venido a ver a mamá.

El padre se agacha y la coge en brazos, la acerca a su madre para que pueda darle un beso e intenta dejarla en el suelo. La niña se agarra a su cuello con fuerza para evitar que la separe de él y este accede, dejando a su hija en sus brazos. Ella quiere estar con sus progenitores y él no tiene fuerzas para negarle nada en ese momento. Un estruendo en el pasillo los sorprende a todos, más aún al entrar al cuarto la autora, nerviosa y acalorada por la carrera.

—Se me ha vuelto a escapar.

—Tranquila, Cata, está con nosotros.

La recién llegada respira aliviada y mira a su hermana mayor, que

ocupa la camilla del hospital. Está demacrada y cada día se la ve más y más cansada, suspirando se acerca a ella y le da un beso en la frente.

—Ese diablillo es idéntico a ti cuando eras niña —comenta tratando de sonar alegre sin llegar a conseguirlo.

—Hermana, me alegra verte bien. Acércate para que me despida.

La muchacha se arrima a su hermana de mala gana, agarra su mano entre las suyas y aguarda. Nadie se esperaba que una simple intoxicación alimentaria acabase así.

—Tú también me lo tienes que prometer. Vas a ser feliz y a vigilar que ellos dos lo sean —su mirada firme da fuerza al hilo de voz con el que pronuncia las palabras.

—No necesito prometerte nada, siempre seremos una familia y cuidaremos los unos de los otros. No es necesario que lo pidas.

—Hazlo.

—Está bien, lo prometo.

La enferma suspira, como si le hubiesen quitado un peso de encima, sintiendo que las fuerzas la abandonan, reposa sobre la cama. Poco después, los mira una última vez y cierra los ojos. Todos se asustan al escuchar el pitido de las máquinas, la enfermera entra y tras ella el médico. Los echan del cuarto y a los pocos minutos salen a confirmar la dolorosa noticia que ya intuían.

Pilar está muerta. Atrás deja una hermana, que solo tiene a su cuñado, ahora viudo, y a su sobrina de diez años. Ninguno tiene más familia y juntos tendrán que aprender a vivir sin ella, a pesar del gran dolor que les produce la pérdida.

Pasada la primera semana el padre recibe una buena oferta de negocio, tras meditarlo mucho, lo ve como una vía de escape a su dolor y decide aprovecharla. Decididos, recoger todas sus cosas y abandonar la ciudad, dejando atrás la gran Madrid para irse al medio del campo. Los tres emprenden la búsqueda de una vida sana en un lugar donde el aire sea puro y la lluvia haga que el verde paisaje reluzca. Juan y Cata creen que esa decisión gustaría a Pilar y por ello sonríen en cuanto llegan a Galicia, al que será su nuevo hogar.

Capítulo 1

Un viernes por la mañana, a pocas semanas de que empiece la temporada de mayor trabajo en las viñas, Juan está sentado delante de su ordenador. Le toca hacer trabajo de oficina pero, por encontrarse escasos de personal, después tendrá que pasar por el viñedo también. Está concentrado en las ventas cuando alguien llama a la puerta, sorprendido por la interrupción, alza la mirada y se encuentra con la de su cuñada.

Catalina entra en la oficina acompañada de un hombre de unos treinta años con pinta de haberse escapado de una película del oeste. Ella le hace una seña indicándole la silla que hay delante del escritorio y con un asentimiento de cabeza sale cerrando la puerta tras de sí.

Juan, desconcertado, mira a su acompañante desde las camperas hasta el sombrero, ese hombre parece el típico vaquero que se ve en la televisión. Aparenta unos treinta años y su presencia le produce mucha curiosidad, pues parece un tipo serio, cuyos ojos verdes observan todo con lenta frialdad y sin mostrar ningún signo de nerviosismo. Tras varios minutos de mutismo, en los que Juan examina al desconocido, por fin se rompe el silencio.

—Buenos días, mi nombre es Justin.

Juan se sorprende al descubrir el acento americano, lo que alienta sus elucubraciones de que ese tipo ha salido de una película del oeste. Está deseando descubrir la razón por la que ese hombre, con un estilo tan llamativo, está en su oficina y, desesperado, reza cruzando los dedos para que sea la solución a sus problemas de personal. Tras varios segundos de silencio, responde al vaquero.

—Bienvenido, Justin, mi nombre es Juan, ¿en qué puedo ayudarle?

—Estoy aquí por la oferta de trabajo, me gustaría ser el encargado, si está usted de acuerdo.

Un silencio tenso invade la oficina, ninguno de los dos dice nada mientras se contemplan de nuevo. Juan se echa hacia atrás en su silla, apoya los codos en los lados y coloca las manos ante su cara, uniendo sus dedos sin dejar de moverlos y recorrer con los ojos la camisa de cuadros, los pantalones vaqueros desgastados y ese calzado tan

extraño en esta parte del mundo. Lo observa sin parpadear, pero el hombre ante él permanece quieto, consciente del escrutinio y esperando pacientemente una respuesta.

—¿Por qué razón debería de darte ese puesto? —Justin abre tranquilamente la carpeta que lleva, que Juan no había visto, saca su currículum y se lo entrega.

—Espero que mi hoja de vida sea suficiente razón, señor.

Juan empieza a leer y cada poco alza la mirada del documento y la fija en el tipo que está sentado frente a él. Realmente tiene unos buenos antecedentes. Natural de Oklahoma City, capataz en un rancho de caballos, jefe de personal en una plantación bananera, encargado en una granja de vacas lecheras… Sí, tiene unos buenos credenciales, pero sin acabar de leer la información, deja los papeles sobre la mesa y clava sus ojos en los del desconocido.

—Repito, ¿por qué razón debería darte el puesto? —Justin se queda pensando un momento y mira a su entrevistador sin amilanarse. No tiene intención de contarle su vida, pero quiere ese empleo.

—He trabajado muy duro en varios lugares, los más destacables en Texas y Brasil. Me gustaría el trabajo porque quiero afincarme en España definitivamente, es un país que me gusta y considero que cumplo los requisitos para el puesto. Tengo experiencia como capataz, encargado y jefe de personal. Y tras ver el descontrol que tiene sus empleados considero que me necesita.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando he llegado había dos apoyados en la puerta fumando, de camino vi a los que estaban en las viñas sentados y hasta había dos echándose una siesta a la sombra. ¿Es eso lo normal?

—Por supuesto que no, desde que no tenemos encargado hacen lo que quieren —resopla Juan indignado, mientras se pasa las manos por el pelo canoso y observa serio a Justin, sus pensamientos van a mil por hora. Si ese muchacho en diez minutos ha descubierto todos esos fallos seguro que conseguiría encontrar por dónde se va el dinero en su bodega, aunque tenga una pinta de lo más extraña.

—¿Cuánto tiempo lleva en Ourense?

—He llegado esta mañana.

—Supongo entonces que no tiene vivienda ni medio de transporte, ¿me equivoco?

—No, no tengo nada todavía. Pero si me da el trabajo hoy mismo me pondré a buscarlo.

—No necesitarás coche, la bodega pondrá a tu disposición uno. En lo

referente a la vivienda, si vas a Rivadavia seguro encuentras algo y no está demasiado lejos, por lo que te será fácil ir y venir.

Juan empieza a enumerar las obligaciones que tiene el puesto de encargado, así como el sueldo y los horarios. Justin asiente y una vez aclarado todo se quedan callados. Ambos se estudian en silencio por unos minutos. Sin dejar de mirarlo, Juan agarra el teléfono y pulsa la tecla del interfono.

—Entra —ordena a alguien y al momento la puerta se abre para dar paso a Catalina—. Prepara su contrato, vamos a ponerlo a prueba.

—Ahora mismo —hace un ademán hacia la puerta— si me acompañas, Justin.

Los dos abandonan la oficina y dejan a Juan pensativo, el vaquero parece muy seguro de sí mismo, en diez minutos encontró varios defectos al personal, quizá él sea la respuesta a sus súplicas, porque desde hace un tiempo, el negocio no es rentable y eso le preocupa, espera no tener que despedir a nadie o peor aún, tener que cerrar la bodega.

El lunes a primera hora llega Justin a la Bodega Esencias del Norte, no hay nadie en el lugar y se dispone a recorrerlo para conocerlo mejor, aunque ya se lo mostraron el día que firmó su contrato, prefiere familiarizarse con las instalaciones por su cuenta. Pasada media hora, cuando ya ha recorrido el exterior de la bodega, el almacén e incluso los viñedos adyacentes, llegan Juan y Catalina, que le entregan las llaves de las puertas de las fincas y le envían las ubicaciones al móvil. La mujer, de unos cincuenta años, rubia y atractiva, a pesar de su edad, lleva con ella una carpeta donde se especifican los trabajos a realizar en esa semana. En cuanto él se ponga al día ya no necesitará las indicaciones de sus superiores, pero por el momento así debe ser. Tras leer las directrices a seguir y tratar de asociar los trabajos de esa zona con los que previamente realizó en otras, se apoya en la pared a esperar a los trabajadores.

Pasan treinta minutos y empiezan a entrar coches por el acceso a la bodega, lo que lo hace mirar la hora y fruncir el ceño. Pasan ya varios minutos de la hora cuando se acerca a ellos con sus pantalones vaqueros, la camiseta del uniforme de la bodega cubierta por una camisa de cuadros, las botas camperas y su inseparable Stetson bien calado. Sin mucha dilación empieza a repartirlos en grupos, asegurándose de separar a los que vio el día anterior durmiendo, a cada equipo le asigna una tarea y los envía a la plantación indicada. Cuando estos ya están subiendo a los coches para partir, llegan cinco empleados más, Justin se acerca a ellos con el ceño fruncido y mirando el reloj molesto.

—¿A qué hora empieza su jornada laboral, señores? —Empiezan a hablar todos juntos y su gesto se torna más serio. Poco a poco los recién llegados lo notan y se van callando. Sus caras reflejan que les da igual lo que les diga, pero él está seguro que no les va a dar tan igual en cuanto lo escuchen—. A partir de hoy el que llegue tarde acumulará faltas, al llegar a cinco le descontaré un día de su sueldo. Si continúa actuando así, le mandaré una semana a casa sin cobrar y si ni eso le enseña cuál es el horario, le despediré. ¿Está claro?

Todos asienten aunque no están de acuerdo y le miran mal. ¿Quién se cree ese vaquero recién llegado para hablarles así? Entre los que llegaron tarde hay dos hombres que llevan desde el principio, cuando Juan y Catalina compraron la bodega, trabajando para ellos, se creen que nadie les puede despedir y sus caras de incredulidad lo reflejan. De mala gana, Justin les asigna las peores tareas y se va tras ver el coche salir hacia la viña.

Los primeros días son complicados, algunos empleados no hacen caso a sus advertencias y continúan llegando tarde. Justin anota las faltas y al llegar a cinco le notifica a Catalina que descuente los días pertinentes. Durante casi un mes Justin pasa lista a primera hora en la bodega, asigna las tareas y anota las faltas. Ayuda en todo lo que puede y se asegura de aprender bien los tejemanejes de la viticultura gallega. Al llegar el día de cobro asignado por el jefe, el primer viernes de mes, Juan los espera antes de irse a casa con sus sobres preparados. Justin los ve a todos haciendo cola delante de la oficina del dueño y sube a reunirse con Catalina en su despacho, a la espera de lo que está por venir, consciente de que se va a liar y está preparado. Un portazo le alerta y se pone de pie, sin prisa, camina hasta donde están los demás. Jorge, un cuarentón que está casi calvo y con los dientes amarillos de fumar como un carretero, le encara y empieza a gritar, aunque él ni parpadea al escucharlo.

—¿Cómo te atreves a descontarme días de mi sueldo? Necesito mi dinero maldito yankee y me lo vas a dar tú si no quieres tener problemas. —Justin alza una ceja y le observa condescendiente bajo el ala de su sombrero. Se cruza de brazos frente a él y echa una mirada alrededor, todos les contemplan y él no se amilana, si lo hace hoy perderá el respeto de la gente y no se lo puede permitir.

—El primer día os lo dije a todos muy claro, las faltas de puntualidad iban a descontarse de vuestro sueldo. Si pensabas que por llevar veinte años trabajando aquí no te iba a afectar, es que te valoras demasiado a ti mismo. La norma es para todos —aclama alzando la voz para que los otros lo escuchen bien— desde el más veterano al último que fue contratado. ¿Queda claro?

—Maldito, no sabes con quien te estás metiendo, vas a pagar por

esto…

—¿Me estás amenazando? —Justin se acerca más a Jorge y aunque el olor a sudor del hombre le anima a retroceder, no lo hace y le susurra al oído—. Piénsatelo dos veces antes de contestar, puedo echarte ahora mismo y nadie revocará mi decisión.

Rechinando los dientes, Jorge se separa de Justin y, tras lanzarle una mirada asesina, sale de la oficina dejando el lugar en completo silencio. El vaquero da una vuelta sobre sí mismo, alzando el ala del sombrero y los reta.

—¿Alguien más quiere decir algo? —Todos niegan con la cabeza, lo que pasa por sus mentes solo ellos lo saben, pero al menos se mantienen en silencio. Uno de los presentes aprieta mucho los puños y casi ahogándose con la bilis que le produce la ira, entra a cobrar su sueldo, el cual estará igual de mermado que el de Jorge, pues ambos llegaban tarde por ir a tomar café al bar antes de ir a trabajar.

Pasan las semanas sin más problemas importantes con los empleados. Juan y Catalina están felices con el trabajo de Justin, a pesar de tener alguna discusión por las medidas de penalización, dado que siempre habían tenido gente propensa a llegar tarde, pero nada importante y menos aún tras ver que las estrictas medidas del vaquero acaban por dar resultado. Dos meses después de ser contratado, Justin controla a la perfección todo lo referente a los viñedos y el personal del campo. Hasta el enólogo, un cincuentón desconfiado y con aspecto descuidado, que en un principio no creía al novato capaz de llevar todo con mano de hierro, está impresionado por su labor.

Las semanas pasan y llega el mes de septiembre, y con él la vendimia, la época de mayor estrés para los viticultores. Juan y Catalina delegan del todo en Justin y Sebastián, el enólogo, dedicándose cada uno a su trabajo. Catalina a promocionar y vender los vinos que la bodega produce y Juan a controlar las cuentas y revisar que todo esté correcto. Justin, consciente de la sobrecarga de trabajo, contrata a varias personas para ayudar en la bodega y las viñas. Se necesita personal en ambos lados, tanto para vendimiar como para el proceso de clasificación de la uva. Solo lo mejor para hacer vinos de calidad.

La denominación de origen envía a un representante y bajo su atenta mirada pasan las cajas llenas de uvas de las diferentes variedades, verificando así que todo está correcto. El controlador, que es una mujer llamada Lorena, pasa diez días intentando que Justin, el vaquero más sexy que ha visto nunca, acceda a quedar con ella al salir del trabajo. A pesar de sus continuas negativas, el último día de vendimia accede y juntos se van a tomar una cerveza al lado del río.

Desde un banco, ambos observan la cola del embalse, un paisaje

precioso que a esa hora casi no se distingue, a pesar de las luces. A pesar de la reticencia del encargado, la atractiva morena lo seduce y acaban los dos yendo a su casa a pasar la noche. Desde que llegó a trabajar a Castrelo de Miño, es la primera mujer que mete en su cama y lo cierto es que ya lo necesitaba. Pasan gran parte de la noche retozado y, al alba, Justin se levanta para ir a trabajar. Agotado, se despide de Lorena, a la que pide que cierre la puerta cuando se vaya. Es cierto que han pasado un rato entretenido, pero si se vuelven a encontrar hará como si no la conociera, él no quiere saber nada de mujeres ni de relaciones, lo último que desea es complicarse la vida. Ese día, en la bodega, todos miran raro a Justin que, no entiende que demonios les pasa, pues por primera vez desde que llegó a trabajar ahí, no lleva el ceño fruncido.

Capítulo 2

E

n la actualidad…

Justin entra a la oficina de Juan, con el sombrero en la mano y la confianza que le da haber sido el encargado durante casi cinco años. Se encuentra allí a Catalina, que está sentada en una de las sillas que hay frente al escritorio. Justin agarra la otra y toma asiento.

—Mañana se incorpora al personal una mujer. —La cara de orgullo de Juan hace que Justin desconfíe—. Su nombre es Jessica y espero que la trates bien, es mi hija.

—*What?* ¿Tienes una hija? —Justin deja que la sorpresa se refleje en su cara mirando a Juan, en todo el tiempo que lleva trabajando para él nunca ha tenido noticia de una hija.

Catalina y Juan se echan a reír al escucharle, nadie sabe de la existencia de Jessica pues ya se encargaron ellos de separar la vida personal de la laboral. Justin no deja de observarlos, confuso, le parece que los dos se cachondean de él.

—Soy viudo y tengo una niña, sí. ¿Por qué te extraña?

—Nunca la habías mencionado, ¿he de tratarla diferente por ser tu heredera? ¿qué cargo va a ocupar? ¿va a… —otra vez la mano alzada de Catalina corta su diatriba.

—Si nos dejas hablar te explicamos todo —Justin asiente y espera.

—Verás —Catalina explica— es la hija de mi hermana, es decir, mi sobrina. Se llama Jessica y ha estado muy protegida toda su vida, debido a la muerte de su madre la hemos consentido un poco. Ha estudiado dos carreras, enología y dirección de empresas, siendo consciente que algún día tendría que afrontar sus obligaciones como heredera de la Bodega Esencias del Norte.

—*Wait*, espera… —Justin interviene incrédulo, ¿son cuñados? ¿cuántas cosas más no cuentan estos dos? ¿Y qué se supone que va a hacer él con una niñata que nunca ha dado un palo al agua?—. ¿Me estás diciendo que es una niña pija que nunca ha trabajado?

—No llames de esa forma a mi hija, te tengo aprecio muchacho, pero ella es mi hija. No lo olvides.

—No es una niña y menos aún una pija de esas— Catalina mira

seriamente a Justin. —A partir de mañana entrará a trabajar como tu ayudante. Y sí, ya sabemos que no necesitas una ayudante, pero queremos que ella aprenda del mejor y ese eres tú. Aunque tengas el mismo carácter que un demonio y además, es bueno que nadie sepa quién es, así podrá pasar desapercibida y ayudarnos a descubrir qué está pasando.

El silencio reina en la oficina. Justin observa incrédulo a sus superiores. Resulta que son cuñados y ahora la niña de la casa va a ser su ayudante y una espía, ni más ni menos. ¡Esto no le puede estar pasando a él! Justin frunce el ceño y sigue cavilando. Le acaban de nombrar niñero de la hija del jefe. Una consentida que nunca ha trabajado y que, encima, va a acabar siendo la dueña de todo, aunque solo él lo sepa. Un gemido se le escapa al comprender que su vida cómoda y tranquila ha llegado a su fin. Se levanta de la silla con su eterno ceño fruncido, dirige una mirada cargada de recelo a ambos y camina hasta la salida. En la puerta, con el pomo en la mano, habla sin girarse.

—Si pretendéis que no se sepa que es una enchufada, mejor no intervengáis en mi forma de tratarla. Si no lo hago como a los demás, van a desconfiar. —No les da tiempo a responder, sale de la oficina como alma que se lleva el diablo. Llega al aparcamiento y abandona la bodega antes de decir o hacer algo de lo que se pueda arrepentir.

Al llegar a Ourense, Justin había alquilado un piso en Rivadavia, temiendo que su trabajo fuera temporal, pero al ver que su estancia se alargaba se había buscado una casa en Castrelo, cerca de la Bodega Esencias del Norte, para ahorrarse los desplazamientos. Su idea inicial era alquilar, pero la zona le gustó mucho y acabó por comprar, convirtiéndose así en dueño de algo, gracias a los ahorros que se trajo de América. Es una vivienda pequeña, no le fue muy cara por eso, pero es suficientemente grande para él y cubre perfectamente sus necesidades. Cuenta con dos dormitorios, la cocina, el salón y dos baños. Lo mejor es que desde la ventana de su dormitorio tiene unas vistas preciosas a la cola del embalse, donde se refleja la luz del sol y hace que tanto al amanecer como al atardecer, se quede embobado mirando su reflejo en el agua. Es una casa muy acogedora en la zona del embarcadero, solo tiene que caminar unos metros y está en la orilla del río, lo que a él le encanta.

Apurado, aparca el coche y entra en su hogar. Nada más cerrar la puerta empieza a quitarse las botas, de una patada manda las camperas por el aire, continúa con su ropa, que va dejando tirada de camino al cuarto de baño, finalmente deja su Stetson sobre el lavamanos y abre la mampara, no hay nada mejor que una ducha que le ayude a pensar y relajarse. Desde que Juan mencionó a su hija, se

teme que lo que se le viene encima pondrá patas arriba su perfecta y organizada vida.

Esa mañana Justin llega más temprano de lo normal a la bodega. Tras planear las tareas de los empleados y esperar a que todos llegaran para asignarlas, se da cuenta que de la heredera no hay noticia alguna. Temiéndose lo peor, da las instrucciones a los trabajadores y se apoya en la pared que da al aparcamiento a esperarla. Media hora después y con un cabreo considerable, se separa del muro y empieza a caminar hacia el interior de la nave de almacenamiento, sin dejar de pensar en cómo decirle a Juan que su hijita es una impresentable. El ruido del motor de un coche lo detiene, se gira y lo que ve lo inquieta, un escarabajo de los nuevos, descapotable y rojo se acerca a toda velocidad. Niega al percibir que se detiene en la zona de personal y vuelve a apoyarse en la pared consciente de lo que eso significa, tiene que ser la niña mimada.

Pasan unos minutos eternos hasta que la puerta del conductor se abre y por ella asoma un zapato de tacón rojo. Justin aprieta los dientes rezando para que esa no sea la hija de Juan, pero algo en su interior le dice que está viendo a su futura ayudante. Al calzado le sigue una pierna bien torneada que Justin es incapaz de no recorrer con la mirada. El encargado está tan concentrado, casi babeando por la extremidad de la mujer, cuando ella sale del coche y le muestra su perfecto cuerpo. Los ojos masculinos la recorren hambrientos, es un bombón, nadie puede negarlo. Desde los zapatos rojos con unos tacones altísimos hasta su melena rubia, está para comérsela. Se fija aún más en sus curvas cuando se agacha para coger algo en el interior del coche y le da una perspectiva espectacular de su trasero, sí, esa mujer es un bocado muy tentador, pero también muy peligroso. Sale del coche ajustándose las gafas de sol, se pone de pie, cierra la puerta y, con un gran bolso negro colgando del brazo, camina hacia él.

Justin aprieta los dientes al verla bien, su pelo liso del color del oro le llega a media espalda, los enormes lentes de sol cubren sus ojos y resaltan el carmín escarlata en sus labios, pómulos marcados y cuello fino adornado con una cadena de oro de la que cuelga un corazón. Sin poder evitarlo, deja vagar los ojos por su cuerpo y casi se ahoga al fijarse en su ropa. Lleva una minifalda negra que deja a la vista de todos esas piernas perfectas, que hace un momento casi lo pusieron en una situación vergonzosa; una camisa blanca con más botones de los debidos abiertos, por descuido o a propósito solo lo sabe ella, que deja entrever el canalillo a unos pechos firmes y llenos; encima lleva una americana negra que la hace parecer la secretaria caliente de alguna peli porno, Justin se aclara la voz antes de dar un paso hacia esa mujer, para evitar sonar como un chiquillo al que controlan sus

hormonas, pero es justo así como se siente.

—Buenos días, señorita, ¿en qué puedo ayudarla?

Jessica se queda embobada estudiando al hombre que le habla, ¿quién es ese? su padre no le habló de nadie que encaje con su descripción. ¿Y qué demonios lleva en la cabeza? ¿Es un gorro de vaquero? Sin responder a su pregunta, tras haberse quedado muda al verlo, continúa deslizando la mirada por su cuerpo. Le dan ganas de abanicarse al percibir sus músculos definidos bajo la ropa, ¿cómo será tocarlo? La mente de Jessica no deja de preguntarse quién puede ser. No puede, ni quiere, dejar de observarlo fijándose en los detalles, viste ropa de trabajo y no va muy limpio, pero está impresionante. Jess hace una mueca al ver sus botas puntiagudas llenas de tierra, asciende por sus piernas y se muerde el labio al comprobar que los vaqueros le marcan el paquete, sonríe maliciosa y sigue la exploración, lleva una camiseta gastada de tanto lavarla con el logotipo de la bodega, lo que significa que es algún empleado y no de los nuevos, continúa ascendiendo hacia su cuello moreno, sus labios gruesos le llaman la atención, seguro que podría darle un buen mordisco. Un carraspeo la hace subir la mirada y encontrarse con la de él. Sus ojos verdes son fríos y su gesto dice que no aprecia la evaluación a la que le acaba de someter.

—Mi nombre es Jessica y busco al encargado, llámalo —dice fingiendo que no ha pasado nada. Justin resopla por el tono en el que la mujer acaba de hablarle y se acerca más a ella.

—¿Qué pasa si no obedezco? —Jessica se queda embobada al tenerlo tan cerca, están casi rozándose, si se mueve un poco su nariz tocará la de él, y su aroma a hombre y sándalo la rodea.

—Respeta mi espacio, vaquero patán. —Sin saber qué hacer para recuperar la compostura Jessica lo empuja, o lo intenta, porque no lo mueve ni un centímetro. Él se ríe al ver su desconcierto y se acerca un poco más ella, apartando su pelo y susurrando en su oído.

—Yo soy el encargado y tú debes ser la niña de papá. —Se separa dejándola boquiabierta y con su eterno ceño fruncido casi le gruñe, mientras se recoloca su sombrero—. Llegas tarde, si vas a ser mi ayudante más te vale empezar por ser puntual.

Justin se encamina hacia la bodega, por un minuto se queda congelada, pero al reaccionar echa a correr detrás, aunque no la ve, se lo indica el ruido de sus tacones. Mira al cielo pidiendo paciencia, porque la va a necesitar, y se dirige a las escaleras que llevan a las oficinas. Jessica lo sigue a distancia, con lo que se había esforzado esa mañana para estar guapa y el muy bruto no le dedicó ni una sola mirada. Llegan a las oficinas y tras tocar a la puerta entran a la de su

padre, al verla este sonríe y se levanta.

—Pequeña, ¿hace mucho que has llegado?

—Acabo de llegar, papi, no me avistase que este —señala a Justin con un puchero— era tan serio. —Padre e hija continúan hablando como si estuviesen solos por unos minutos, Justin, cansado de ser ignorado, se hace notar.

—Juan, tu retoño no viene preparada para trabajar, es más, no viene vestida para hacer nada. ¿A dónde se supone que la voy a llevar con esa pinta? porque a las viñas seguro que no, no quiero tener que rescatarla si se le entierran los tacones. Y menos ganas tengo de ver como los empleados se la comen con la mirada, *fuck!* Va a distraerlos y podría ocurrir un accidente.

Juan se separa un poco de su hija y la observa, sonríe y asiente. Se sienta de nuevo en su silla y les señala las dos restantes. De mala gana, Justin se acomoda al lado de la mujer, a la que al sentarse se le ha subido la falda dejando más piel de su muslo expuesta. Justin se muerde la lengua para no decirle que se tape y mira a su jefe resoplando. Este promete ser un día muy largo.

—Querida, Justin tiene razón, no puedes trabajar así vestida, ve al almacén y coge un uniforme de tu talla, mañana has de venir vestida para trabajar. Hoy aprovechad para que Justin te enseñe la bodega y la plantación.

—No soy su niñera, Juan, ya hablamos sobre esto. No voy a permitir que esta “señorita”, por muy hija tuya que sea, mine mi autoridad. Déjaselo claro, no quiero confusiones.

Jessica oscila su mirada de su padre a Justin, que acaba de descubrir es el nombre del encargado. En todos los años que han pasado desde que empezó el instituto no había vuelto a pisar la bodega. A ella no le apetecía lo más mínimo y su padre no parecía molesto por ello. Ahora se arrepentía, ¿qué otras novedades habría? Si todos los empleados están como el encargado va a ser todo un placer para la vista el trabajar aquí. Los dos hombres continúan discutiendo algo y Jessica observa al vaquero de reojo, no parece muy feliz de enseñarle cómo funciona esto.

—Jessica, cariño, ¿me estás escuchando? —La voz de su padre la saca de su abstracción. Le sonríe y asiente aunque no ha escuchado nada de lo que ha dicho.

—Nadie puede saber que eres mi heredera, ¿entiendes? Vas a ser una empleada más.

—¿Cómo? ¿por qué?

—¿No estabas escuchando nada de lo que estábamos hablando? —

Justin resopla molesto—. Mira niña —la voz de Justin es fría y seria— en estos momentos no necesito esta distracción, hay mucho trabajo y lo último que me hace falta es tener que preocuparme por ti. ¿Por qué no empiezas como secretaria?

—Yo no soy la secretaria de nadie, soy la futura dueña de todo lo que te rodea, no lo olvides, vaquero de tres al cuarto. —Justin se levanta echando chispas por los ojos, encara a Juan y prácticamente le gruñe.

—*¡Shit!* Te dije que esto no iba a funcionar. Asígnala a otro, yo no voy a permitir que nadie me insulte, por más hija tuya que sea. —Se da la vuelta furioso y en dos pasos llega a la puerta, la voz de su jefe lo detiene.

—¿A dónde crees que vas? Regresa aquí, Justin, las cosas se harán como acordamos. Mañana, Jessica vendrá a la misma hora que los demás, con ropa de trabajo y dispuesta a ser tu ayudante. —Los dos intentan protestar y él sube el tono y afirma categórico— ¡no es negociable, para ninguno!

Ambos cierran la boca, iban a protestar, pero el tono autoritario de Juan los calla a los dos. Juan tiene una presencia que no es indiferente a nadie, sus rasgos están marcados por arrugas de expresión, que evidencian una personalidad alegre, pero los más cercanos saben que cuando su tono se vuelve acerado es mejor callar. Sus ojos de un color marrón claro, son muy expresivos y en ese momento dicen “no me toquéis los cojones”. Los dos se sientan de nuevo, callados y sin dejar de mirarse de reojo. Parece ser que el odio a primera vista también existe, o eso cree el par de jóvenes que se asesina con la mirada.

—A partir de mañana, Jessica obedecerá tus ordenes como una empleada más.

Jessica se envara y va a protestar cuando la entonación de su padre y su mirada la detienen de nuevo. Resopla indignada y se cruza de brazos ofendida, ella no quiere ser la ayudante de ese paleto.

—Repito, Jessica, obedecerás las ordenes de Justin. Nadie puede saber que eres mi hija, ¿está claro? Tienes que ganarte su respeto y confianza empezando desde abajo, no hay más que hablar sobre el tema. Y tú —mira a Justin serio— no abuses de tu autoridad, es mi pequeña de quién estamos hablando.

—Yo ya te dije que la voy a tratar como a los demás empleados o van a sospechar. En todo el tiempo que llevo aquí nunca he hecho distinciones, no voy a empezar hoy. —El silencio invade la oficina, Juan y Justin asienten y Jessica los mira indignada, se levanta airada y los encara.

—Por lo visto mi opinión no interesa a nadie, si ya lo han decidido

todo los señores me voy a mi casa. Mañana estaré aquí a la hora acordada, con las fachas ordenadas y sin el menor rastro de mi personalidad, dado que voy a ser la sombra del vaquero de las cavernas. —Los dos se la quedan mirando entre divertidos y enfadados, ella camina airada hasta la puerta y sale dando un portazo, sus pasos los acompaña con el repiqueteo de sus tacones en las escaleras. Justin contempla a Juan incrédulo.

—¿Acaba de llamarme troglodita? —Se ríen y regresan a sus quehaceres, conscientes de que al día siguiente la dinámica de sus vidas cambiará de forma irremediable y para siempre.

Capítulo 3

Jessica llega a la bodega muy temprano, si ese vaquero odioso creyó que no iba a cumplir es una buena señal de que no la conoce. Con la frente muy alta se baja de su precioso escarabajo, ese coche es muy importante para ella, su padre se lo regaló al cumplir los dieciocho años y desde entonces lo cuida como si fuese su bebé. Se mira a sí misma y hace un mohín, la ropa no le va bien de talla y parece que lleva harapos, aunque es cierto que el pantalón se le ciñe en el trasero y la camiseta marca sus pechos.

Resopla y se adentra en la bodega ya que alguien ha llegado antes que ella y está abierto. Camina en silencio, tiene curiosidad por saber quién está trabajando a las ocho de la mañana, cuando la jornada empieza a las nueve. Sigilosa, se acerca a dónde escucha ruidos y ve a dos hombres cargando cajas. Respira más tranquila, por lo visto ese día hay que entregar un pedido muy temprano y los empleados están en ello. Le resta importancia y vuelve a salir.

Una vez en el exterior se apoya en la pared y fija su mirada en la entrada del aparcamiento, a ver lo que tarda el encargaducho en llegar. No pasan ni cinco minutos y un coche con el rótulo de la bodega aparca frente a ella, de él se baja Justin, con la misma cara de chupar limones que el día anterior, colocándose el sombrero. Jessica chasquea la lengua, lástima que no sepa sonreír, con lo sexy que es, seguro que sería un espectáculo. Justin pasa por delante de ella veloz y entra por la puerta abierta, su grito la alerta que algo no va bien.

—*Damn it! Fuck!* ¿Quién anda ahí? —Jessica lo sigue hacia donde hace unos minutos ella vio a los dos hombres cargando las cajas, él le indica que se quede atrás y continúa avanzando. El almacén está vacío, es como si nunca hubiese pasado nada. Justin suelta una retahíla de juramentos y sale al exterior. Acelerado se enciende un cigarro y mira a la, hoy menos presumida e igualmente altiva, hija del jefe—. *Shit!* ¿Les has visto?

—Sí, cuando llegué había dos tipos cargando cajas en una furgoneta, creí que eran empleados… —Justin se le echa encima y la zarandea, ella parece desconcertada, como si no entendiese que está pasando.

—¿No te lo ha contado verdad? Juan no te explicó porque no pueden saber quién eres, ¿o me equivoco?

—No, no me dijo nada. Así es que ya estás tardando en hacerlo tú, vaquero.

—No me des ordenes, niñata, yo solo obedezco a tu padre. Métetelo en esa bonita cabecita que tienes—. Los dos se quedan callados, Justin acaba su cigarro y va a su coche a buscar las carpetas. Él casi nunca fuma, pero a veces los nervios lo hacen retomar viejos hábitos, por eso siempre lleva un paquete de tabaco encima.

Antes de que lleguen los empleados tiene que asignar las tareas, armándose de paciencia procede a explicar a Jessica lo que está haciendo. Para su sorpresa la niña superficial del día anterior parece entender a la primera lo que le explica y no le resulta muy difícil que entienda cómo proceder. La llegada de los empleados les sorprende y de mala gana Justin la presenta a todos como su ayudante. Más de uno la observa con curiosidad mal disimulada e incluso hay miradas lujuriosas en el grupo. A dios gracias que no la vieron el día anterior o parecerían perros babeando detrás de un hueso. Por su parte, Jessica está entretenida observando a los empleados, todos han sido muy amables con ella en las presentaciones, hay tres que se le hacen conocidos, pero Justin, ocupado asignando las tareas y despidiéndolos, la distrae, lo que la hace incapaz de averiguar de donde los conoce. En cuanto los trabajadores se van, el vaquero le señala la furgoneta en la que llegó y ambos se suben.

Empiezan recorriendo los viñedos más cercanos. En alguno encuentran gente trabajando, Justin se para a comprobar que las tareas están siendo realizadas correctamente, es época de entutorar o enramar, dependiendo de las castes, pues algunas vides producen mucha más rama que otras. Él le explica que la Treixadura, típica del Ribeiro produce menos que el Albariño, otra variedad de uva que sí saca mucha. A pesar de que esas cosas ya las sabe, permanece callada escuchándolo y aprovecha para conocer un poco más a esa gente que tan eficazmente lleva a cabo su labor. Al acabar de recorrer las fincas tiene en su móvil los números de la mitad de los trabajadores y la cabeza llena de información que en la carrera nadie le explicó, pero que parece muy importante en el día a día. Van de regreso a la bodega cuando el teléfono de Justin empieza a sonar, él maldice al ver el identificador, consciente de que nada bueno ocurre cuando los empleados llaman, y responde con el manos libres.

—Justin al habla. ¿Qué sucede?

—Hay un desprendimiento en la viña de Barral, al fondo, cerca de los muros limítrofes. Necesitamos ayuda, *carallo*.

—*Shit!* Voy para allá.

Corta la llamada y da un giro de ciento ochenta grados en la carretera.

Se nota que está tenso, por ello Jessica decide que calladita se ve más bonita. Al entrar en la mentada finca, divisan a lo lejos a un grupo de cuatro trabajadores. Aparcan cerca de ellos y ambos bajan del coche a la vez. Uno de los empleados está cubierto de barro hasta las rodillas. La tierra que los rodea está blanda y movida, a pesar de estar en el mes de mayo ha llovido mucho estos días y eso provoca que la tierra sea arrastrada por el agua. Justin escucha las explicaciones de los hombres atentamente, cuando acaban les explica cómo proceder y todos toman posiciones. Primero van a colocar las piedras movidas en su sitio, después empujar otras para tratar de evitar que la tierra se filtre con el agua y finalmente allanar la tierra contra el muro. Todo muy fácil en apariencia.

Jessica decide que va a echar una mano y coge una azada, se coloca donde no moleste y pueda ayudar, o eso cree ella. Los hombres empujan las rocas, se ve el esfuerzo que hacen por sus caras coloradas y sus brazos, que marcan sus bíceps y venas. Por un momento se queda mirando los brazos de Justin, esos músculos no pueden ser de un hombre normal, concentrada intenta descubrir si todos se le marcan así, pero se da cuenta que no es momento de eso y sacude la cabeza. La piedra más grande se ha movido, ahora es momento de colocar las otras, en eso supone que podrá colaborar más. Se va con Pablo, un joven que parece agradable, y entre los dos mueven una roca a empujones. Están casi llegando al lugar indicado cuando pierde el equilibrio, resbala en la tierra blanda y cae de bruces en el légamo. La muchacha se incorpora cubierta de barro con ayuda de Pablo, el chico parece preocupado por su estado, no así Justin, que al verla se echa a reír. ¡Que perra es la vida! ella preguntándose como se le transformará el rostro al sonreír y va a tener que descubrirlo por burlarse de ella.

Con cuidado Pablo le limpia los ojos con un pañuelo, dejando el resto de la cara cubierto de barro. Al mirarla, Justin vuelve a estallar en carcajadas y esta vez sus compañeros también lo hacen. Solo Pablo parece mantener la seriedad pero, cuando lo mira de reojo y comprueba que está esforzándose en aguantar las carcajadas, le dan ganas de llorar de rabia e impotencia. Cabreada le saca el pañuelo de la mano y se limpia la cara lo mejor que puede, luego, sobre sus manos y rodillas, intenta salir del barrizal donde sigue medio enterrada. Arrastrándose, logra tocar tierra firme y se deja caer boca arriba, respirando aliviada. Las risas de los demás no se han detenido, lo que hace crecer su molestia y le da fuerzas para ponerse de pie.

—Llévame a la bodega para que pueda darme una ducha y cambiarme de ropa —espeta orgullosa a Justin. Él alza una ceja y niega, Jessica bufa y camina hacia el coche, si él no la lleva ya se va sola. Una mano

le impide abrir la puerta del coche.

—En mi coche, así, no entras —gruñe señalándola y se aparta, dejando su sombrero sobre el capó para limpiarse el sudor de la frente. —Además, hay que esperar a que acabemos para que te lleve, si no estás conforme puedes ir caminando. Solo estamos a unos cinco kilómetros de la bodega, seguro que para la hora de comer llegas.

Su sonrisa de suficiencia la enfada hasta límites insospechados, en un ataque de valentía se acerca más a él y pone su mejor expresión de niña buena. Justin está cerca, muy cerca, de ella, su mano sigue apoyada en la puerta impidiéndole el paso y para nada se espera lo que va a ocurrir.

—Oh, lo lamento, Justin, pero necesito que me lleves ahora. Ya sabes lo que dicen, situaciones desesperadas, requieren medidas desesperadas… —No le da tiempo a procesar sus palabras, el tono con que las dice es tan dulce que lo embauca, tanto que no puede ni pensar con qué le va a salir esa loca. Jessica se lanza sobre él, haciendo que pierda el equilibrio y acaben los dos rodando por el suelo.

—*What the hell are you doing?*— Se coloca sobre él y ante la absoluta incredulidad del hombre, aprovecha para frotarse contra su cuerpo y dejar su ropa tan llena de barro como la suya. Para cuando Justin reacciona, sacándosela de encima, ya está tan sucio como ella y su cuerpo traidor demostrando que le afecta su cercanía más de lo que le gustaría admitir.

Las risas de los empleados les recuerdan que no están solos. Ambos se ponen de pie sin mirarse, Jessica con un mohín malicioso y Justin con una mueca que no augura nada bueno. Los trabajadores al ver la cara de su encargado se callan y vuelven al trabajo. Ni una palabra más se escucha en la viña hasta que Justin encara a la perturbada hija de su jefe y le susurra.

—Desnúdate, con esa ropa en mi coche no te subes.

Sin esperar respuesta o reacción, le da la espalda y empieza a sacarse sus propias prendas. La mirada de Jessica lo recorre al sacarse la camiseta, dejando a la vista una espalda ancha que se va estrechando hacia sus caderas, lo más increíble es el tatuaje de un tigre, subido en una piedra, rugiendo, que ocupa desde el omoplato hasta su cintura cubriendo la mitad de su dorada piel. El dibujo es tan realista que parece que el felino va a salir de su espalda y abalanzarse sobre quién ose molestarle, es decir, sobre ella. Sus brazos fuertes se marcan con el movimiento y el ruido del cinturón la avisa que se va a sacar los pantalones. En un minuto, presencia incrédula como la tela de los vaqueros se desliza por sus piernas y Justin se deja caer en el asiento

del conductor y con un pie se ayuda para retirar la bota del pie opuesto, pues están llenas de barro y debe quitarse el resto de la ropa. Una vez está en bóxers la mira enfadado, agarra el sombrero, se lo coloca y bufa esperando que reaccione.

—¿Es para hoy? —Ella lo mira asombrada, nunca había visto a un hombre tan sexy vestido solo con unos bóxer y el sombrero.

—Yo, esto… verás, es que me da vergüenza que todos me vean desnuda —reconoce de mala gana entre susurros.

Justin es consciente cuando escucha sus palabras de que están en una viña con cuatro hombres que no dejan de observarlos con curiosidad. Jessica es una mujer atractiva y si ellos la ven desnuda las bromas no dejaran de correr entre el personal. Refunfuñando se vuelve a poner las botas y vestido con los bóxers, las botas y el sombrero camina hasta ella, que lo ve acercarse y traga saliva. Tiene un cuerpo que ya quisieran muchos: sos abdominales marcados, le dan ganas de relamerse al seguir bajando su mirada; tiene una tableta de chocolate por abdominales que la tienta a dar un mordisco y comprobar cómo de duros están… Al sentirlo cerca se obliga a apartar la vista, el cuerpo del encargado es un espectáculo digno de admirar, pero en ese momento ha de preocuparse por como desnudarse sin ser ella el espectáculo.

Él abre la puerta del acompañante y se coloca delante contemplando a los trabajadores, dejándoles claro que allí no se les pierde nada. Así le proporciona intimidad y se ahorra una erección difícil de disimular en ropa interior. El frufrú de la tela al desnudarse le avisa que está haciendo lo que le ha pedido y siente su sangre correr con más ardor del debido. Trata de pensar en otra cosa, pero unos golpecitos en el hombro lo alertan, se gira y lo que ve le deja boquiabierto. Jessica está en ropa interior ante Justin, pero no una cualquiera, no, lencería de encaje negro que resalta su piel blanca. La ardiente mirada del vaquero hace que quiera cubrirse, pero por orgullo no lo hace. Poco después, de mala gana, él aparta la vista sin dejar de decirse que menudo cuerpo tiene la niñata.

—Siéntate y coge mi camiseta limpia, está en el asiento de atrás.

—¿Y tú? no deberías de cubrir…

—*Fuck*! Póntela, ¡ya!— Jessica se mete en el coche y Justin cierra la puerta, echa una mirada asesina a los empleados que les observan sonriendo y se va al lado del conductor. Si esto es lo que le espera todos los días con la hija del jefe, ya se ve a sí mismo haciendo la cola del paro. Entra al coche y supone en marcha, no comprueba si ella se cubrió. Es su problema si quiere ir por ahí luciéndose y no necesita dar más material a su mente calenturienta.

El camino hasta la bodega lo hacen en completo silencio. Jessica contempla de reojo a Justin, es una tentación tener al lado a un hombre así y encima semidesnudo, está buenísimo el encargado, si no fuera por su mal carácter podría plantearse un revolcón. Cuando llegan a su destino, Justin aparca al lado de su coche y espera que ella se baje, corriendo lo hace y se mete en el escarabajo rojo. No se despiden, no es necesario, ambos saben que esto no ha hecho más que empezar. Por eso, cada uno se va a su casa a lavarse y prepararse para el próximo asalto, que seguro no tardará mucho en llegar.

Capítulo 4

Al día siguiente Jessica aparece con unos vaqueros cortos y ajustados, la camiseta con el logotipo de la bodega y unas deportivas. Justin, al mirarla, no puede evitar recordar lo que la tela esconde y se reprende a sí mismo, no debería pensar eso de la hija consentida de su jefe. Su ceño se hace más profundo cuando ella se coloca a su lado, el olor de su perfume le está haciendo pensar cosas que nunca deberían pasar por su cabeza y menos incluyéndola a ella. Es un olor tan sensual que despierta su lado más carnal y eso lo enfada.

Justin explica a Jessica como asignar las tareas, juntos dividen al personal y los ven partir. Sin estar muy seguro de que sea buena idea, ese día decide enseñarle la bodega, esperando que no acaben los dos empapados de vino entran a los dominios de Sebastián. Localizan al enólogo en su laboratorio, es una estancia pequeña con todo lo que él necesita para analizar los caldos. Justin le saluda con la mano desde el pasillo y él sale y sorprendido deja su mirada recorre a la mujer que acompaña a su amigo.

—¿Qué te trae por aquí, Justin?

—Vengo a presentarte a mi ayudante, se llama Jessica y si necesitas su ayuda solo tienes que decirlo, te la cedo encantado, creo recordar de su currículum que tiene estudios de enología.

La conversación fluye entre los dos hombres y Jessica permanece al margen. Entre ellos nota una buena relación, lo que es mucho para semejante ogro. Tras un rato de espera y aburrida de escucharlos, da un paso hacia el laboratorio, pero una mano la detiene.

—Disculpa, guapa, pero solo yo entro ahí.

Sebastián la agarra del brazo, el apretón no es muy fuerte pero sí firme. Por un momento ella lo estudia; parece un tipo agradable, aparenta cuarenta años, tiene bigote y los ojos marrones. No es muy alto, unos centímetros más que ella, que mide un metro sesenta y cinco. Tiene una barriga prominente y una sonrisa perpetua en la cara. Tan diferente al ceño fruncido de Justin que parece imposible que se entiendan tan bien.

—Lo siento, solo quería echar un ojo a tu trabajo.

—No permito que nadie entre en mis dominios, tú, por más buena que estés, no serás la excepción—. Jessica se lo queda mirando alucinada, la risa ahogada que emite Justin la hace reaccionar.

—Ya te dije que lo siento, no es necesario que seas tan desagradable —. De un tirón suelta el agarre de Sebastián sobre su brazo y mira a Justin a la espera de las nuevas instrucciones, ahí no tienen nada más que hacer.

Será lerdo el enólogo de las narices, piensa la joven. Por lo visto para trabajar aquí hay que tener el nombramiento de tío borde. Cruzada de brazos y dando golpes en el suelo con el pie mira al encargado, que parece no entenderla. Pasados unos minutos, con el amago de una sonrisa en la cara, Justin se despide de Sebastián con un golpecito en el ala del sombrero y la guía por entre los depósitos de acero inoxidable. Ella los observa desde abajo sintiéndose pequeña a su lado, extiende la mano para tocar uno y un gruñido, o al menos eso parece, de Justin se lo impide.

—Después de como acabamos ayer, mejor mantén las manos lejos de cualquier cosa que pueda manchar, mojar, o lo que sea. No tengo interés en repetir la experiencia.

Jessica resopla indignada y le sigue con la cabeza bien alta por los pasillos de depósitos. Llegan a la entrada del almacén y se encaminan hacia la zona de carga. Justin le muestra desde dónde se cargan los camiones y algo no le cuadra, por eso se lo queda mirando desconcertada. Unos minutos después, él emprende camino de nuevo y antes de que se aleje de ella lo agarra del brazo.

—¿Dónde podemos hablar tranquilos?

El gesto serio de Jessica sorprende a Justin, que ágilmente la guía hacia las oficinas; allí él tiene la suya que, aunque es pequeña y casi no la usa, es un lugar seguro donde hablar. En silencio suben las escaleras y una vez dentro, él cierra la puerta y va a sentarse.

—Ya estamos aquí, ¡habla!

—¿Recuerdas que ayer llegué antes que tú al trabajo?— la cara de Justin es un poema, recordarle el día anterior no estaba dando el resultado que ella buscaba.

—No pienses en como acabamos, hombre, solo recuerda que llegaste y entraste como un vendaval al almacén.

—¿Qué tiene que ver eso con que ahora estemos aquí?

—Mi padre me explicó lo que está pasando con los vinos. Lo hizo ayer por la noche y, la verdad, no pensé que lo que vi por la mañana fuera importante. Ahora que me has dicho cuál es la zona de carga creo que sí lo es.

—Deja de dar rodeos y habla, que no tengo todo el día. ¿Qué viste?

—Antes de qué llegaras, entré en el almacén, al estar la puerta abierta pensé que estarías por ahí, pero no. Vi a dos hombres cargando cajas en una furgoneta, no le di mayor importancia porque no sabía nada de los robos, ni conozco al personal de reparto. —Justin se levanta al entender las implicaciones de lo que ella dice, rodea la mesa y se coloca a su lado. Para quedar a su altura se agacha.

—¿Podrías reconocerlos?

—No, no lo creo. Estaba oscuro y no me fijé demasiado, no creí que debiera hacerlo. Pero vi bien la furgoneta, era una Kangoo vieja. ¿Sirve de algo?

—*I don´t know…*

Justin se queda callado por un momento y con la información recién obtenida empieza a darle vueltas a la cabeza. No está muy seguro de su deducción, por ello, decide ir a ver a Catalina y Juan. Entre todos lograran acercarse a los ladrones, ahora, al menos, ya saben que son dos como mínimo. Agarra la mano de Jessica de forma inconsciente y siente como su piel se eriza, pero lo ignora. Con urgencia tira de ella hacia la oficina de Juan y entran sin llamar, pero lo que encuentran los sorprende a los dos.

Jessica, que ha pasado de sentir que su sangre hierve por el contacto de Justin a congelarse por lo que sus ojos le muestra, oscila su mirada de uno a otro sin creerse lo que ven sus ojos.

Su padre y su tía besándose.

La pareja permanece ajena a ellos, que acaban de irrumpir en su oficina, hasta que un gemido se le escapa a Jessica y se separan, nerviosos, mirando a los recién llegados.

—Vosotros…

—Hija, no es lo que crees.

—¿Estáis juntos?

—Permite que te lo explique.

Juan rodea su mesa y camina hasta donde ellos están, justo en la puerta. Justin está tan anonadado como Jessica, tanto que no es consciente que aún la tiene sujeta por la mano, los dos están petrificados. Juan agarra la otra mano de Jessica y cuando va a empezar a hablar ella lo calla sin pretenderlo.

—Siempre sospeché que vosotros, bueno, que algo había entre los dos. Es solo que pensaba que me lo dirías y no que lo averiguaría de esta forma. —Catalina se acerca a ellos despacio, con miedo a la reacción de su sobrina. Ella la quiere como a su propia hija. Espera que esto no

influya en su relación.

—Jess, cariño, entiende que los dos somos adultos y estamos solos. No pretendemos hacerte daño pero… —Jessica hace un gesto con la mano y da un paso adelante, en ese momento recuerda a Justin, que la suelta como si su contacto le quemara y cierra la puerta tras él.

—No estamos aquí para solucionar problemas familiares, no es el momento ni el lugar, eso mejor lo arregláis en casa —la voz de Justin los pone a todos alerta pues ya se ha sobrepuesto a la impresión y necesita explicar lo ocurrido— Jessica ha visto a los ladrones.

Las preguntas empiezan y las explicaciones con ellas, aunque es poco lo que saben, Jessica expone todo lo que ha visto y la hacen partícipe de todo.

—Este mes han vuelto a desaparecer cajas de vino. Hemos puesto las cámaras como nos aconsejase, —dice Juan mirando a Justin— también hay señales sonoras por si entran en la zona de almacenamiento sin autorización, pero nada ha sido suficiente. Siguen robándonos y no comprendo como. —Juan se pasa las manos por la cara y resopla.

Justin niega incrédulo al comprobar que esa gentuza no deja de sustraer vino y no son capaces de pillarlos. Catalina se deja caer en la silla y mira a su sobrina con esperanza. Los tres se han esforzado mucho por pillar a la persona o personas que han estado robando sus productos por más de un año. Ninguno sabe qué más hacer y sus caras reflejan la desesperación. Las faltas eran mínimas antes de llegar Justin, aunque algo había y se achacaba siempre a mermas en la producción, pasados cuatro años de no faltar nada, de nuevo empezó a desaparecer la mercancía, pero en mayores cantidades y ahora es demasiado, pues cajas y cajas de vinos se extravían cada mes. Desde la primera desaparición han estado intentando cazar al ladrón sin ningún resultado. Antes de llegar Justin desconfiaban de que el anterior encargado no hacía bien los números, pero al no estar ya en la empresa, ha caído de la lista de sospechosos, ahora están tan perdidos que no saben a quién señalar. Están los tres perdidos en sus pensamientos cuando Jessica cruza su mirada gris azulada con la verde de Justin.

—¿Crees que roban en horas de trabajo?

—¡No!, bueno, no lo sé. *Maybe*, ya no sé que pensar —Justin se quita el sombrero y se pasa la mano libre por el pelo, frustrado— las alarmas no han avisado de nada por lo que solo nos queda una opción. ¿Quién puede ser lo suficientemente listo para hacer esquivar todas las medidas que hemos puesto?

—En todo este tiempo hemos despedido a varios hombres —Catalina

se aclara la voz antes de seguir— o mejor dicho, Justin les despidió. Jorge era nuestro principal sospechoso y al echarle dejó de serlo. No sé de quien desconfiar ahora.

—¿Sería posible que desde fuera tuviese algo que ver? sería buena idea intentar averiguar si tiene contacto con sus excompañeros o algún tipo de negocio o trato con alguien de dentro.

Los tres se miran en silencio, ninguno descarta ninguna opción. Los robos han ido aumentando cada mes y eso solo puede significar que los ladrones están muy confiados.

—¿También podemos hablar con Sebastián? Es quien más fácil lo tiene para robar, aunque no creo que sea él. No le veo la suficiente inteligencia para burlar las cámaras. —Los tres miran por la ventana de la oficina que da al aparcamiento de los empleados, allí está el enólogo subiendo a su coche. Justin le señala al verle resbalar y caer.

—¿Cómo va a ser él? es la persona más patosa que conozco. —Durante un buen rato le ven recoger algo del suelo que parecen ser monedas.

—No creo que sea él —la voz de Catalina es serena— pero hay alguien que nos roba y nosotros no podemos impedirlo, hay que pararlo antes de que nos arruine.

—Tranquila Cata, el que nos roba acabará por caer. He decidido llamar a la policía y hacer una denuncia. Si quien quiera que sea, ve que tomamos medidas, dejará de robar, al menos por un tiempo y nos dará un respiro.

Los tres asienten a la sugerencia de Juan y pasan un rato preparando lo que van a decir cuándo los agentes les pregunten, las declaraciones a la policía han de coincidir. Ninguno de ellos quería implicar a los organismos oficiales, pero en el último año le han robado más de seis mil euros, ya es hora de tomar medidas. Si alguien quiere ganar dinero fácil que sea costa de otro. Finalmente deciden que, al día siguiente, en pleno horario de trabajo para que todos lo vean, llamaran a la policía y los cuatro rendirán sus declaraciones.

Los temas familiares han quedado olvidados. En cuanto se establece el plan de acción para el próximo día, Justin se levanta y sale de la oficina seguido de la que ahora es su sombra, Jessica. Juntos van a recorrer la zona de almacenamiento y revisar las cámaras con disimulo, mejor si nadie advierte que las van a mover. Esperan a que los empleados se vayan y cambian el ángulo de grabación, gracias a Jessica saben como actúan y confían en que eso ayude a pillarlos.

Al día siguiente, Jessica llega vestida de nuevo con pantalones cortos y la camiseta de la bodega, lo que pone a Justin nervioso. Tras asignar

las tareas, envían a todos los empleados juntos al viñedo más próximo, el plan es que vean a la policía y para ello deben estar cerca de la bodega. Tras despedirlos, suben a la oficina y se encuentran a la pareja tomando café y sonriendo. Su llegada los hace ponerse serios y los cuatro se disponen a preparar todo para la visita de la policía. En unos minutos harán la llamada y pondrán el tema en manos de expertos, poco más pueden hacer. Llevan meses buscando al ladrón sin ningún resultado. Ya es hora que los especialistas intervengan.

El inspector Silva es quien se persona en la bodega tras la llamada, es un hombre de la edad de Justin, alto y con cara seria, su pelo rubio, su rostro recién afeitado y sus ojos marrones harían las delicias de cualquier mujer, por lo que a Justin se le ocurre pensar que quizá a la hija del jefe le guste el inspector. De reojo la observa y no pierde detalle de lo que ambos dicen o hacen. Tras encerrarse en la oficina con él y los cuatro ponerle al día de la situación, deciden interrogar a todos los empleados. Justin, que es el encargado de llevarlo a donde está cada uno, le va contando cosas sobre ellos mientras se acercan. Pasan las horas hablando con todos los empleados y viendo las caras de sorpresa e incredulidad al ver a la policía, nadie se esperaba su visita y están consiguiendo las reacciones que buscaban. El oficial pone respeto y miedo entre los empleados y esperan que eso detenga a los ladrones.

Al llegar el final de la jornada laboral, con la denuncia hecha, las declaraciones tomadas y el policía prometiendo que estará al pendiente de la bodega, todos vuelven a sus casas. Ahora los ladrones saben que hay una denuncia hecha y que se van a tomar medidas legales, a partir de ahora ya no es un juego, la cosa podría complicarse.

El resto de la semana es una tortura para Justin. Por las mañanas Jessica aparece a trabajar con sus vaqueros cortos ajustados y sus camisetas de la bodega a las que ha cortado las mangas y hace un nudo en el fondo, dejando a la vista su tonificado abdomen. Todos los hombres de la empresa babean al verla y eso lo cabrea aunque no sabe ni el motivo. Se pasan todo el día juntos y en cada oportunidad que tiene, Jessica hace algún gesto que lo calienta, aunque él no sabe ni que hace para ello, pues no es que se esfuerce demasiado, son cosas inocentes que para él parecen una tortura. Cuando se le cae algo al suelo no se agacha, claro que no, ella se inclina dejando el culo bien a la vista para Justin. Si hay que subir escaleras ella va siempre delante para proporcionar unas vistas envidiables al encargado. Las veces que han subido a las estanterías a cargar algo ella estira bien los brazos para que la camiseta se apriete en sus pechos y Justin acabe con una erección y dándose un golpe contra algo por despistarse. Es decir, que

el hombre está harto de su presencia y de sentirse un pervertido, pero no sabe cómo librarse de la mujer sin enfadar a su jefe.

Así llega el viernes y Justin, cansado de hacerse pajas como un adolescente todas las noches, decide que tiene que ignorar a la hija del jefe. El problema es que ella, que parece estar al corriente de sus intenciones, no está de acuerdo con que la ignoren y ese día viene con el uniforme nuevo. Al verla tiene que tragar saliva, Jessica lleva unos pantalones de estilo militar, ajustados, aunque no tanto como los vaqueros cortos, que le hacen un culo de diez. La camiseta que lleva es de tirantes y escotada, deja a la vista la gargantilla con el corazón que la acompaña a todos lados, lleva el logotipo de la bodega serigrafiado sobre el pecho izquierdo, atrayendo las miradas hacia él de forma inevitable, resultando una distracción para todos, no solo para él.

—*What the fuck?*

Cuando se acerca a él le guiña un ojo, lo que lo cabrea más aún. Los trabajadores que van llegando la miran y a más de uno casi se le salen los ojos. Justin cabreado les grita a todos para que dejen de buscar lo que no se les ha perdido y les envía a trabajar más rápido que nunca. Los empleados se van riendo, sospechan que entre el encargado y su ayudante hay algo más que una relación laboral, pero ninguno de ellos se lo va a preguntar. Conociendo a Justin a los diez minutos estarían en la puerta con el finiquito.

Si los demás días de la semana supusieron un castigo para Justin, el viernes está siendo el peor. Jessica parece tener como propósito en su vida alterar al inalterable encargado y lo está consiguiendo.

Ese día el bochorno es insoportable, en el cielo se ven las nubes negras que avisas de la llegada de la tormenta, algo típico del mes de mayo, por lo que Justin decide ir a ayudar a acabar de enramar la viña de Barral. Con Jessica tras él, se encamina hacia el coche y en pocos minutos están aparcando al lado de los trabajadores. Ambos se encaminan hacia las filas sin atar con la máquina en la mano, una riñonera llena de cintas y grapas y la intención de enseñar a la hija del jefe como se hace.

—Fíjate bien —explica el vaquero lo más paciente que puede, tras intentar que lo entienda más de diez veces— primero un toque suave para que la máquina agarre la cinta, después colocas la máquina en la rama que deseas atar y la cierras alrededor del alambre, aprietas con más fuerza y cierras la grapa, dejando la rama en su sitio. Repite los movimientos mientras se lo explica para que ella asimile mejor la información.

Tras otro intento fallido, el encargado resopla y pide paciencia mirando a las nubes negras que cubren el cielo. A ese paso de poca

ayuda van a ser.

—Esto es imposible, no consigo hacerlo —refunfuña Jessica, harta de la máquina, la cinta y las grapas, deseando arrojarlas al suelo y volver a la bodega.

—A ver, niñata, nadie nace aprendido. Pon un poco de tu parte y esfuérzate en hacerlo bien, que no tengo todo el día— espeta molesto

—Eres un gruñón y un maleducado.

—*Yeah*, todo lo que tú quieras —un relámpago cruza el cielo y el trueno que lo sigue hace que Jessica suelte un grito de terror.

—Necesito salir de aquí —susurra Jessica asustada mirando al cielo— odio las tormentas.

—¿Estas de coña? Pero si acabamos de llegar.

A lo lejos, se escuchan las voces de los trabajadores que se acercan, burlándose de su ayudante y él resopla. Un nuevo relámpago avisa de que la tormenta descargará pronto, lo que lo lleva a ir al coche y ponerse su traje de aguas sobre la ropa. Comprueba que los empleados están haciendo lo mismo entre risitas y miradas de reojo a Jessica, que parece congelada mirando las nubes negras.

—¡Ven aquí! —Un nuevo trueno hace que Jessica eche a correr y se esconda tras él—. Tienes que ponerte el traje de aguas —ordena Justin.

—No, por favor, llévame de vuelta —suplica, aunque él la ignora y le tiende una chaqueta enorme.

—Póntelo y regresa al trabajo.

Su tono de voz advierte que no hay más opciones que obedecer y, sin dejar de maldecirlo, se pone la chaqueta, que le llega por debajo de las rodillas y le queda muy floja. De mala gana, regresa a la fila y vuelve a intentar lo que Justin le ha explicado. Tras varios intentos, lo consigue y poco a poco va ganado soltura. Para cuando la tormenta descarga, están muertos de calor, aunque agradecen que el aguacero no los empape.

Tras abandonar la viña, horas después, Jessica decide vengarse de él por obligarla a sufrir la tormenta y por las llagas que tiene en las manos, gracias a la condenada máquina de atar. Está tan molesta que decide sacarlo de sus casillas e igualar así la balanza; por lo que cada dos por tres se le acerca más de la cuenta, le permite echar un vistazo a su escote o le roza “sin querer” al pasar a su lado; convirtiendo el resto de la jornada una tortura para el vaquero. Cuando por fin ve a Jessica subirse a su coche para irse a casa, el encargado se dirige a la oficina de Juan con el sombrero en la mano y resoplando. Hay algo su

jefe y él tienen que hablar con urgencia, por eso, entra sin llamar y, agotado, se deja caer en la silla frente a él.

—Juan, disculpa, pero hay algo que necesito pedirte.

—Dime.

—*Please*, pide a tu hija que no venga así vestida a trabajar o aquí va a haber problemas. Los empleados se despistan de sus tareas por mirarla y…

—¿Y eso a ti que te importa? —Al sentirse acorralado, Justin se pasa las manos por la cabeza, no quiere decir la verdad a su jefe, pero tampoco va a sobrevivir otra semana así.

—Por favor, Juan, *please*, pídeselo. Ya no sé que hacer para no llevarla a donde están los demás. Hoy ha venido escotada y enseñando el ombligo, ya sabes como es esto, hombre, pídele que use el uniforme como los demás y deje de ir provocando o va a haber problemas.

Juan no responde, se lo queda mirando entendiendo por dónde va la cosa, al parecer a Justin no le es indiferente Jessica. El jefe sonríe conocedor y asiente. Accede a hablar con su hija y se despide del encargado. Sabe que el fin de semana tendrán la charla que llevan días aplazando y aprovechará para sugerirle que use el uniforme, lo que ella decida hacer, no es algo que un padre pueda ni quiera controlar, aunque eso acabe por provocar problemas en el trabajo, ella ya es mayorcita para tomar sus propias decisiones.

Capítulo 5

Jessica había dejado la charla con Catalina y su padre para el fin de semana. Por fin es sábado y toca ir a cenar a la casa familiar. Ellos no viven en Castrelo, que es donde está la bodega, su hogar está en Ventosela, un pueblo cerca de Rivadavia. Cuando Juan compró la bodega su intención era vivir cerca y buscó una casa que se adaptara a sus necesidades. Como no encontró nada más cerca, se compro una chalet a unos diez kilómetros. Es una vivienda de dos plantas, con un jardín bien cuidado y una piscina en la parte de atrás. Catalina se fue a vivir con ellos cuando se mudaron. Eran los tres nuevos en la zona y de la familia, ¿qué mejor que vivir juntos? Después de veinte años seguían viviendo juntos y a ella hasta ese momento nuca se le ocurrió pensar que podría ser por algo más que por conveniencia.

Jessica aparca su escarabajo rojo delante de la casa, en la que ahora no vive. Se baja y con sus llaves abre la cerca. Camina despacio hasta la puerta de la casa, contemplando el jardín que tan cuidado tiene su tía. Coge aire y abre la puerta, en el salón la esperan su padre y Cata, sentados en el sofá, deja sus cosas en el recibidor y camina hasta ellos.

—Hola, familia.

—Hija, me alegra verte bien, toma asiento.

Los tres se sientan y empiezan a hablar sobre como están, si a Jessica le va bien en su trabajo y si Justin la trata bien. Al hablar de Justin, Jessica se ríe con malicia y su padre decide no hablarle de su ropa. Esos dos se traen algo entre manos y él no va a meterse en medio. Ya son adultos, que resuelvan sus problemas solos. Después de casi una hora hablando de mil cosas, Jessica coge el toro por los cuernos. Con valentía les pregunta por lo que la ha llevado esta noche temprano a casa de su familia.

—¿Desde cuándo? —Juan se pone serio y agarra la mano de Catalina, si Jessica quiere saber la verdad, la va a tener aunque no le vaya a gustar.

—Desde antes de que tú nacieras. —Jessica los mira atónita, eso significa que estando su madre viva ellos eran amantes. Un escalofrío la recorre. La repulsión y la decepción la invaden. ¿Cómo han podido? Jessica se echa hacia atrás en el sofá y niega.

—Jess, cariño, sabemos que no lo entiendes. Escucha toda la historia y después podrás juzgarnos si así lo deseas.

Escucharlo todo, sí, ella puede hacerlo aunque la historia le da miedo. A saber de qué más podría enterarse. Sin estar muy segura les hace un gesto para que hablen y la voz de Catalina resuena en sus oídos, seguida por la de su padre, narrando un relato para el que ella no está preparada, pero que necesita oír para así entender mejor las cosas.

—Cuando conocí a Pilar, yo ya estaba enamorado de Cata. Por aquel entonces la diferencia de edad entre nosotros era un impedimento para que sus padres me permitiesen acercarme a ella y busqué la única opción que se me ocurrió, era una locura, pero funcionó, al menos por un tiempo… Pilar era la mayor y estaba de acuerdo con ser la tapadera, ella sabía que a mí la que me atraía era su hermana y estaba de acuerdo con fingir ser mi novia. Al llevar un tiempo juntos de mentira, sus sentimientos hacia mi cambiaron, pero no los míos. Yo seguía loco por Cata y aún lo sigo hoy. —Juan aprieta la mano de Catalina y continúa hablando— cada poco ella intentaba seducirme, nunca lo conseguía, pero era persistente y, un día que yo estaba borracho, lo consiguió.

—Nunca culpé a mi hermana por enamorarse del hombre que yo amaba, del que aún amo. Ella vio en él lo mismo que yo. Si esa noche no hubiese tenido consecuencias, las cosas habrían sido diferentes, pero no lo fueron. Pilar se quedó embarazada y Juan le respondió. Yo me alejé de él con el corazón roto, pero no de mi hermana. Cuando tú naciste te amé nada más verte, eras la hija de mi única y adorada hermana y del hombre que amo. Eres mi ahijada, mi sobrina y casi como mi hija.

Jessica no acababa de entender lo que estaba escuchando. Su madre le había robado el novio a su tía y obligó a su padre a casarse con ella por estar embarazada. Segura de que en cuanto asimilase toda la información podría decir algo, tan solo escuchaba. Por su cabeza no dejaba de cruzar su madre y esa promesa que nunca entendió.

—Hija, ¿estás bien? —un asentimiento es la única respuesta que Juan recibe, pero lo anima a continuar—. Nunca quise que te enteraras, para mí es difícil hablarte de tu madre. Aunque no la amaba como a Cata, siempre la quise mucho. Ella era una gran mujer y tú te pareces mucho a ella.

Jessica se limpia las lágrimas que corren por su cara con las manos, no es consciente en qué momento empezó a llorar, pero ahí está la prueba, pegada a sus yemas. Sin saber muy bien qué decir o qué hacer mira a su padre y su tía confusa.

—¿Por qué nunca me lo habéis contado? A mí me alegra ver que

estáis juntos, aunque ahora mismo no lo parezca.

Jessica se limpia de nuevo las lágrimas. Catalina y Juan se levantan y cada uno se sienta a un lado de su pequeña. Aunque Cata no es su madre, siempre la cuidó como a una hija y por ello, Jessica la quiere como tal. Los dos la abrazan y juntos deja ir la pena de los secretos descubiertos esa noche. Cuando están más calmados los tres se van al comedor, allí cenan entre confidencias y aclaraciones. Ellos intentan que Jessica comprenda que en ningún momento su intención ha sido herirlas a ella o a Pilar, la vida da muchas vueltas y cuando menos te lo esperas estás otra vez como al principio. Por su parte Jessica está muy callada, es mucha información para digerir tan rápido.

Al acabar la cena le piden que se quede a dormir en su cuarto, esta es y siempre será su casa, pero ella declina la incitación y sale con un nudo en el estómago. Esa noche necesita algo que la ayude a procesar tanta información y tiene claro lo que es. Decidida, sale hacia su piso para cambiarse, han pasado casi tres meses desde que lo dejó con su novio, ya es tiempo. Una vez está arreglada, mira su reflejo y se lanza un beso a sí misma. El espejo le devuelve la imagen de una mujer sexy, vestida con una minifalda negra, una camiseta palabra de honor roja y una chaqueta de piel negra, combinado con unos taconazos rojos. El pelo rubio lo lleva suelto y ondulado, el maquillaje suave que se ha puesto hace que sus rasgos se vean dulces. Se da una ultima mirada en el espejo y sale a la calle.

Llama a sus amigos de Ribadavia que, aunque hace tiempo que no se ven, siempre están dispuestos a una noche de fiesta. Con las pilas cargadas y con ganas de pillar a alguien que le ayude a olvidar lo ocurrido en casa de su padre, camina hasta la zona de copas. Allí está ya su grupo, cinco chicos y tres chicas, se saludan y juntos entran al primer bar que se encuentran. Están acomodados en una mesa en la esquina del local, hablando de las aventuras de cuando eran niños cuando, de pronto, Jessica siente una mirada sobre ella, revisa el local y al no ver a nadie conocido sigue de charla. Tras varias copas, risas y muchos recuerdos, vuelve a sentir la mirada en ella, pero por más que mira no ve a nadie. Pasados unos minutos, sus amigas Clara, Rocío y Eva se quedan embobadas mirando a alguien, ella, por no ser menos, busca con la mirada lo que tanto parece llamar su atención y lo que ve la deja alelada. ¿Ese es Justin? Jessica, a la que el alcohol ha desinhibido, se muerde el labio y lo recorre con la mirada. Sí, es Justin, aunque no lleva su Stetson, reconocería ese cuerpo en cualquier lugar aunque el sombrero le da un toque de vaquero sexy que la vuelve loca, sin él también está muy atractivo.

Justin, que se siente observado, se gira y la pilla mirándolo, ella le guiña un ojo y él abre mucho los suyos sorprendido, demostrándole

que no fue él quien la miraba hace un rato. Deja vagar la vista alrededor por si se está colando y está mirando a otro pero no, no hay nadie más observándola, solo él. No están en horario laboral, lo que pase aquí nada tiene que ver con su trabajo, esa frase se repite Jessica a sí misma como excusa, al ser consciente de que lo que va a hacer a continuación es bastante reprobable.

Les cuchichea algo a sus amigas y se pone de pie. Nota como la mirada caliente de Justin sigue el contorno de su cuerpo, eso le da fuerzas para caminar seductora hacia él, que está sexy hasta decir basta, lleva unos chinos negros y una camisa blanca que marca todos sus músculos. Jessica se detiene a su lado y se pone de puntillas para darle dos besos.

—Hola, Justin, no esperaba verte por aquí —arrastra un poco las palabras, parece que ha bebido mucho, pero no tanto como para no saber lo que hace.

Él se queda callado, no sabe como reaccionar. Si hace lo que quiere es probable que afecte a su trabajo, pero si no lo hace va a estar matándose a pajas cada noche por el resto de su vida. Al menos eso ha tenido que hacer toda la semana y no parece que ella vaya a cesar en su empeño de molestarlo. Sin dudar aprovecha cada ocasión que tiene para lucir su cuerpo, rozarle y chocar contra él sin motivo. Eso no lo aguanta ni un santo. Y desde luego, Justin no es un santo.

—Jess, ¿qué quieres? —intenta sonar frío, pero no acaba de conseguirlo.

—Vaya, igual de simpático que en el trabajo. —Dice mientras se arrima más a él, ajena a que el vaquero permanece estático sin saber cuánto más podrá aguantar las ganas de echársela al hombro y sacarla de ahí.

—No juegues con fuego, te puedes quemar —susurra.

—¿Me estás amenazando? —Nada sutilmente, Jessica se pega al cuerpo de Justin y cada vez que ella se mueve, cosa que hace solo por torturarle, roza la parte más sensible de él, haciendo que apriete los puños y la mire de reojo.

—Solo te advierto, *baby*, conmigo las cosas se hacen a mi manera.

—Mmm ¿y cuál es esa?— Jessica se inclina sobre Justin rozando sus pechos con el torso de él y gimiendo muy suavemente cerca de su oído.

—Jess, no me calientes, *don´t play with me*.

—¿Por qué no? Sé que te gusto y tú me gustas. —La lengua de Jessica roza el lóbulo de la oreja de Justin y él se estremece. ¿Qué tiene esa mujer odiosa que con solo un gesto lo pone a mil? Resignado, Justin

pasa el brazo derecho por la cintura de Jessica y la pega a él.

—*Ok then*, tú lo has querido, ve a por tus cosas, nos vamos de aquí.

Por primera vez desde que se conocieron, Jessica obedece una de sus órdenes sin protestar. Camina hasta sus amigos, recoge sus cosas y se despide de ellos con alegría. Las chicas parece que la vitorean o la animan, pero a Justin le da igual todo. Está a punto de cometer un error, él lo sabe, pero nada podrá impedir que esa mujer acabe en su cama. Después de toda la semana aguantando sus insinuaciones, a cada cual más descarada, ya es hora de ponerla de rodillas. Justin está sonriendo cuando Jessica se acerca él. Le devuelve la sonrisa sin ser consciente de ello y agarra su mano.

—¿A dónde me llevas?

—¿Eres consciente que esto es un error que los dos vamos a pagar, no?

—No es un error, solo es un revolcón, Justin. No te flageles, esta noche si no eres tú, será otro. Tú decides.

El vaquero gruñe y tire de ella hacia fuera del local. Una vez en la calle la guía hasta su coche y le abre la puerta, cuando ella esta cómodamente sentada cierra la puerta y se va al asiento del conductor. Antes de arrancar la mira, ella le guiña un ojo y decidido sale derrapando hacia Castrelo, sabiendo que se va a arrepentir de lo que ocurra y consciente de que le importa una mierda.

Capítulo 6

El viaje hasta la casa de Justin lo hacen callados, pero no quietos. La mano traviesa de Jessica va paseando por su pierna tentando a la bestia. Sube por su muslo y desciende hasta la rodilla, cada vez que se aproxima al bulto que los pantalones esconden, Justin gime, la muy arpía lo está provocando, quiere que pierda el control y no sabe lo malo que eso podría ser para ella. Después de quince minutos, tortuosos para Justin y entretenidos para Jessica, llegan a su destino. Ella se baja del coche y contempla la casa hacia la que él camina. Es pequeña pero bonita, no parece la casa de un soltero. Cuando la puerta se abre, los dos entran y Justin cierra, mientras ella estudia lo que la rodea.

Se adentra en un salón muy masculino y una idea se le ocurre, camina hasta el sofá y se gira para ver a su anfitrión apoyado en la pared del salón. Jessica le guiña un ojo y empieza a menear las caderas, primero deja caer el bolso sobre la mesita de centro, a los pocos minutos le acompaña la chaqueta. Sensual se gira y de espaldas a él, que la observa como un lobo hambriento, se toca los pies y va subiendo por sus piernas. Ella, traviesa, está repitiendo los mismos movimientos que lleva toda la semana restregándole por la cara, pero hoy va a ser diferente. Cuando vuelve a inclinarse, la minifalda se le sube dejando entrever su ropa interior y Justin aprieta los puños para no abalanzarse sobre ella. Cuanto más quiere provocarle para que actúe, más tendrá que esperar.

Jessica se gira de nuevo y camina hasta él, meneando las caderas de forma sensual, coloca las manos en su pecho y las sube hacia sus hombros. El vaquero está distraído mirando su escote y ella aprovecha para agarrar los dos lados de la camisa y, de un tirón, abrirla de todo. Los botones salen volando y a nadie parece importarle. Las manos femeninas acaricia su piel, primero despacio con las yemas de los dedos y después fuerte con las uñas. Él gruñe y abandona su inmovilidad, la empuja hasta que choca con el sofá, agarra una de sus piernas y la sube hasta su cadera. Esa postura la deja completamente abierta e inmóvil para él que, satisfecho, rota las caderas y le da una muestra a su torturadora de lo que está por venir. Ella intenta moverse para retomar el control pero él no se lo permite.

—*Baby*, ya te dije que las cosas serían a mi manera y accediste, ahora atente a las consecuencias.

Justin agarra la el pelo de Jessica con la mano libre y la obliga a alzar la cara, en esa postura sus bocas se rozan. Jessica atrevida saca la lengua y se relame, él sigue el movimiento y cuando ella cree que no va a hacer nada se abalanza sobre ella, abriendo sus labios con la lengua e invadiendo su boca. Este es su primer beso y ninguno de ellos está preparado para lo que le hace sentir. Justin tira más fuerte de su pelo mientras enreda su lengua con la de ella, roza sus dientes y vuelve a buscar esa lengua juguetona. Jessica alza las manos desde el sofá y las pasa por la nuca de él, disfrutando el roce de su oscuro cabello y empujando para profundizar más ese beso que los está estremeciendo a los dos. Las caderas del hombre cobran vida y empiezan a moler contra el sexo femenino, arrancándole gemidos al sentir aproximarse un orgasmo. Nunca un beso la había puesto tan a tono. Descarada baja sus manos por su espalda y las introduce dentro de sus pantalones, amasando su culo con ganas. Justin complacido la eleva, obligando a que sus piernas rodeen su cintura.

—Vamos a la cama, para lo que quiero hacerte, es el mejor sitio — Jessica, como respuesta, vuelve a besarle y cruzando sus brazos tras su cuello, se deja llevar por el pasillo hasta el dormitorio. Justin interrumpe el beso y la deja en la cama, cuando ella va a incorporarse, él se lo impide.

—*Stop*, recuerda, las cosas se hacen a mi manera o no se hacen, *baby*.

—¿Qué quieres decir con eso? —Justin no responde, camina hasta la cabecera de la cama y enrolla en ella una cuerda. Jessica le mira seria, no muy segura de si seguir con esto es buena idea.

—Si tienes intención de pegarme mejor lo dejamos.

—Yo no pego a las mujeres. —El tono de Justin es frío, como si lo que acaba de decir significase más de lo que parece. Jessica le mira mientras ata la cuerda y comprueba que esté bien segura.

—Si me pegas, ten por seguro que me voy a vengar.

—*Fuck!* Ya te dije que no pego a las mujeres, si no quieres seguir dilo y te llevo a tu casa.

Jessica se calla y le deja hacer. Él toma sus manos y las eleva hasta el cabezal de la cama, pero recuerda que antes de atarla tiene que desnudarla. Se separa de la cama y saca de un cajón de la mesilla una caja de preservativos.

—Quítate la ropa. Toda.

Jessica se levanta y, ante Justin, que no le quita ojo, se va desnudando. El top sale dejando su pecho descubierto, no lleva

sujetador y eso lo pone aun más caliente. Se desabrocha la falda y con un ligero meneo de caderas la desliza por sus piernas. Las manos femeninas se deslizan lentamente por sus medias, se da la vuelta obsequiando a Justin con la perspectiva de su trasero y sube una pierna a la cama. Despacio desliza la seda por su pierna doblada, al acabar tira el trozo de tela sobre su hombro y procede de igual forma con la otra pierna. Siendo consciente en todo momento de la atención masculina, se queda en bragas delante de él. Justin detiene su movimiento cuando va a bajarse las bragas, si a ese diminuto trozo de encaje se le puede llamar así. Se agacha delante de ella y con las manos en sus caderas desliza la ropa interior de Jessica por sus piernas. Ante sus ojos tiene lo que lleva días deseando ver, aunque no es como él lo esperaba. Lleva el pubis depilado y una mariposa tatuada dónde casi nadie puede verla. Da un beso a la mariposa y se incorpora.

—*After, now I need to fuck you.*

Justin la empuja hasta la cama y le ata las manos juntas con la cuerda, comprobando que no le aprieten demasiado para que no le dejen marcas. Acto seguido se levanta y se quita los pantalones. Los bóxers evidencian una erección que a ella no le pasa desapercibida. Su mirada va a hacia allí y se relame. Justin enarca una ceja ante tal descaro y la ignora, quitándose los bóxers y subiéndose a la cama con ella. Se coloca de rodillas entre sus muslos y se pone un preservativo ante la atenta mirada femenina. Agarra sus piernas y las coloca sobre sus hombros. La mariposa del pubis de Jessica le llama y desliza un dedo dibujando su contorno, mientras coloca la punta de su miembro en la entrada de su cuerpo sigue acariciado el tatuaje. Sin prepararla, ni comprobar si está lista, se desliza en su interior de una estocada. Jessica gime entre el dolor y el placer, Justin está bien dotado y ella hace tiempo que no se acuesta con nadie más que su vibrador. Él se retira despacio y vuelve a penetrarla con fuerza, repite el movimiento varias veces, sin apartar la mirada de donde sus cuerpos se unen. Ella empieza a removerse en busca de un mayor contacto, que acelere el ritmo o cualquier cosa que la lleve a alcanzar el escurridizo orgasmo. Al notar sus movimientos, Justin la agarra por los muslos y la penetra con más fuerza, pero sin variar el ritmo. Jessica gime frustrada, ese orgasmo quiere venir, pero no llega.

La tensión sexual acumulada toda la semana lleva al hombre al borde, siente que ya no puede aguantar mucho más, por lo que se compadece de ella y acelera el ritmo de ls embestidas, con cada penetración nota los musculosa internos de Jessica que lo exprimen. Cuando ella grita, liberado, se deja ir, corriéndose por fin dentro de la mujer que ha provocado sus desvelos.

Poco tiempo después, Justin se retira de su interior, se deshace del preservativo y desata las manos de Jessica. Esta parece agotada, su respiración acelerada es un orgullo para el vaquero. Cansado se deja caer a su lado en la cama y la mira, curioso vuelve a deslizar la mano por su vientre hasta la mariposa de su pubis. La acaricia sin dejar de mirarla a los ojos .Pasados unos minutos, sus respiraciones se regularizan y Justin susurra.

—¿Me lo cuentas?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Si no quisiera, no te lo preguntaría. No eres el tipo de mujer que lleva tatuajes y menos aún ahí. *Please, tell me.*

—Bueno, perdí una apuesta en la universidad. Era eso o un piercing en el clítoris. Como comprenderás, mejor el tatuaje. Ni loca me agujereo el clítoris. —Justin ahoga una carcajada al escucharla y continúa acariciando su tatuaje.

—Admito que me gusta, es diferente y pega contigo. Pero me complace informarte que el piercing te habría proporcionado unos orgasmos increíbles que el tatuaje nunca de dará. —Los dos acaban riendo y charlando de tonterías, tan relajados que les cuesta reconocer a los compañeros de trabajo en esa faceta. Cuando la pasión se vuelve a encender se dejan llevar y disfrutan de sus cuerpos, esta noche tienen total libertad para hacerlo.

Capítulo 7

Un rayo de sol impacta sobre los ojos de Jessica que intenta moverse para escapar de él y no lo logra. Con su mal despertar habitual entreabre un ojo y al ver dónde está se queda muy quieta. Sin tener muy claro dónde se encuentra, parpadea y deja que sus ojos se acostumbren a la claridad. Cuando los *flashback* empiezan a llegar a su mente no sabe como reaccionar. Con mucha cautela se gira y se encuentra con la cara de un muy dormido Justin y, sin poder evitarlo, sonríe al verle, dormido parece un chico bueno. Su ceño está relajado y si no fuera por ese brazo que la aprieta contra él podría llegar a pensar que no es el mismo hombre con el que se fue a la cama anoche.

Ser consciente de lo ocurrido la noche anterior la hace tensarse. Decidida a salir de esa cama como sea, antes de cometer una estupidez como arrimarse a él y deslizar la mano por sus abdominales hacia el sur, concentra su mirada en el brazo que descansa en su cintura. Tentativa, acaricia un dedo y al ver que su agarre se hace más débil procede de la misma forma con los otros hasta liberarse. Rueda con delicadeza por el colchón y se queda de pie observándolo. El espectáculo que tiene delante no tiene precio y se siente tentada de sacar una foto. Justin está acostado de lado con las mantas cubriendo la mitad inferior de su cuerpo, permitiendo a su mirada golosa recorrerlo mientras camina despacio hasta el otro lado de la cama, donde está su ropa. Al agacharse para recogerla, se queda atontada mirando el tatuaje. Consciente de que por la noche lo acarició y besó en numerosas ocasiones, se siente tentada de hacerlo de nuevo. Extiende la mano para tocarlo, pero un movimiento de él la sobresalta, haciéndola coger el resto de su ropa y salir a toda prisa, de puntillas, del dormitorio.

Justin, que parece notar la ausencia de Jessica, empieza a moverse, como si la buscara por la cama. Ella lo deja atrás lo más rápido que puede y se va hasta el salón. Una vez sola y más tranquila, sin la presencia de ese dios amerindio, se viste lo más veloz que puede, cuando va a calzarse, recuerda que está en Castrelo y no tiene forma de irse a casa, por lo que, bufando, se deja caer en el sofá y olvida los zapatos en el suelo. Rebusca en su bolso hasta encontrar el móvil, su última esperanza de salir de ahí, pero está apagado, sin batería, lo que

la hace resoplar, vencida. Pasados unos minutos decide que, ya que no puede irse, al menos desayunará. Se levanta y, descalza, se va a la cocina, donde rebusca hasta encontrar todo lo que necesita.

El olor a café despierta al vaquero, que nada más abrir los ojos, recuerda que la noche anterior trajo a la hija del jefe a su casa y llega a la conclusión que ella debe de estar preparando el desayuno. Sonríe y se gira en la cama con una sonrisa. Remolonea unos minutos porque es domingo y no hay prisa, disfrutando de no estar solo, aunque ya no esté en su cama ¿qué necesidad puede tener esa mujer de levantarse tan pronto? Curioso, se levanta y va a buscarla. Sus pasos alertan a Jessica de que no está sola, sentada en la mesa de cocina con su café en la mano, levanta la mirada y se encuentra al hombre apoyado en el marco de la puerta, mirándola, serio como siempre, sin dejar entrever sus pensamientos. Lleva unos pantalones de chandal flojos y una camiseta blanca de manga corta que marca toda sus músculos. Esforzándose por apartar la mirada, le indica la silla y la taza vacía que hay sobre la mesa, con la esperanza de que si se sienta podrá dejar de mirarlo como si llevara meses sin comer y él fuese un apetitoso manjar.

—No podía irme a mi casa, por lo que opté por prepararme mi desayuno, si gustas sírvete tú mismo, hay de sobra.

—Buenos días a ti también. —Justin se sienta frente a Jessica y en silencio ambos disfrutan de sus cafés. Jessica ya va por el segundo, ha tardado un buen rato el bello durmiente en despertar. Cuando se pone de pie para llevar la taza vacía la fregadero, Justin se la queda mirando.

—¿A dónde vas así vestida?

—Es mi ropa, ayer no parecía disgustarte.

Jessica hace un mohín con los labios que hacen hervir la sangre de Justin, ahora él sabe lo que esa mujer es capaz de hacer con su boca y no puede dejar de pensar en ello. Incómodo se renueve en la silla, eso hace que la atención de ella vuelva a él y se lo coma con la mirada. El deseo invade el aire de la cocina haciendo que los dos se pongan nerviosos.

—Tenía intención de darte los buenos días como te mereces —la voz de Justin es un susurro caliente. Ella busca su mirada e inconscientemente se muerde el labio. Él se levanta y camina hasta ella.

—Si no quieres, siempre puedes decir que no. —Invade su espacio personal, arrinconándola contra el mesado de la cocina, coloca un brazo a cada lado de su cuerpo y baja la cabeza hasta quedar pegado a sus labios.

—Yo… —traga saliva— espera Justin, debería irme a casa.

—¿De verdad quieres irte? —La lengua de Justin le recorre el cuello desde la clavícula hasta el lóbulo de su oreja. Los dos están disfrutando de ese momento aunque no lo admitan.

—Sí, no, ¡no lo sé!

—Eso es un… —Justin no llega a acabar la frase, el sonido del timbre los paraliza a los dos. Se miran y ella aprovecha su desconcierto para escapar de él. Sonriendo como el gato que se come al ratón Justin va hacia la puerta, el timbre vuelve a sonar insistente y él grita.

—Que ya voy, hombre. *¡Fuck!* Dame tiempo que hoy es domingo, no es de buena educación sacar a la gente de la cama.

Jessica ahoga una carcajada al escucharlo, el muy bribón no estaba en la cama, pero si no los hubiesen interrumpido no habrían tardado mucho en estarlo. Vuelve a sentarse, agarra la taza de café de Justin, al fin, él no lo va a tomar, y da un sorbo. Casi lo escupe al escuchar la voz de la visita.

—Muchacho, espabila. Han saltado las alarmas de la bodega, quiero que me acompañes. —La voz de su padre la hace dar un salto, se pone de pie y busca dónde esconderse, pero no le da tiempo, los pasos de los dos se acercan y mientras Justin va a su cuarto, su padre entra a la cocina donde ella está y la mira sorprendido.

—Jess, ¿qué haces tú? No, déjalo, mejor no me lo cuentes.

—¿Papá? —La voz de Jessica es de horror, un grito desesperado al saberse descubierta haciendo algo que no debería. Se miran unos minutos y ella se levanta, le prepara una taza de café y se la tiende. Su padre, que aún está intentando asimilar lo rápido que van las cosas entre su hija y el encargado de la bodega, esconde una sonrisa. Él era consciente de que se gustaban, pero no cuanto. Agarra la taza y se sienta frente a ella.

—Te estuve llamando. Para ser exactos, os llamé a los dos y nadie respondía.

—Me quedé sin batería. —Jessica baja la mirada, es una situación bochornosa que el muy desgraciado de Justin ha esquivado. Pero ella se lo haría pagar. Su ropa indica que no ha ido a su casa a dormir y encima va descalza, a saber qué estará pensado su padre de ella.

—¿Qué ha pasado?

—Han saltado las alarmas, si te calzas y te pones algo que te tape el frío puedes acompañarnos a la bodega.

Jessica se sonroja como hace años no le pasaba y sale corriendo al salón, donde están sus zapatos, su bolso y su chaqueta. Apresurada se

calza, cuando escucha los pasos de Justin agarra lo demás y sale a su encuentro. La mirada hambrienta de él no la tranquiliza, está claro que no le gustó la interrupción y menos aún que los hayan pillado juntos, pero ya nada se puede hacer. Los tres salen de la casa y se van al coche de Juan que está delante mismo de la puerta. En el corto trayecto hasta la bodega se nota la tensión, los tres van callados, perdidos en sus pensamientos. Justin, que se ha sentado en el asiento del acompañante, dejando a Jessica atrás, no deja de mirarla de reojo. Juan los observa disimuladamente y nota las miradas que intercambian, lo que lo lleva a esforzarse por no sonreír. El muchacho cuidará bien de su hija, es un buen chico y lleva mucho tiempo solo, esa relación será buena para ambos, se dice. Llegan al aparcamiento de la bodega y los tres corren hacia la puerta, que está cerrada.

Al entrar, Justin, con su Stetson de regreso en su cabeza, desactiva la alarma y los tres buscan en el almacén indicios de la presencia de los ladrones. Al no encontrar nada se van a la oficina y con resignación miran las cámaras. Han logrado grabarles, se ven dos hombres cargando cajas en una furgoneta, cuando la alarma se activó salieron corriendo. Los tres revisan la grabación una y otra vez pero las imágenes no están claras y no se distingue quienes pueden ser. Llaman al inspector Silva, que, aunque no está de servicio, acude a la llamada. Media hora después entra por la puerta un hombre sexy y guapo al que Jessica no puede evitar mirar. Justin los observa con el ceño fruncido y se va donde Juan, si la niña quiere buscarle sustituto tan pronto, es cosa de ella, ellos no tienen nada y él no va a impedírselo.

Juan, que de tonto no tiene ni un pelo, advierte que Justin ha vuelto a fruncir el ceño al ver como Jessica mira al inspector y evita reír. Si lo hubiese planeado no le sale mejor, le encanta el americano para entrar a formar parte de la familia. Tratando de disimular su alegría, le explica al inspector lo ocurrido y le muestra la grabación. Todos deciden que es mejor guardar el secreto de que los han captado. Los cuatro intercambian opiniones sobre quién puede ser. Se pasan una hora viendo las imágenes repetidamente y sin dejar de especular. Cansados y sin sacar nada en claro, deciden dejarlo. Para que pueda el inspector realizar las comparaciones y estudios pertinentes le entregan una copia de la grabación y, sin nada más que hacer en la bodega, salen los cuatro juntos.

Bajan las escaleras con Justin cerrando el grupo. El vaquero no deja de mirar a Jessica, la cual parece muy contenta charlando con el policía y lo ignora. Frunce el ceño más aún y rechaza la sensación amarga que lo invade, esa mujer no es nada de él, el pasado le enseñó a no esperar nada de las mujeres, no va a ser diferente con esta. Al llegar al aparcamiento, el encargado se despide de todos y se va caminado, no

vive lejos y el paseo le irá bien para ordenar sus pensamientos. Jessica, que está entretenida hablando con el policía, que ha resultado ser un antiguo conocido del instituto, no se entera de que Justin se va. Su padre le pregunta si quiere que la lleve y ella distraída hablando con Jesús no se da cuenta que este le ha dicho que él se encarga. Sin saber como, se ha quedado sola en la bodega con un hombre al que hace años que no ve. Poco después, feliz, le da su dirección y juntos emprenden el camino hacia Rivadavia.

Su falta de atención es un defecto que lleva años intentando cambiar, pero sin lograrlo. Jessica es una mujer muy intensa y cuando algo le interesa se desconecta de lo que la rodea para centrarse en ello. Por eso, cuando estando subida en el coche del inspector, pasa al lado de Justin que va caminando hacia su casa con el sombrero en la mano y no se entera. Está entretenida hablando con el policía de como acabó en la academia y poniéndose al día, que el viaje se le hace muy corto. Al llegar a su casa se despide de él con dos besos y se va a descansar, ha sido una noche muy intensa de la cual sus músculos no se olvidarán en unos días.

Por su parte, Justin se reafirma en su intención de pasar de la hija consentida del jefe. Tras verla pasar en el coche del inspector sin siquiera mirarle, decide que una noche ha sido todo lo que va tener con Jessica. Ella le gusta como hacía años que nadie lo hacía, pero las experiencias pasadas le recuerdan que es mejor alejarse de la tentación y del dolor. Si a eso le suma que es la hija de su jefe, que es una niñata, una pija y una consentida, solo hay motivos para mantenerse alejado de ella.

Capítulo 8

El lunes por la mañana, Justin llega a la bodega temprano, entra a comprobar que nada ha sido alterado desde el día anterior y empieza a planear las tareas. Cuando los trabajadores empiezan a llegar le sorprende que Jessica no esté ahí, pero resignado asigna el trabajo solo y se despide de los empleados.

Ese día tiene que preparar la hoja de vacaciones, por lo que se va a su oficina y se centra en ello. Pasa más de una hora sin noticias de la hija del jefe y, preocupado, mira el reloj. Sin saber qué pensar, se levanta y camina hasta la ventana para confirmar que Jessica no ha aparecido. En todo el tiempo que lleva en la oficina no ha hecho más que la cuadricula, se distrae continuamente pensando dónde se habrá metido la niña mimada. A las once, desesperado, se levanta de nuevo y preocupado se encamina hacia la salida, tras mirar en los documentos de personal la dirección de Jessica. Al estar subiendo en su coche escucha el motor del escarabajo, que está entrando en el aparcamiento. Cabreado por haberse preocupado por ella sin motivo, camina hecho una furia hasta donde está estacionado

—*Fuck*! ¿Dónde diablos te habías metido? Sigues siendo mi ayudante, el haberte metido en mi cama no te da derecho a llegar tarde. —La cara de Jessica pasa del malestar por haber llegado tarde a la incredulidad por lo que escucha. Se eriza, sale del coche dando un portazo y camina hacia él.

—¿Se puede saber qué te pasa? Eres un maleducado, un impertinente, un, un… un gusano, eso es lo que eres. —Los gritos de Jessica se escuchan en toda la bodega, por lo que las cabezas de los curiosos se asoman por la puerta y las ventanas. Justin, indignado por tener público, le tapa la boca con la mano.

—*¡Shit!* Cállate, estás dando un espectáculo. —Un mordisco hace que Justin retire la mano enfadado. Se acerca a ella con cara de pocos amigos y la va haciendo recular hasta pegarse al coche.

—Llegas más de dos horas tarde, —susurra entre dientes, acercándose a ella tanto que sus narices casi se rozan, aunque más parece un gruñido— espero que tengas una buena excusa y que esa no sea el policía.

Una bofetada hace que la cara de Justin gire. Indignado por haber sido golpeado, la agarra de la mano y tira de ella hacia el interior. Si van a discutir, y eso es lo que parece, lo harán sin publico. Justin arrastra a Jessica hasta su oficina y la empuja dentro, cierra de un portazo, que resuena en las instalaciones, y camina hasta donde ella está de pie.

—No te atrevas a volver a pegarme, el que yo no pegue a las mujeres no quiere decir que permita que ellas me golpeen a mí. ¿Está claro?

Su tono de voz asusta a Jessica, haciéndola consciente de que se ha excedido. No debería haberle golpeado, ella lo sabe, pero el hecho de que pensara que después de pasar la noche con él, se iría a la cama con Jesús, le había dolido y reaccionó como mejor pudo o supo hacerlo.

—No vuelvas a insinuar que voy de cama en cama. Tú no me conoces, no tienes ni idea de como soy.

Justin está cegado por los celos, unos celos que no debería sentir, y eso le impide ver la situación real. Sus pensamientos traidores regresan al momento que ella vio al inspector y él dejo de existir. Su ego sufrió un duro golpe y aún no se ha recuperado, sumado a su pasado, eso hace que no pueda creer nada de lo que ella diga. La noche que pasaron juntos fue increíble y ella lo descartó como a un desconocido cualquiera al día siguiente, no, no podría confiar en ella.

—Insinuaré lo que me dé la gana, si no eres una fresca deja de vestirte y comportarte como una. —Esta vez ya se esperaba la bofetada y la intercepta. Justin agarra su mano con fuerza y achica los ojos al mirarla.

—*Baby*, te acabo de decir que no me pegues, no lo hagas o no respondo.

—¿O qué? ¡Eh! ¿Qué vas a hacer? —Lo increpa molesta—. Eres un cavernícola, te crees con derechos que nadie te dio. Suéltame de una vez. —Jessica tira de su brazo mientras le grita sin lograr que la suelte. Cabreada le da un puntapié en la canilla derecha que hace que Justin se enfade todavía más.

—Deja de comportarte como una niñata de una maldita vez y responde. ¿Has pasado la noche con ese tipo?

—Oh, así que eso es lo que te cabrea, que pueda haber estado con él. Tú no eres más tonto porque no entrenas. ¡Suéltame de una vez! lo que yo haga no es cosa tuya.

La discusión ha subido tanto de tono que todos en la bodega los están escuchando. De mala gana, Juan toca a la puerta y entra, interrumpiendo una escena de celos de lo más inesperada. Carraspea y

los dos se giran a mirarle, en el momento Justin suelta a Jessica y se va a su silla, donde se deja caer pasándose las manos por la cara, ni él mismo entiende qué le pasa.

—Esta conversación, a mi parecer al menos, es de índole personal, así es que si queréis hablar de ello, esperad a que acabe vuestra jornada laboral.

Los dos asienten y se fulminan con la mirada. Juan que sabe que su hija acaba de llegar decide ayudar al muchacho, se lo ve desesperado y eso en un hombre que nunca deja ver sus sentimientos es algo que no se esperaba.

—¿Por qué no has llegado a tu hora, Jessica?

—Papi, fue horrible, mi coche no arrancaba —dice mirando de reojo al maldito vaquero—. Tuve que llamar al mecánico, le cambió la batería y en cuanto pude, vine. —Los dos hombres intercambian una mirada, Justin parece avergonzado por un segundo pero lo oculta. Juan asiente y camina hacia la salida.

—Para eso están los teléfonos, llamas y avisas que llegas tarde. ¿O tampoco hoy tenías batería? —Jessica se pone colorada al escuchar a su padre, que sale de la oficina y cierra la puerta. La acaba de poner en su lugar y eso le molesta, más por el hecho de que su propio padre le dé la razón a Justin que por lo que le ha dicho. Resopla y mira al encargado.

—¿Contento con la explicación o te paso lista de las horas que he pasado durmiendo?

Justin se mantiene impertérrito, por dentro tiene un lío de sentimientos que ni él es capaz de entender. No sabe porque le afecta que Jessica se fuese con el policía, los dos son solteros y solo se conocen desde hace unos días. No debería sentirse así con ella. Para colmo de males, es una consentida, odiosa, que siempre consigue lo que quiere sin tener en cuenta las consecuencias. Solo necesita recordar el día que lo llenó de barro para tener claro que si no la complaces a la primera, se encargará de que no tengas otro remedio que hacerlo a la segunda.

—¿Te ha comido la legua el gato? ¡¡Perfecto!! Así no tengo que aguantar tus reclamos estúpidos.

Jessica se sienta y, soberbia, no aparta la mirada de Justin, que se ha quedado mudo al escuchar a Juan. Orgullosa, se cruza de brazos a la espera de que él diga o haga algo, pero los minutos pasan en silencio. El enfado de ella se va desvaneciendo, al mirarle, no puede evitar recordar los momentos que los dos pasaron juntos. Ese hombre tan desagradable, prepotente, soberbio y mil cosas más, que la mira mudo,

es un amante excelente. Los recuerdos la van acalorando, por lo que se pone en pie y se quita la chaqueta, dejando a la vista ese uniforme que tantos sudores provoca al personal masculino de la bodega. Él se ve tentado de hacer algo, que por supuesto no hará, tan loco como levantarse y besarla. Algún cambio debe de notar Jessica en la mirada de Justin, porque le sonríe. Se inclina sobre la mesa, para comprobar si estaba haciendo algo antes de que ella llegara, proporcionado un vistazo de su escote al pobre hombre en el proceso. Al ver en el ordenador su ficha personal alza una ceja y murmura.

—¿Por qué tienes mi ficha abierta si estabas subiendo en el coche?

—Iba a buscarte.

La cara de Jessica refleja la sorpresa, se incorpora y rodea la mesa apoyándose en esta al lado mismo de Justin, que se ha quitado el sombrero y está mirando unos papeles. Este, al sentirla tan cerca, separa su silla de la mesa y se coloca delante de Jessica. Los dos se miran con deseo en los ojos momentáneamente. Pero la coraza de Justin reaparecen y casi ladra.

—*Stop*, no te hagas ilusiones niñata, iba a ver si te había pasado algo. Como veo que no es así, *let´s go*, a trabajar.

Ella sonríe negando, es un hueso duro de roer, pero nada le gusta más a ella que los retos. Contoneándose, regresa a su silla y juntos planean las vacaciones de los empleados. Después, continúan con el trabajo de registrar los sulfatos en un silencio tenso. Ambos son conscientes que entre ellos hay una tensión sexual muy fuerte, algo que los atrae sin poder evitarlo. Las miradas de los dos se esquivan durante el resto del día, haciendo la situación incómoda para Justin y divertida para Jessica.

A partir de ese día la rutina se establece entre ellos. Ella le provoca en cada ocasión que puede y él resiste la tentación haciendo de tripas corazón, cada día los dos se van a casa excitados y solos. Jessica usa su vibrador cada noche pensando en los ojos verdes de Justin, en su tatuaje que tanto le gusta y que no ha vuelto a ver, y en todas las cosas que podrían hacer juntos, si ese hombre no fuese tan cabezota. Por su parte, Justin no sabe qué más hacer para que su erección deje de aparecer cada vez que Jessica lo provoca. Se pasa los días incómodo y llega a su casa dolorido, se da una ducha de agua fría, y si eso no sirve para bajar su excitación, se masturba pensando en la mujer que lo trae loco.

Juan es testigo, así como todo el personal de la bodega, de como la pareja juega a la indiferencia sin lograr aparentar tal cosa. Los días que van a ayudar en las labores del viñedo, los compañeros no dejan de observar sus tira y afloja. Tanto han dado que hablar, que hasta

han apostado a ver cuanto tardará el vaquero en caer.

Un día, en el mes de Junio, estando sentados en unas cajas frente a las vides, sacando las hojas para destapar las uvas; un proceso que ayuda a que la uva se oxigene; Jessica empujó a Justin, que acabó patas arriba tirado en medio de la fila. Esto provocó las risas de todos los presentes e hizo que el encargado, molesto por el ridículo que acababa de hacer, aprovechara un descuido de ella para vengarse. Jessica, que estaba hablando con una de las mujeres, se despistó y él aprovechó para retirar su caja justo cuando iba a sentarse, por lo que ella acabo patas arriba también, dando un sonoro grito por la impresión y provocando las risas de todos los trabajadores.

La mayoría se sorprenden al ver al encargado comportándose como un chiquillo, haciendo bromas y devolviendo las jugarretas que Jessica le hace, pero nadie es capaz decir nada. El vaquero sigue dando miedo cuando frunce el ceño, a pesar de ser evidente que entre él y su ayudante saltan chispas, y que antes o después eso derivará en una explosión de proporciones bíblicas. Juan, conociendo a su hija, sabe que el americano caerá, por más que trate de evitarlo. Jessica es una mujer muy caprichosa y cuando se le mete algo entre ceja y ceja, nadie puede impedir que lo consiga.

La rutina se rompe un mes después, cuando entrando los dos en el almacén, un coche aparca delante de la bodega. Al salir y ver al inspector, con su uniforme, bajando del automóvil, el rostro de Justin se contrae dejando su ceño aún más fruncido. Jessica, por el contrario, se abraza al recién llegado y agarrados se van juntos a la oficina de Juan. Los celos son una bestia hambrienta en el interior de Justin, no sabe que hace el inspector en la bodega, pero como nadie lo ha llamado, se va a hacer su trabajo. Lo último que necesita es ver a esos dos abrazarse y hacerse carantoñas. Con paso rápido se escabulle en busca de Sebastián, decidido a no pensar en lo que sea que ocurra entre ese par, pero la voz de Juan lo reclama, llamándolo a su oficina y haciendo que se detenga. Frustrado, da media vuelta y sube las escaleras para reunirse con los demás, aunque es lo último que desea hacer.

Capítulo 9

Justin entra en la oficina de Juan y saluda con un golpecito de los dedos en el ala del sombrero a los presentes y, sin decir nada, se apoya en la pared al lado de la puerta, está deseando escapar de ahí. Catalina y Juan están hablando con el policía, que está sentado enfrene de ellos y con Jessica a su lado. Al ver la complicidad que tienen esos dos, aprieta los dientes y se imagina como sería dar una paliza al tal Jesús. Una sonrisa perversa se planta en su cara, la imaginación es una gran aliada, pero la voz de Juan lo saca de su abstracción.

—Han desaparecido veinte cajas más de vino, las cámaras no han registrado nada y ya estoy harto de todo esto.

Al escuchar eso, Justin se tensa y mira a su jefe, cuando va a hablar, el sonido de su teléfono invade la silenciosa oficina. Justin se disculpa con la mirada y sale al exterior a responder la llamada. Mientras tanto Jessica propone una idea.

—Podríamos hacerles creer que hemos encontrado al culpable y ver si se confían. Poner localizadores en las cajas o alguna cosa de esas como en las películas sería lo máximo.

Todos se ríen por las ocurrencias de la hija de Juan, que, desesperado, ya no se niega a nada. La puerta se abre e interrumpe las especulaciones del policía y Jessica, que exponen posibles métodos, a cada cual más disparatado, para atrapar a los ladrones.

—Lo lamento, Juan, he de cogerme unos días. Tengo que volver a Oklahoma, *my family* me necesita. Si no puedes darme el permiso que necesito iré a preparar mi renuncia ahora mismo, *but* tengo que irme ya.

—Cálmate, muchacho, vamos a tu oficina y allí lo hablamos. —Los dos abandonan la oficina bajo la atenta mirada de los ahí presentes. Justin está nervioso, Juan se lo nota y le indica la silla para que se siente, cuando lo hace, se acomoda en la de al lado y espera a que se explique.

—Hay problemas en casa, mi *mom* está mal y acaba de ser ingresada en el *hospital*. Tengo que ir, es lo único que me queda. *She needs me.*

—Tranquilo Justin, si necesitas ir, ve, sabes que tu puesto te espera el tiempo que sea necesario. Si necesitas cualquier cosa me lo dices y por favor, mantenme al tanto del estado de tu madre.

—*Thanks*, Juan, no olvidaré esto. Sé que no es el mejor momento pero… *i need to go.*

—No te preocupes, muchacho, y no, no hay nada que agradecer, en este tiempo que llevas trabajando para mí te he cogido mucho cariño. Eres como el hijo que nunca tuve, ve tranquilo y llama en cuanto llegues.

Los dos hombres se levantan y se dan un abrazo fraternal, como el que un padre daría a un hijo. Justin recoge sus cosas y sale corriendo de la bodega dejando atrás su inseparable Stetson. Juan regresa a su oficina y sin decir nada toma asiento en su lugar de nuevo.

—Podríamos aprovechar la ausencia de Justin para hacer ver que le hemos culpado a él y que lo hemos despedido, así se confiarían.

La sugerencia del policía no es bien acogida por el grupo, pero finalmente acceden, ya no saben qué más inventar. Ellos lo ven como una treta, él como su oportunidad perfecta, si el encargado desaparece, le deja el camino libre, así él aprovechará el tiempo para seducirla. De reojo mira a Jessica, la mujer se ha convertido en un bombón, a él no le importaría darle un mordisco y ver de que está rellena. Intentando que nadie note la mirada libidinosa que le dedica, asiente. Tratando de disimular la emoción que le proporciona que el americano se vaya y le deje a la chica sin escolta, porque eso parecía el encargado, su guardaespaldas.

—Si al implicado no le importa, podemos hacerlo pasar por culpable, aprovechando la distracción, colocamos más cámaras en la zona y esperamos que los ladrones se confíen. Los desgraciados son buenos y no dejan pistas.

La conversación sigue y todos participan, todos excepto Jessica, que está preocupada por Justin. Algo en su tono de voz, en su cara o en la tensión de su cuerpo le dejó claro que lo que ocurre es serio. Cuando el policía se va, Jessica que continúa distraída, por poco ni se despide de él. Con la mirada busca información en su padre, pero este no suelta prenda, intenta camelarlo, pero Juan no cede. Desconcertada y enfadada se va a su coche, si nadie le dice nada, se lo preguntará al mismísimo Justin.

Conduce como una loca, aparca delante de la casa del encargado, se baja del coche y camina rápidamente hacia la puerta. Llama con fuerza varias veces y, al no obtener respuesta, se pone nerviosa. Vuelve a golpea la madera y retrocede unos pasos, al ver que las ventanas están cerradas y las persianas bajadas, un mal

presentimiento la recorre.

—No serías capaz de largarte sin despedirte, vaquero odioso.

Cabreada se dirige hasta su coche, coge su teléfono y llama a Justin. No le responde y Jessica se pone nerviosa. Algo serio está pasando y ella no sabe qué más hacer para enterarse. Desesperada deja el teléfono en el asiento del copiloto y se sube a su coche, arranca y se dirige a su casa, al llegar insiste varias veces en llamarlo pero no responde. Algo le dice que él no va a contestar las llamadas, pero sigue insistiendo de todas formas.

Mientras tanto, el encargado se dirige como un loco hacia Vigo, donde tiene que coger un avión en una hora. Fue el primer vuelo que encontró y hará lo que sea por llegar a tiempo. No lleva casi equipaje, se metió una muda en una mochila, junto a sus productos de higiene personal y poco más. En cuanto confirmó el billete, se duchó, se puso ropa limpia y salió como alma que se lleva el diablo hacia el aeropuerto. El móvil suena de forma insistente en el asiento del copiloto, pero no tiene tiempo ahora para hablar con nadie. Ignorado la llamada continúa su camino a una velocidad descabellada, si lo paran los de tráfico se quedará sin carnet seguro.

Varias horas después, es de noche ya, cuando Jessica está en su casa intentando cenar algo. Ha llamado a Justin más de veinte veces y él no le ha respondido ni una sola. Se le ha formando un nudo en el estómago por la preocupación y su mente no deja de preguntarse a dónde habrá ido Justin y la razón de sus prisas. Está distraída pensando en él cuando suena su móvil. De mala gana camina hasta dónde lo ha dejado y al ver quien es, responde veloz.

—¿Estás bien? Por dios, Justin, ¿por qué no me respondías el teléfono? me tenías preocupada, llevo toda la tarde intentando contactar contigo.

— Jess… —intenta cortar su diatriba.

—¿Qué te ha pasado? Fui a tu casa y ya no estabas, no había nadie y me fui de ahí muy nerviosa.

—Jessica —ella continúa parloteando sin escuchar.

—Más vale que tengas una buena excusa para…

—*Jess, be quiet!* —Termina alzando la voz. La línea se queda en silencio y Justin suspira. Es imposible hablar con esa mujer sin acabar enfadado—. Me voy a Oklahoma.

—¿A qué? ¿qué sucede, Justin?

—Ha surgido un problema familiar, *i need to go home,* he de ausentarme por unos días. Tú tendrás que hacer mi trabajo.

—¿A quién le importa ahora el trabajo? dime qué pasa, Justin.

—Mi *mon* está en el *hospital*…

—Lo siento mucho, espero que se mejore pronto.

Los dos se quedan callados. Justin porque sospecha que si su madre fuese a ponerse bien, no lo habrían llamado de urgencia. Su vecina no es una mujer alarmista, si le ha pedido que vaya, no puede ser nada bueno lo que está ocurriendo. Jessica porque espera que sus palabras sean ciertas y él regrese pronto, aunque algo le dice que no va a ser así.

—Voy a estar fuera lo mínimo posible, en cuanto sepa más hablaré *with your dad*.

—Justin, yo prefiero que me lo digas a mí…

—No es una buena idea Jess, *you and me*… Es mejor que no, que mantengamos las distancias. Esta separación hará que los dos nos olvidemos de lo ocurrido, *we need to forgot.* Olvidaremos lo ocurrido y podremos continuar siendo amigos o simplemente compañeros de trabajo. —Jessica se muerde el labio para no gritarle que ellos nunca van a ser amigos, pero en este momento es lo último que él necesita, por lo que coge aire resignada.

—Si eso es lo que quieres, que así sea. Pero llámame para decirme como está tu madre y sobretodo para saber como estás tú.

—*I'll try*, pero no sé si será posible. Tengo que dejarte, el avión va a despegar y tengo que apagar el teléfono. Nos vemos.

—Está bien, pero llámame o te juro que al volver te tiro de cabeza al barro de nuevo. Tú mismo.

—*Shit!* No te atreverías…

Los dos se ríen y la tensión entre ambos parece relajarse. Jessica nota que algo corre por su mejilla, no quiere llorar por ese cavernícola pero algo le dice que él no va a estar bien y que su ausencia va a ser dura para los dos.

—No me pongas a prueba —coge aire y trata de sonreír—. Nos vemos en unos días.

Al cortar la llamada cada uno se queda mirando su teléfono. Jessica aparta la comida que aún no había probado y que ahora está segura que no tocará. Se queda atontada mirando al móvil de nuevo, como si la solución a sus dudas y problemas estuviese en él. Resoplando se levanta y se va a la cama, al día siguiente tendrá que asumir las responsabilidades de Justin y eso la pone muy nerviosa, aunque más la altera saber que él está cruzando el Atlántico para reunirse con su madre enferma. Los vagos recuerdos de su pasado, cuando su madre

estaba en el hospital, siendo ella una niña, regresan a su mente y la sensación de pérdida la invade, ¿será que él va a pasar por lo mismo que ella? Suspirando se hace un ovillo en la cama y no deja de pensar en lo difícil que será para él estar solo si lo peor llega a pasar.

El vaquero se acomoda en el asiento, se abrocha el cinturón de seguridad y mira por la ventanilla cuando el avión empieza a moverse, dirigiéndose hacia la pista de despegue. Apoya la cabeza al lado de la ventana y se queda observando la oscuridad. A lo lejos se divisan las luces de la ciudad y la nostalgia lo invade, en su interior sabe que va a tardar en regresar y, aunque no quiera admitirlo, ya echa de menos la vida que tiene en Ourense. El avión coge velocidad y se eleva, haciendo que un mal presentimiento le recorra, solo espera no llegar demasiado tarde y poder ver a su madre con vida.

Capítulo 10

Ha pasado más de un mes desde que Justin se fue. Jessica ha asumido su cargo de encargada y lo ha hecho lo mejor que ha podido, aunque en algún momento ha metido la pata hasta el fondo. Las dos ocasiones más destacadas son: cuando les dio sulfato a los empleados en lugar de herbicidas, dado que las hierbas no secaban si no que parecían fortalecidas, los pobres trabajadores tuvieron que repetir el proceso, aunque esa vez comprobaron que el producto era el apropiado ellos mismos, mejor prevenir; y cuando los mandó a arrancar las cepas muertas y acabó ayudándolos, lo que la llevó a tirar de un cuerpo con tanta fuerza que, de nuevo, acabó con su culo en el légamo. Aunque esta vez no estaba el vaquero para burlarse de ella, las risas la rodearon igual. Los trabajadores están convencidos de que esa mujer tiene fijación con el barro y revolcarse en él.

Un mes sin la compañía de Justin significa mucho para Jessica. Ella sabía que iba a ser difícil asumir sus responsabilidades, pero no se esperaba que los empleados le hicieran la vida imposible. Al principio ignoraron sus ordenes, llegaban tarde, le replicaban las asignaciones y todo lo que se les ocurriera en el momento. Jessica cansada de la situación, se caló su sombrero de vaquero y empezó a aplicar las faltas de Justin a todo; la insubordinación, los desplantes y las malas contestaciones, así como la falta de puntualidad y el estar sentados en horas de trabajo sin motivo. Gracias a eso los empleados volvieron a realizar sus labores con fluidez, aunque a saber cuánto duraría esa armonía. Su padre se esfuerza por intentar que el buen ambiente dure, pero a escasas semanas de empezar la vendimia, está rezando para que Justin regrese y la sustituya, pues todos se han dado cuenta que el trabajo de campo no es lo suyo. Por más que lo intenta, no es capaz de hacer la labor tan bien como él y está harta de las risitas, burlas y cuchicheos de los trabajadores.

Justin habla toda las semanas con Juan, no así con su hija, a quien solo llamó una vez. Cuando llegó a Oklahoma y comprobó el estado de su madre, la telefoneó para decirle que las cosas estaban muy complicadas allí y que iba a tardar en regresar. No volvió a comunicarse con ella, aunque lo consumen las ganas de hacerlo. Sintiéndose sola y abandonada por él, Jessica acabó aceptando la

invitación del policía de salir. Jesús es un habitual en la bodega, desde que el vaquero se fue, se pasa día sí día también a comprobar que las cámaras graban y que no falta nada. Por lo visto, a los ladrones les gustó que otro cargase con sus culpas, puesto que no han vuelto a sustraer nada, eso o que las sospechas del policía sean ciertas y resulte que el ladrón no roba porque está al otro lado del océano.

Desde el punto de vista de Juan, el policía lo que quiere es quedarse con su hija. Por más que intente disimular que va a la bodega a comprobar como siguen las cosas, sospecha que lo único que lo mueve es Jessica. Catalina y él han llegado a la conclusión de que Jesús está interesado en su niña y está aprovechando que Justin no está para camelarla. Lo malo es que le está dando resultado y se la está ganando con sus zalamerías, pues cada día que pasa, la joven pregunta menos por el encargado a su padre.

Jessica ha estado saliendo con Jesús, que ha resultado ser un buen amigo, juntos van a cenar, al cine y de fiesta, pero hasta ahí llega su relación. A ella no le acaba de gustar la idea de meterse con él en otro tipo de situaciones, no le despierta ese tipo de sentimientos. Aunque es consciente de que el policía quiere ir más allá, intenta no demostrarlo y busca la forma de escabullirse cuando las cosas se ponen serias, evitando así una situación para la que no está preparada. Por las noches, cuando está sola en su casa, no puede evitar que su mente la traicione y pensar en el desaparecido Justin. Un mes es mucho tiempo y él no ha llamado ni ha enviado un mensaje en todo ese tiempo.

Es lunes y están a unos días de empezar la vendimia, hay mucho trabajo acumulado y por ello Jessica va antes a la bodega, para tratar de adelantar algunas tareas. Al llegar, se lleva la sorpresa de su vida, la puerta del almacén está abierta y cree que pueden ser los ladrones. Sin hacer ruido entra y se desplaza sigilosa con el móvil en la mano, pegada a las estanterías para que nadie la vea. Se agacha y coloca el teléfono de forma que los ladrones queden a la vista, le da a grabar y espera en total silencio.

Está tan concentrada capturando lo que ocurre que, cuando unos dedos firmes cubren su boca, por poco le da un infarto. El teléfono se le resbala y una mano grande lo salva de acabar estrellado contra el suelo. Cabreada, intenta girarse para saber quién la ha asustado y, al ver de refilón la cara del intruso, siente que mariposas revolotean en su estómago. Incrédula alza la mano y saca la de Justin de su boca. Él le sonríe y con su dedo sobre los labios le pide silencio. Al recordar dónde está, Jessica agarra de nuevo su móvil y lo pone a grabar. Los dos observan en silencio todo hasta que los ladrones terminan, se suben a la furgoneta y se van.

Cuando se quedan los solos, Jessica se lanza sobre Justin y lo besa con pasión, sus labios se rozan y se saborean. Él se ha quedado quieto, lo último que se esperaba es que ella lo recibiera así, tras el impacto inicial, se deja llevar, rodeándola con los brazos y pegándola a su cuerpo a la vez que profundiza el beso. Cuando se separan, Jessica le da una sonora bofetada y, alzando la cabeza orgullosa, se da la vuelta y lo deja plantado en medio del almacén. Justin la contempla marcharse entre feliz y cabreado. Verla le ha alegrado el día, el beso ha sido lo mejor que le ha pasado en mucho tiempo y esa bofetada, bueno, quizá se la merecía. Sacudiendo la cabeza, sale del almacén detrás de ella, calándose el Stetson negro que se compró en su ciudad natal.

—*Fuck!* Jessica, espera.

Corriendo la alcanza, ella está subiendo las escaleras hacia la oficina de su padre. Justin sube y la agarra del brazo para guiarla a la suya, que ahora debe de ser la de ella. Entran y cierra la puerta tras de sí, se apoya en ella con los brazos cruzados y mira a la fiera que tiene delante. En cualquier momento le va a dar otro zarpazo y él lo recibirá más que encantado.

—¿Qué es lo que quieres?

—*Stop, baby!* Tenemos que hablar.

—No sé de qué, tú te has encargado de dejarme claro que no querías saber nada de mí. Bien, me alegra ver que has regresado y que estás entero, ahora, si te apartas, me gustaría ir al despacho de mi padre.

Justin va a hablar pero ella lo manda callar con la mano, ese acento americano suyo se ha intensificado desde su regreso y le encanta. Nerviosa, recoge unos papeles de la mesa y se los da de malos modos. Al ver su cara de desconcierto sigue su mirada y se encuentra con su sombrero marrón, apoyado en un archivador, ella se apresura a atraer su atención a los papeles y procede a explicar.

—Esas son las tareas para hoy, revísalas si quieres, no es algo que me importe. Ahora que has regresado ya no me corresponde a mí hacer tu trabajo.

—*Fuck!* No vayas tan deprisa. Si estoy aquí es porque te vi pasar, yo no regreso al trabajo hasta dentro de dos días. Tengo muchas cosas que arreglar y…

—Oh, que bien, ¿mi padre lo sabía?

—*Of course*, en todo momento ha estado al tanto de mis movimientos.

—Ya, pues si eso es cierto…— de un manotazo le saca los papeles de la mano y se sienta. Ignorando por completo la presencia de Justin, se pone a revisar las tareas, o a fingir que lo hace para ser exactos. Con

ese hombre delante ella no es capaz de pensar en nada que no sea él.

—*And…* ¿eso es todo lo que me vas a decir?

—Si tú no tenías tiempo para mí antes, ahora yo tampoco lo tengo para ti.

—*Shit!* Estás actuando como una niñata.

—Así soy, si no te gusta, te aguantas.

—*Fuck*! Jessica…

—No me hables, estoy ocupada.

Los dos se quedan en silencio sin dejar de mirarse. Un duelo de voluntades en el que ella acaba por ceder. Justin, sin apartarse de la puerta y sin mover los brazos, la observa curioso. Aparentemente, ella no lo ha echado de menos, pero a él se le hizo eterno ese mes y medio sin verla, sin sus salidas de tono, sin sus provocaciones y sin sus niñerías. Suspirando se separa de la puerta y camina hasta donde Jessica permanece mirando los papeles como si fueran la cosa más interesante del mundo.

—*OK*, si vas a leer eso mejor le das la vuelta, al revés es algo complicado. —Ante la estupefacta Jessica, Justin agarra los papeles y los gira. Ella alza la mirada, sus mejillas están rojas por la vergüenza de haber sido descubierta.

—Si no tienes que trabajar, ¿qué demonios haces aquí?

—Te seguí, acabo de decírtelo, *baby*.

—¿A mí? ¿por qué harías algo así?

—Te vi pasar por delante de mi casa. Con lo del *jet lack* tengo el sueño cambiado y estaba paseando por la orilla del río. Al verte pasar decidí venir a ver como estás.

Jessica lo mira incrédula y siente como su enfado va creciendo. Después de más de un mes sin decirle ni hola, el muy desgraciado se planta delante de ella así como si nada con la intención de saber cómo está.

—Estoy perfectamente, ya lo has visto, ahora puedes volver por donde has venido.

—*Stop*, Jess, no quiero discutir contigo.

—No me digas que puedo o no hacer. Ha pasado más de un mes, cuarenta días sin saber nada de ti. Todos los derechos que podrías haber tenido conmigo, los persiste. Ya no eres nadie para mí. ¿Entiendes? —Justin se sienta enfrente de Jessica sonriendo y alza ambas cejas al escuchar sus últimas palabras. Por lo visto, Jessica está enfadada y a él le gusta verla así por él, saber que le ha afectado tanto

estar separados como a él.

—Si eso es cierto, *tell me,* ¿por qué me has besado?

—Como es evidente, fue la emoción del momento, me alegré de ver que eras tú y no uno de los ladrones. —Tratando de aparentar normalidad, agarra el teléfono de la oficina— voy a llamar a Jesús para que vea el vídeo.

Sin decir nada más, Jessica marca el numero del policía. Justin no pierde detalle de lo que ella hace, al escuchar la voz de ese tipo aprieta los dientes. Se acerca al archivador y recoge su sombrero, se lo acerca y el olor a la colonia femenina le hace pensar en su noche de pasión. Sonríe sin poder evitarlo, tiene pinta de que ella le ha extrañado más de lo que dice. La conversación telefónica le devuelve a la realidad, como un jarro de agua fría, por lo visto el policía no ha perdido el tiempo. Trata de no hacer caso a la conversación, pero su mente está ocupada divagando, quizá por no llamarla desde Oklahoma ahora Jessica esté con ese tipo. Está tan concentrado pensando en la joven y ese estúpido que no se da cuenta que ella ha cortado la llamada. Una palmada ante su cara lo trae de regreso al mundo.

—Te acabo de decir que Jesús estará aquí en unos minutos. Dice que quiere hablar contigo.

—¿Conmigo?

Jessica se encoge de hombros y no dice nada. Justin se queda en su silla esperando. Un ruido en las escaleras lo advierte que Juan ha llegado, se pone de pie y sale a encontrarse con su jefe. Este al verlo le abraza y le da el pésame.

—Lo siento mucho, muchacho, de haber podido te habría acompañado en esos días tan complicados.

—*Thanks*, Juan, ya está todo arreglado en Oklahoma city. Ahora tengo que arreglar unos papeles aquí y vuelvo a ser todo tuyo.

Los dos se vuelven a abrazar y Jessica mira curiosa a su tía. Catalina se encoge de hombros y le señala la oficina de Juan, hacia donde se encaminan los cuatro. Justin saluda a Catalina con un abrazo y dos besos, si al final la única que no sabe de que va todo esto va a ser ella. Resopla y los presentes la miran, alza la barbilla orgullosa y se cruza de brazos. Unos golpes en la puerta les advierten de la presencia de Jesús e interrumpen el emotivo momento y las explicaciones que le iban a dar a ella.

—Buenos días a todos. Acabo de enterarme de tu regreso, bienvenido, Justin.

La mirada del policía es de todo menos de bienvenida y Justin lo nota. Se acerca a él y le tiende la mano, con un asentimiento de cabeza se

dicen todo lo necesario y cuando los presentes se van sentando, Justin se encamina hacia la puerta. Al estar a punto de salir, la voz de Juan lo detiene.

—Justin, quédate, esto también te incumbe.

Justin asiente y se apoya contra la pared, cubriendo su suspicaz mirada con el ala del sombrero. En silencio, asiste a una conversación sobre los ladrones: le explican que aprovecharon su ausencia para intentar que los ladrones se confiaran pero que no habían vuelto a actuar hasta hoy. Esa información lo pone nervioso, es como si alguien lo quisiera inculpar y no le gusta. Todos siguen explicando el aumento en las medidas de seguridad y mil detalles más, pero Justin sigue absorto en lo primero que le han dicho. Cuando Jessica muestra el vídeo, le parece, que el policía se remueve en la silla como si estuviese incómodo. Los tres miran el teléfono y reconocen a uno, al igual que les sucedió a Jessica y a él cuando los vieron en directo. Un movimiento llama su atención, se fija en que Jesús se ha levantado y camina hacia él.

—¿No os parece demasiada casualidad que justo el día que Justin regresa vuelven a empezar los robos? —Justin se acerca a él amenazante, sus narices casi se rozan, aprieta los puños con fuerza y se contiene para no soltarle un puñetazo al estúpido policía.

—*What the fuck!* ¿Qué cojones estás insinuando? *Really?*

—Yo no insinúo nada. Solo es una apreciación. En este tiempo que no has estado no habían robado y justo regresas y vuelven a entrar en el almacén. Yo no creo en las casualidades.

—*OK*, si todos los aquí presentes piensan igual que tú, no tengo nada más que hacer en este lugar. —De un empujón aparta al policía y sale de la oficina murmurando maldiciones en inglés. Sus pensamientos van a mil, desde la culpa por haber vendido la casa de su madre hasta la estupidez de haber regresado a este pueblo en el culo del mundo. Como siempre, nadie va a creer en su palabra, ya le ocurrió en el pasado y parece que la historia se repite. Cabreado se sube en su coche, que es de la empresa, por lo que lo tendrá que devolver más pronto que tarde, y se va.

En la oficina un pesado silencio ha dejado a todos mirando al policía. Nadie se ha movido desde que Justin se fue. Las caras de todos son de enfado, incredulidad y estupefacción. Nadie comparte los pensamientos del policía, pero eso Justin no lo sabe.

—Podrías, por favor, explicar esa tontería que acabas de decir de que Justin es el culpable. —La voz de Juan resuena en la silenciosa oficina. Catalina y Jessica miran al policía a la espera de una buena excusa que no llega. Este al ver que ha metido la pata intenta

excusarse, pero es consciente que ha perdido todo el terreno que había ganado durante ese mes.

—Todo le señala, no es culpa mía que ese tipo sea un orgulloso. Podría haber hablado conmigo y no haber reaccionado así. Solo le hice una pregunta. —Jessica camina hasta él, que sigue sentado en su silla, coloca una mano a cada lado de su cuerpo y acerca su nariz a la suya.

—Tú no has preguntado, lo has acusado. Es lógica su reacción, da gracias que no te ha golpeado, te lo merecías. —Se incorpora y caminado hacia la puerta aclara— me voy a trabajar. —Abandona la oficina con un sonoro portazo, Catalina, malhumorada, niega y sale de la oficina tras su sobrina, dejando al policía solo con Juan.

—Voy a pedir que envíen a otro oficial. No quiero volver a verte por aquí, esa acusación deberías de habérmela notificado previamente. Para tu información, fue Justin quien descubrió que nos robaban. Yo sabía que teníamos pérdidas, pero nunca supe por qué. Ahora, si eres tan amable de salir de mi propiedad, tengo mucho trabajo.

Jesús abrió la boca para protestar, pero la mirada de Juan le dijo que mejor ni lo intentarse. Indignado por la humillación que acaba de recibir sale de la oficina y camina a paso rápido hasta su coche. Estos ricos se creen que el mundo gira a su alrededor, pero ya se encargará él de demostrarles que no es así y que sus acusaciones son fundadas.

Capítulo 11

Jessica lleva toda la mañana deseando tener un rato libre en la bodega para poder ir a buscar a Justin. Necesita hablar con él, explicarle que nadie más que Jesús piensa que él sea el ladrón. Está tan nerviosa que se confunde en la mitad de las cosas que hace y al llegar la hora de su descanso, corre hacia el aparcamiento, se sube a su coche y sale derrapando en busca del vaquero.

Al llegar a su casa, aparca delante de ella, se baja del coche y nerviosa se frota las manos contra el pantalón. Por más enfadada que ella está por haberla ignorado en ningún momento ha pensado que él podría ser el ladrón. Preocupada por cual pueda ser su reacción, llama al timbre y sin dejar de moverse espera que él abra. Un sonido estridente hace que Justin deje el vaso mediado de whisky sobre la mesa. Tambaleándose camina hasta la puerta y al ver quién es la visita se apoya en la pared. No quiere ver a nadie y menos aún a la culpable de su estado. Ella no le defendió, nadie lo hizo. Enfadado da un puñetazo a la pared y continúa sin abrir la puerta.

—Justin, sé que estás ahí —espera respuesta, pero solo hay silencio—. Si no me abres voy a buscar la forma de entrar.

—*Let´s go out!* No quiero hablar con nadie.

—Abre la puerta, por favor, he querido venir desde que te fuiste pero no podía, por favor, Justin, abre.

Jessica se ha acercado mucho a la puerta y habla pegada a ella. Justin permanece apoyado en la pared sin entender que puede querer de él. Ya ha recibido la llamada de Juan, la cual no respondió porque estaba muy ocupado bebiendo media botella de whisky. Pero el viejo es insistente y al final tuvo que responder, lo que sea por no aguantar ese maldito sonido una y otra vez. Este ya le explicó que nadie pensaba como el policía, pero aún no había asimilado el hecho de que ellos no le defendieran, eso le transporta al pasado y le es imposible reaccionar de otra forma.

—Abre, Justin, ahora. Si no lo haces, rompo el cristal de la ventana. Como prefieras.

Un minuto de silencio después, unos pasos y el ruido del pestillo al ser

manipulado avisan a Jessica que la puerta se abre. Al ver al vaquero en ese estado, un nudo se le forma en la garganta, de un empujón entra en la casa y cierra la puerta tras ella. Él se tambalea de nuevo y acaba apoyado contra la pared.

—¿Estás borracho? esto tiene que ser una broma —murmura y lo mira seria—. ¿Qué persona normal está en ese estado a las doce del mediodía?

—No me *declames, you aren´t anyone to do it.*

La lengua de Justin se traba y hace que no se le entienda muy bien. Jessica niega y suspira, deja sus cosas en el suelo de la entrada y se acerca a él. Pasa su brazo por la cintura y lo obliga a avanzar hacia el cuarto de baño. Justin aprovecha la cercanía de la chica para mirarla bien. Sigue igual de guapa, su mente no le había engañado, esa mujer es un autentico bombón. El alcohol le nubla los sentidos y necesita apoyarse en ella para caminar, como tenerla cerca le gusta, se aprovecha de la situación y deja a sus manos libres. A rastras Jessica logra meterlo en la ducha, ha sentido los dedos de Justin indagando por su cuerpo y no ha dicho ni media palabra, la venganza es un plato que se sirve frío y ella lo va a servir helado. Agarra el bajo de su camiseta para quitársela y la mirada de Justin se calienta. Sus sentidos embotados por el alcohol le hacen confundir las cosas y Jessica lo nota.

—*If you want* que me desnude solo tienes que *pedilo*.

Jessica pone los ojos en blanco y le ayuda a desabrocharse el pantalón. Una vez que Justin está en bóxers, se separa de él y activa el agua de la ducha. El grito del vaquero al sentir el agua fría en su cuerpo hace que Jessica estalle en carcajadas. Al verla reírse de él agarra su mano, tira de ella, pegándola bien a su cuerpo, y dejando que el agua los congele a los dos.

—¡¡Justin!!

Ella intenta salir de la ducha y él se lo impide. Su ropa está empapada y él no hace más que reírse al verla. La mente traviesa de Jessica ya tiene planeada la venganza. Estira una mano y corta el agua, los brazos de Justin la rodean desde atrás y la acercan a su cuerpo. Ella nerviosa se muerde el labio y lo deja hacer, sin delatar sus intenciones, agarra el cabezal de la ducha, como casi no llega tiene que ponerse de puntillas y al hacerlo roza la erección de Justin con el trasero. Sonríe con malicia al alcanzarlo y con disimulo se frota contra él. Este ronronea feliz y le llena el cuello de besos. Cuando Justin está distraído acariciando su cuerpo y besando su cuello, ella aprovecha para separase un poco de él. Con la ducha oculta tras su espalda, desliza la mano libre por su torso hacia el borde de su ropa interior,

juega con sus dedos a esconderse dentro y volver a salir. La mirada de Justin está fija en esa mano traviesa y Jessica aprovecha para accionar el agua fría de nuevo. Al mismo tiempo que tira de la tela de sus bóxers coloca el cabezal de la ducha sobre el trozo de tela separado y deja que el agua fría corra por su entrepierna.

—*What the hell!* ¡Jess! —Las carcajadas de ella resuenan en el cuarto de baño. EL vaquero, que ya ha perdido todo rastro de borrachera y diversión, cierra el agua y arrincona a la chica contra los azulejos.

—Por lo que veo quieres jugar, bien ¡juguemos!

Justin la besa con ganas, introduce la lengua en su boca y la saborea ansioso, cuando ella gime se separa de ella y abandona la ducha. Agarra una toalla y para absoluta estupefacción de Jessica se quita los bóxers antes de secarse. Sin darse cuenta ella se relame al verlo y él sonríe complacido. Se enrolla la toalla en las caderas y sale del cuarto de baño dejando a una acalorada Jessica, empapada en la ducha.

Ella tarda unos minutos en reaccionar. Ese beso ha elevado su temperatura corporal y ha activado todas las terminaciones nerviosas de su bajo vientre. ¿Qué tendrá Justin que con un solo beso la pone a mil? Nunca nadie ha conseguido que su cuerpo reaccione de esa manera. Perdida en sus pensamientos, sale de la ducha, se quita la ropa mojada y se enrolla en una toalla. Suspira y sale en busca del vaquero.

—Justin, ¿podrías dejarme algo de ropa seca?

Al llegar al dormitorio Jessica se queda parada en la puerta, lo que tiene delante es un espectáculo que no tiene precio. Justin está desnudo, su culo firme y su tatuaje así lo demuestran. Tiene la cabeza metida dentro de su armario y a ella le parece escucharle decir algo, pero con el panorama que tiene delante no es capaz de entender ni media palabra.

—Jess, Jess. ¡Jessica! ¿se puede saber que te pasa?

Justin se ha dado la vuelta y los ojos de Jessica acaban de cambiar un espectáculo por otro. Su mente calenturienta se pregunta una y mil veces como puede ser que siga erecto después de semejante baño de agua fría. Tiene ganas de abanicarse y más aún al ver que él se acerca. Jessica está hipnotizada mirando el miembro de Justin. Este, cansado de hablar y que le ignore, la zarandea para que reaccione.

—Jess. Jess. ¡*God*, Jessica, espabila!

—¿Qué? sí, dime, ¿qué pasa?

—*Oh my god*, por fin, creía que se te había congelado el cerebro.

—Que simpático, por dios ¡vístete de una vez!

—*Baby*, te estaba diciendo si quieres ponerte algo mío mientras se seca tu ropa. —La sonrisa de Justin le delata. Se siente halagado por la mirada hambrienta de ella y no lo esconde.

—Oh ¡sí, claro!

En silencio, se visten bajo la atenta mirada del otro. Jessica se pone una camiseta floja de él con unos bóxers, parece que vaya en vestido y por la mirada caliente de Justin, le gusta verla con su ropa. Él se pone unos pantalones y una camiseta y se sienta en la cama. Sin dejar de recorrerla con la mirada, se aclara la garganta.

—¿Qué haces aquí? Además de meterte en mi ducha y ponerte mi ropa.

—No seas creído, vaquero. Estabas borracho y yo solo quería ayudarte.

—No me has respondido, ¿a qué has venido?

Jessica se siente observada, ella siempre se crece ante las miradas de los hombres pero con este en concreto no es capaz. Un ataque de repentina timidez la hace sonrojar levemente. La sonrisa de suficiencia de Justin le indica que se ha dado cuenta.

—Solo quería decirte que yo no creo que tú seas el ladrón.

—*OK*…

—¿Ok? ¿solo vas a decir eso? Salgo del trabajo y vengo a verte, te ayudo a que se te pase la borrachera ¡y solo me dices, ok!

Jessica se pone a pasear de un lado a otro de la habitación sin dejar de murmurar y acordarse de todas las partes del cuerpo de Justin que quiere pinchar o cortar. Este, que no parece entender nada de lo que dice, se levanta y la detiene, la agarra por los brazos y al ver la mirada dolida de ella, la besa. Sus labios se acoplan y todo lo demás desaparece. Sus lenguas se enredan y desenredan, se lamen, muerden y saborean, dejando que por un momento todo lo demás desaparezca. Nada más importa, solo importa ese beso y las sensaciones de ambos.

—Jess, *baby, stop. Please.* —Un beso se encadena con otro y el autocontrol de Justin está a punto de flaquear. Sin ganas la aparta y apoya la frente en la de ella. Detenerla es lo más difícil que ha hecho en mucho tiempo y tras el mes y medio tan horrible que ha pasado, eso es mucho decir.

—Ahora que ya tengo tu atención, dime lo que has venido a decir.

—Yo… —Jessica se relame, sus neuronas se han ido de vacaciones como cada vez que Justin la besa. Se obliga a sí misma a reaccionar y se aclara la garganta.

—Solo quiero que sepas que ninguno de la familia pensamos que seas

un ladrón. Yo, en estos días que no has estado, me he implicado mucho en la búsqueda y en ningún momento se me ha pasado por la cabeza que tú…

—Tranquila, ya he hablado *with your dad*. Me ha dicho que ha echado a ese tipo de la bodega y que va a pedir que otro policía lo investigue.

La cara de Jessica es de sorpresa y Justin parece disfrutar de ser él quien se lo diga. Ese policía está interesado en ella y eso hace que sus entrañas se revuelvan. De nuevo los celos lo invaden y no puede evitar un gruñido, lo que hace que ella lo mire confundida.

—No lo sabía, pero lo entiendo.

Los dos deciden comer algo y se van hacia la cocina. Mientras Jessica rebusca en la nevera, Justin se va al cuarto de baño a por la ropa mojada de ella. Sonriendo sale al exterior a colgarla para que se seque, pero al abrir la puerta se queda congelado. Ante él tiene a dos patrullas de policía, los agentes se identifican y preguntan por él. Un mal presentimiento lo recorre y, para su desgracia, sus temores se confirman cuando le dicen que está arrestado. Los agentes cumplen con su trabajo y lo esposan, cuando lo van a meter en el coche, Jessica sale y lo ve. Sus ojos indican la incredulidad que él también siente. Ella parece olvidar como va vestida y sale corriendo a preguntar a los agentes a dónde se lo llevan y por qué. Su respuesta los paraliza a los dos.

—Está detenido por robo. Se ha realizado una investigación oficial y él es el sospechoso.

Jessica y Justin se miran sin entender nada. Sin más explicaciones cierran la puerta del coche y los agentes se llevan a Justin detenido, dejando a la mujer sola y haciéndose mil preguntas para las que no tiene respuesta.

Capítulo 12

Jessica entra corriendo en la oficina de su padre, este al verla se levanta preocupado, su cara está surcada por las lágrimas, tiene el pelo húmedo y alborotado, su ropa, o mejor dicho la ropa de alguien, no la cubre a penas y parece haber sobrevivido a una hecatombe. La chica, sin dejar de sollozar, corre a abrazarse a su padre y entre lagrimas e hipidos le cuenta que se han llevado detenido a Justin. Juan, que no tarda en reaccionar, llama a su abogado y a Catalina, que se abraza a Jessica y los tres juntos abandonan la bodega. Ha quedado en encontrarse con el abogado en el cuartel y no quiere perder ni un minuto, es necesario sacar al muchacho de allí, ya una vez estuvo encerrado y no se merece pasar dos veces por lo mismo. Ser inocente y que te culpen no gusta a nadie.

Catalina se lleva a Jessica a casa, le prepara un baño y la fuerza a que intente relajarse, aunque no lo consigue. Su cabeza no deja de repetir el momento en que se llevaron a Justin, su mirada era de absoluta derrota y desesperación. Nerviosa se viste y baja a buscar a su padre, ansiosa por saber qué ha pasado. Han pasado ya cuatro horas y él aún no ha regresado, Catalina la lleva hasta la mesa y le coloca un plato de ensalada delante, ella ni lo mira, comer es lo último que ella quiere. Sus pensamientos consumen todas sus energías y están todos dedicados a Justin, ni siquiera ella entiende por qué le importa tanto lo que ocurre con el vaquero, pero lo hace, más al saber que lo han detenido por algo que no ha hecho. No es consciente de cuánto tiempo lleva sentada frente al plato de verdura sin tocar, pero el sonido de la puerta al abrirse la espabila y de un salto se baja de la silla para salir corriendo a ver quien ha llegado. Juan está en la entrada, con la ropa arrugada y el pelo revuelto, nerviosa se acerca a él y agarra sus manos, con los ojos llorosos lo mira suplicante.

—Papá, dime qué ha pasado por favor.

—Jess, cariño, Justin está libre. He tenido que retirar la denuncia y firmar un montón de papeles. Parece ser que el inspector que llevaba la investigación lo señaló como culpable y esa fue la única forma de que lo soltaran.

—Pero, ¿por qué haría Jesús algo así? —indaga Jessica, Catalina que

estaba en silencio escuchando intercede, dejándola boquiabierta.

—Los celos son los peores consejeros.

—¿Celos? Cata, no puedes pensar que él haría algo así —la mira confusa y susurra— ¿de verdad crees que lo haría?

La cara de Catalina cambia a medida que Jessica busca excusas para defender a Jesús, la chica parece no haberse enterado de los sentimientos del policía por ella o está tan ciega que no lo quiere ver. Catalina niega y se acerca a Juan, le da un beso en los labios y lo guía hacia su dormitorio. Jessica, que no es capaz de procesar que por su culpa han detenido a Justin, se queda en la entrada sin saber qué hacer. En un arrebato agarra las llaves de su coche y sale corriendo de la casa. Está anocheciendo y ella ni siquiera ha sido consciente del paso de las horas. Tras subirse en su escarabajo y arrancar picando rueda, conduce como una loca hasta la casa de Justin. Al llegar, apaga su coche y se queda mirando la puerta, no se atreve a bajarse, se siente tan culpable que no sabe que podría decirle que lo haga sentir bien, tampoco está segura de que él quiera verla.

De repente, la puerta del conductor se abre y una mano tira de ella hacia fuera. Sin saber ni como, está alojada entre los fuertes brazos de Justin que la aprieta contra su pecho. Ninguno de los dos ha hablado, pero el olor de él le es inconfundible, esa mezcla de hombre, tierra y sándalo que no puede asociar a nadie más. Como dos tontos se quedan en medio de la calle abrazados sin decir nada, solo sintiéndose el uno al otro y Jess dejando que toda la tensión de ese día abandone su cuerpo.

—*Jess, don´t cry, baby. Shit!* Jess, no llores, todo está bien.

Justin la abraza con más fuerza intentando que ella deje de llorar y ella, avergonzada por su debilidad, esconde la cara en el pecho de él y lo abraza con más fuerza. Justin, que parece el más sereno de los dos, la guía hacia el interior de la casa y una vez dentro cierra la puerta con el pie, pues tiene las manos ocupadas en el cuerpo de Jessica, y caminan abrazados hacia el salón. Delante del sofá, Justin obliga a Jessica a soltarle y la mira a los ojos, los de ella están rojos e hinchados por las lágrimas. Sin dudar, él se sienta y tira de su mano para que se acomode en su regazo. Durante lo que parecen horas están así, abrazados y en silencio, disfrutando de la cercanía del otro hasta que Jessica alza la cabeza, buscando la mirada verde del vaquero. Cuando se encuentran, los dos sonríen sin ganas. Jessica apoya su frente en el hombro de Justin y, tras un leve beso en su cuello, una casi imperceptible caricia de sus labios, susurra apesadumbrada.

—Lo siento —él la mira confuso.

—*What*? ¿Qué es lo que sientes?

—Yo… no lo sabía, bueno, quizá sí, pero no pensé que las cosas… —Justin agarra el mentón de Jessica y la obliga a que le mire, su ojos tristes le conmueven y la besa, solo un roce de labios pero suficiente para que ella sonría.

—*Ok,* ahora explícame qué es lo que sientes.

—Yo no sabía que él iba a hacer eso. No imaginé que tú acabases así por lo que yo hice, o mejor dicho, por lo que no hice.

—A ver, Jess, ¿de qué o quién *are you speaking?*

—Él se ha comportado como un amigo durante tu ausencia. Yo nuca fui más allá, pero sé que él quería algo más. Nunca pensé que los celos harían… Lo siento. —Jessica esconde la cara en el cuello de Justin y este siente las lágrimas correr de nuevo, desesperado por no entender de qué demonios le está hablando, la abraza y le susurra en el oído.

—Tú no tienes la culpa de nada. Pero si me lo explicas, puedes ayudarme a entenderte mejor. —La suave risa de Jessica alegra a Justin y entre susurros le explica lo ocurrido con Jesús.

El encargado tiene que hacer serios esfuerzos para mantenerse quieto abrazando a Jessica y no levantarse a golpear algo. Ese tipejo ha aprovechado su ausencia, como él suponía, para intentar meterse en la cama de Jessica. Los celos hacen intento de aparecer, solo la aclaración de ella al decir que nunca pasó nada los mantiene a raya. Justin nunca había sido un tipo celoso, por lo visto ahora sí lo es y eso no le gusta en absoluto.

Abrazados se hacen confidencias hasta que Jessica se duerme. Justin se queda un rato más mirándola, con la poca luz que entra por la ventana es difícil distinguir sus rasgos, pero aún así no deja de recorrerlos. Consciente de que es tarde y que ambos deberían descansar, se alza con ella en brazos y se encamina hacia el dormitorio, para no despertarla, se desplaza despacio y sin apenas moverla. Al llegar, ella se remueve entre sus brazos, momento que él aprovecha para apartar la colcha perfectamente colocada y dejarla sobre la blanca sábana. Con delicadeza la cubre, se va al otro lado y, tras quitarse la ropa, se introduce a su lado en la cama. La abraza desde atrás y disfruta de su calidez, lo que lentamente lo lleva a los brazos de Morfeo, imaginando como sería dormirse así todos los días.

Por la mañana, Jessica no escucha el despertador, Justin lo apaga antes y disfruta de unos minutos con ella dormida entre sus brazos. Consciente que son horas de levantarse, para irse a trabajar, le deja un sendero de besos por el cuello, atrapa el lóbulo de su oreja entre los dientes y le susurra.

—*Good morning,* dormilona —ella se remueve entre sus brazos y

arpadea, lo primero que sus ojos captan son los verdes del vaquero que la vuelve loca y una sonrisa traviesa adorna su cara.

—Muy buenos —susurra sobre sus labios antes de darle un ligero beso.

—Tienes que ir a trabajar, *beautiful* —ella le mira confundida, él no suele piropearla y seguro que de mañana y recién despertada está de todo menos bonita. La sonrisa socarrona de él le dice que sabe lo que está pensando, sin decir nada agarra su cara con las dos manos y le da un beso intenso, sus lenguas se enredan y ella gime al sentir que se separa.

—No quiero ir, quiero quedarme aquí, no quiero volver a la realidad. —Para reafirmar sus palabras ella enrosca sus piernas alrededor de la cintura de él y sus cuerpos se rozan donde más se necesitan. Justin cierra los ojos y coge aire.

—No puede ser, alguien tiene que hacerlo y hoy te toca a ti. *Next time* que nos despertemos juntos si no quieres ir, iré yo solo.

—¿La próxima vez? —sonríe de lado y lo pica—. Estás dando por hecho que la habrá.

—Niñata, no empieces.

—Gruñón —susurra ella sobre sus labios.

La boca de Justin vuelve a atrapar la de Jessica, aprovechando que está distraída con el beso, lentamente libera su cuerpo de sus piernas y, al detenerlo, se escapa de la cama. Ambos sonríen, conscientes de como acabaría ese beso si él no se hubiese escaqueado. El vaquero se va a la cocina a preparar el desayuno mientras ella se da una ducha rápida, diez minutos después entra en la cocina vestida y con el pelo húmedo. Él le guiña un ojo y le señala su desayuno, la cara de la mujer le hace gracia y suelta una carcajada.

—Tranquila, *baby*, es para los dos.

Justin le da una palmada en el culo y toma asiento, ella se sienta frente a él y sin dejar de hablar devoran lo que ha preparado. Se hacen bromas y comparten la comida sin dejar de tentarse el uno al otro. Justin le da un trozo de fruta a Jessica y ella aprovecha para lamer sus dedos. Están muy entretenidos hasta que ella mira el reloj y como un resorte salta de la silla. Se abalanza sobre los labios de Justin, le da un beso provocador, que lo deja con ganas de más, le guiña un ojo y corre hacia la puerta. Antes de salir vuelve atrás y lo desafía con la mirada.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente. Hay muchas cosas que no entiendo y quiero que me las expliques. —Se observan en silencio y el asentimiento de Justin es todo lo que Jessica necesita

para salir corriendo hacia su coche. Desde la ventana él contempla como su coche desaparece por la carretera.

Una vez solo, Justin recuerda todo lo ocurrido el día anterior y el ansia de venganza lo recorre. Nunca se la habían jugado así, nunca por una mujer. La cual no es nada suyo, ¿o si lo es? Desde que se separó de Alice no había vuelto a dormir con nadie sin tener sexo, esa mujer le estaba haciendo romper sus reglas. Su voz interior le dice que no se está equivocando con ella, por eso se arriesgará y que sea lo que tenga que ser.

Una hora después, Justin abandona su casa con una sonrisa, aunque sin él saberlo está siendo observado. En el momento que su coche desaparece, alguien avanza a hurtadillas hasta la vivienda, comprueba que no hay ninguna ventana abierta y agarra una piedra, de un golpe seco rompe el cristal de la de la cocina y se adentra en ella. El intruso camina por las habitaciones sin perder detalle, se pone unos guantes de látex y aprovecha para curiosear, rebuscando en los cajones sin dejar sus huellas. Algo de lo que encuentra parece satisfacer sus necesidades, pues se lo guarda. Continúa su exploración y, tras casi una hora de intenso escrutinio, abandona la casa con más información de la que habría esperado.

Capítulo 13

El día ha pasado volando, hay mucho trabajo en la bodega preparando la vendimia y por eso hacer horas extras es lo normal. En cuanto puede, Jessica se despide de los rezagados y se va a casa del vaquero. Al llegar y ver todo a oscuras se sorprende, esperaba encontrarlo ahí. No muy convencida, avanza hasta la puerta y timbra, pero nadie responde, saca el teléfono del bolsillo y lo llama, pero no le contesta. Desilusionada se sube en su coche y se va, al día siguiente se van a ver en el trabajo y tratará de tener esa conversación que dejaron pendiente esa mañana.

Justin llega tarde, su móvil se ha quedado sin batería, cuando vio que Jessica lo había llamado e iba a devolvérsela, se apagó, dejándolo con las ganas de saber qué quería. A pesar de eso, el día fue perfecto para él, consiguió hacer todo lo que tenía planeado e incluso adelantar algún papeleo con el banco. Ahora, agotado de tanto ir y venir, necesita descansar porque al día siguiente le toca reincorporarse al trabajo.

Al entrar en la vivienda un escalofrío lo recorre, presiente que algo no está bien. A paso lento se adentra en el recibidor y enciende la luz, tras comprobar que todo está como lo ha dejado, avanza por la casa revisado todo a su paso. Al llegar al dormitorio, se cambia de ropa con la extraña sensación de que algo no va bien y, desconcertado, baja a la cocina para cenar algo. Es ahí donde empieza a tomarse más en serio lo que su intuición le dice, pues al ver la ventana rota, las alarmas se activan en su cabeza: alguien ha entrado en su hogar. Por un segundo se plantea si Jessica cumpliría su amenaza, pero lo descarta, ella nuca haría algo así, al menos no ahora que parecen llevarse bien. Mientras recoge los cristales, no deja de dar vueltas a por qué alguien entraría en su hogar. Preocupado, revisa que todas las cosas de valor estén en su sitio y al no notar la falta de nada descarta la idea del robo. Quizá solo fue un niño jugando a la pelota o algún vándalo, ya más tranquilo, se va a dormir, aunque con todo el lío, olvida llamar a Jessica.

Y por fin el día esperado llega. Todos en la bodega Esencias del Norte esperan el regreso de su encargado, que no decepciona, puntual como siempre y con la hija del jefe a su lado, se encarga de explicar lo

ocurrido. Una vez se ha aclarado que él no ha robado nada, pues los rumores vuelan y todos saben que lo arrestaron en su casa, se adjudican las tareas y empieza el día de trabajo. Su ayudante permanece en silencio a su lado mientras despachan a los trabajadores, en cuanto el último se marcha, se encaminan juntos hacia la oficina y, nada más cerrar la puerta, se funden en un beso abrasador. Unos golpes en la madera los separan, sonriendo, se dirigen apresurados cada uno a su silla y una vez acomodados, dan paso al visitante. Para su sorpresa, es la policía de nuevo, Jesús con su compañero, aunque por la bodega solo se pasaba Silva, los dos estaban a cargo del caso. La sangre de Justin hierve al verlo tan tranquilo, pero disimula y llama a Juan para que acuda a su encuentro. Al llegar él, cierran la puerta y todas las miradas se centran en los oficiales.

—¿A qué debemos el honor de su presencia, agentes?— La voz de Juan es seria, marcando las distancias. Jesús se remueve en su silla y busca con la mirada a Jessica, que permanece totalmente centrada en su padre e ignorándolo.

—Nos han enviado un anónimo, ha llegado esta mañana. En el sobre venía un acta de matrimonio, un extracto bancario y un dictado judicial de encarcelamiento. Todos relacionados con su encargado —el oficial apunta a Justin con el dedo sin mirarlo.

Jessica no da crédito a lo que ha escuchado. ¿Un acta de matrimonio? ¿Significa eso que Justin está casado? Una presión que nunca antes había sentido se instala en su pecho, complicándole respirar de forma normal. Por su mente pasa una y otra vez la palabra maldita, lo que la hace removerse en la silla, inspirar con fuerza y querer gritar.

—Me disculpa, señor, pero no entiendo por qué eso es importante. Ayer cuando llegué a mi casa tenía un cristal roto, quizá alguien entró y se los llevó.

—No has denunciado el allanamiento. —Justin pone los ojos en blanco al escuchar a Jesús, se cruza de brazos y le mira serio.

—No me pareció importante. Revisé mis pertenencias y no habían llevado nada de valor económico. No me esperaba que les importaran mis documentos personales.

En ese punto, la incomodidad de Jessica se hace notar para todos, no deja de moverse en la silla y respira demasiado rápido. Su padre, tratando de darle ánimos, le lanza una mirada de advertencia para que no deje entrever nada delante de los agentes. Para ella, la conversación se silenció en el momento que escuchó acta de matrimonio, nada más le importa que esas malditas palabras. No es capaz de dejar de darle vueltas y preguntarse una y otra vez ¿será posible que Justin esté casado?

Sin saber qué hacer o decir, permanece en silencio, aunque su interior grita de desesperanza. Se muere por preguntar tantas cosas, tiene tantas dudas, pero no lo hace. Permanece quieta, sentada, presenciando una conversación que es incapaz de asimilar, perdida en sus pensamientos que van a mil por hora.

—No lo es, de no haber estado incluido en el sobre del anónimo un extracto de su cuenta bancaria, donde quedan reflejados los movimientos. ¿Cómo explica que estos coincidan con las fechas de los robos? —Un golpe en la mesa silencia la conversación. Juan se ha levantado y mira a los agentes enfadado.

—Ya he retirado la denuncia, no tienen nada más que hacer aquí. Salgan de mi propiedad ya mismo. Si todo lo que tienen son estupideces y anónimos, no hay nada más de lo que hablar. —Los policías asienten, se levantan y se van sin despedirse. Un silencio incomodo invade la oficina, Justin, que está harto de sentirse en el ojo del huracán, resopla.

—Esos movimientos no son míos. Yo solo meto en el banco la nómina y eso es porque así me la pagas, Juan.

—Tranquilo, muchacho, en esta sala nadie cree que seas un ladrón —dice mirando de reojo a su hija—. Pero creo que debes arreglar otro asunto.

La mirada de Justin, que estaba tan centrado en los policías y lo que le estaban diciendo, se dirige a Jessica. Al comprobar el estado en que se encuentra maldice.

—*Fuck!* Jess, *baby*, no es lo que parece.

—Yo me retiro, creo que esto debéis hablarlo en privado —dice el jefe saliendo por la puerta y cerrando tras de sí.

—¿Estás casado? —susurra ella muerta de miedo y curiosidad.

—Es largo de explicar, *please, baby,* confía en mí. Esta noche te lo explico todo.

—Yo… necesito entenderlo. —Su mirada plomiza busca los ojos verdes, derrotada.

—*I know*, pero es complicado y largo de aclarar. —Se agacha ante ella y agarra sus manos entre las de él—. Permíteme explicarme, ven a cenar esta noche a mi casa y te contaré todo lo que quieras saber.

—No sé… —Jessica observa a Justin sin saber qué decir o hacer. Él le gusta, es atractivo y, una vez pasas esa capa de hielo que le cubre, un tipo amable y simpático, pero no quiere ser la otra, nunca va a ser el segundo plato de nadie.

—*Please*, dame la oportunidad. Si lo que escuchas no te convence, yo

mismo te llevaré de vuelta a tu casa. *Please, baby,* di que sí.

—Está bien. —asiente no muy convencida, tiene miedo a lo que pueda descubrir, pero no luchar por lo que se quiere, es rendirse, y ella no se rinde ante la adversidad.

—*Yeah!* Te juro que no te arrepentirás. —Justin se incorpora feliz y tira de ella para que se ponga en pie, pegándola a su cuerpo.

—Ya lo estoy haciendo… —Él la silencia con un beso tierno que le hace temblar las piernas.

—En mi casa a las nueve, te estaré esperando —susurra sobre sus labios.

—Allí estaré —murmura Jessica no muy convencida y le mira, mordiéndose el labio, con las hormonas revolucionadas y deseando que lo que sea que él le vaya a contar, despeje todas las dudas que no la dejan en paz.

—*Ok, then,* a trabajar, que en unos días empieza la vendimia y hay mucho por hacer.

Como si su palabra fuera ley, retoman sus actividades y el día se pasa volando. Cuando Justin sale de trabajar, una hora después que los empleados, se va a casa con prisa a darse una ducha y preparar todo para recibir a su invitada. Jessica debe estar por llegar, por lo que el vaquero no dispone de mucho tiempo para preparar todo antes de que aparezca. Él es consciente de que tiene que dar explicaciones, los dos saben que hay mucho de que hablar, sobre todo tras la visita de la policía. Desde que la conoce, nunca había visto a esa mujer tan callada. Es una marisabidilla que siempre tiene algo que decir para quedar por encima, sin embargo, se pasó todo el día asintiendo a todo lo que le dijo.

Por lo poco que Justin sabe de mujeres, sospecha que ella está desconfiando de él y eso lo tiene preocupado. Sabe que las pruebas lo acusan, que parece culpable, pero le va a demostrar que no es así.

Está perdido entre fogones, tras dejar de lado esos pensamientos que no hacían más que alterarlo, cuando el timbre le anuncia la llegada de su invitada. Deseando verla, deja a un lado el paño con el que se está secando las manos, revisa la olla y camina hacia la puerta.

—¡Voy! —Grita al escuchar el timbre de nuevo. Agarra el pomo y abre, sin esperarse lo que se le viene encima—. *Hell…*

Capítulo 14

Uh, hola a ti también, supongo.

Jessica da un paso hacia el interior de su casa, empujándolo levemente para apartarlo y poder acceder a la vivienda. Justin, que se ha quedado petrificado en la puerta, no deja de mirarla y devorarla con los ojos. Él no se esperaba que se fuera a arreglar tanto para cenar con él, en su casa, pero ahí está ella, sexy como nunca la había visto, ataviada con un vestido negro que le llega a medio muslo, no muy escotado ni muy apretado, pero que le queda como un guante. Su forma de caminar, subida en esos tacones rojos que ya conoce, lo hace pensar en cosas que no debería.

Jessica, cuya cabeza no ha dejado de dar vueltas a lo descubierto esa tarde, se arregló mucho para ganar confianza en sí misma. Desde que se fue a la universidad, esa fue su forma de demostrar seguridad y crecerse. Muchos la creen una mujer superficial, pero ella se aprovecha de esa impresión para conseguir sus propósitos.

—¿Vienes o vas a quedarte sujetando la puerta hasta que me vaya?

—*Shit! Yes,* si, claro, ya voy —el nerviosismo de Justin hace sonreír a la mujer.

Él cierra la puerta y la sigue, al ver que va a sacarse la chaqueta, la ayuda y de nuevo se queda embobado mirándola al descubrir su espalda desnuda.

—*Fuck!* —Un simple susurro que hace que Jess sonría maliciosa, ya lo tiene donde quería.

—¿Estás bien, vaquero? —el retintín que posee su tono hace que Justin se envare.

—Eres perversa, *baby* —sus ojos se deslizan por su espalda y siente como su temperatura corporal sube.

—¿Yo? No entiendo por qué dices eso —finge inocencia y ambos sonríen.

—*Oh yeah*, estoy seguro de ello.

La observa caminar sensualmente y la sigue como un perrito a su dueña hasta la cocina. Jessica toma asiento y Justin acaba de preparar

la comida sin dejar de mirarla de reojo. El deseo que destilan sus ojos, cada vez que lo pilla mirándola, la pone nerviosa. Ella pretendía llamar su atención y hacer caer sus defensas como fuera, pero lo único que ella quiere es hablar, necesita saber la verdad. No piensa irse a su casa sin descubrir todo lo que le está ocultando.

Poco después, él sirve la cena y toma asiento frente a ella en la mesa. Ambos han permanecido en silencio todo el tiempo, lo que es extraño en ella, no así en él. Decidido a hacer de la velada una grata experiencia, intenta romper la tensión que flota en el aire.

—Jess, estás preciosa, de haber sabido que ibas a venir tan *provocative* me habría vestido a la altura de la situación. —Un amago de sonrisa en el rostro femenino anima a Justin—. Ya que, como decís los españoles, se te ha comido la lengua el gato, te voy a explicar algo. Tenía intención de hacerlo después de cenar, pero el silencio incómodo no me va. —Justin espera a que Jessica diga algo, pero ella mantiene su mutismo, aunque al menos ahora le mira. Decidido, coge aire y señala el plato.

—*Start eating! Ok*… —Con el tenedor pincha un trozo de carne y tras masticarlo lentamente explica—. Hace años, cuando yo era un joven estúpido y fácil de engañar, conocí a Alice. Ella era una mujer muy atractiva y acabamos enrollados, el problema vino cuando se quedó embarazada. Nuestros padres nos coaccionaron para que nos casáramos. Decían que debíamos ser responsable de nuestros actos y así lo hicimos. Si hubiese seguido mi instinto, jamás lo habría hecho, pero no se puede cambiar el pasado.

Jessica picotea la comida a la espera de que Justin avance en su explicación. Sus miradas se encuentran y ella la aparta, quiere escuchar más, necesita saber qué esconde ese hombre que la vuelve loca.

—Nos casamos por el juzgado un mes después, *at first* las cosas iban bastante bien, *but* con el tiempo, y para mi sorpresa, vi que algo no cuadraba. La barriga de Alice no crecía, me extrañé al ver que estando de cuatro meses no se le notaba y ella… *Shit,* esto aún duele —murmura pasándose una mano por el pelo— me confesó que había sido una falsa alarma. Así, sin más, mis planes de vida, ser padre, todo se fue *to the trush.* Ella lo había sabido casi desde el principio, pero como se quería casar no me lo había contado. Como comprenderás, me enfadé, discutimos y fue feo, *very ugly*…

Jess se había dado cuenta tiempo atrás que, cuando él abusaba del inglés, solía ser porque estaba alterado, nervioso o preocupado y eso lo hacía mezclar idiomas. Al sentir que la cosa iba a ponerse aún más fea, extendió una mano sobre la mesa y entrelazó sus dedos con los de

él, dándole así fuerza para continuar.

—Hubo reclamos, incluso llegó a tirarme cosas *and i…* rompí una mesa de cristal de un puñetazo —él aparta la mirada— estaba muy enfadado y supongo que eso alertó a los vecinos, que llamaron *to the police.* Cuando llegaron, el lugar parecía un campo de batalla y no hicieron preguntas, me arrestaron y acabé durmiendo en el calabozo. *Shit! She,* ella me denunció y eso me creó muchos problemas.

—Justin, lo siento, no es necesario que…

—*Yes,* ¡lo es! —Los ojos verdes de él están llenos de dolor y Jessica empieza a entender que ese hombre ha sufrido mucho, que su carácter huraño y su eterno ceño fruncido, quizá, tienen una buena razón para existir.

—Hagamos algo, vamos a cenar y después seguimos hablando —ella intenta sacar intensidad al momento pero no funciona, pues el vaquero está decidido a acabar su historia.

—En cuanto quedé libre, solicité el divorcio, recogí todas mis cosas y me largué a trabajar a Brasil. *Shit!* Estuve varios años sin ver a nadie de mi familia, lejos de todo y de todos, pero era lo que necesitaba.

Justin coge su copa y da un buen trago al vino, que como no podría ser de otra forma es Esencias del Norte. Lo paladea y deja escapar un gemido antes de continuar con su historia.

—Me llamaron para que regresara, habían pasado cinco años y no tenía ganas de volver, pero *mom* me avisó que *dad* se estaba muriendo. Llegué a tiempo de despedirme de él, aunque por poco no lo hago.

—Lo siento muchísimo, Justin —la mujer entrelaza sus dedos y le sonríe sin muchas ganas.

—Ver a Alice con otro no me importó, *she* no me importaba lo más mínimo. Tras despedirme de *my dad,* en una ceremonia repleta de familiares y amigos, pasé unos días con *my mom. E*n cuanto estuvo todo arreglado, preparé las maletas de nuevo y me fui a trabajar a Texas, no me apetecía vivir en un lugar donde me señalaban por la calle como a un delincuente. Por desgracia, el estigma de haber estado detenido me perseguirá siempre, incluso aquí…

—Entonces, ¿no estás casado? —susurra interrumpiéndolo.

—*Of course not!* Eso fue un error del pasado que hace tiempo fue resuelto. ¿Quieres que siga? —Jessica asiente y los dos comen en silencio por unos minutos, mientras él ordena sus recuerdos.

—Cuando llegue a Texas no tenía ni idea de vacas ni de caballos, era un tipo de ciudad, *understand me!* En el rancho había ambos y me propuse aprenderlo todo, no fue fácil, pero lo logré. Trabajaba más

horas que nadie y me esforcé al máximo para llegar lo más arriba posible. Tras un año allí, ya era el capataz, pero mi fugaz ascenso me generó algún enemigo, aunque yo no lo sabía. —Justin deja el tenedor en el plato de mala gana y el ruido los sobresalta a ambos—. *Shit!* Los caballos empezaron a desaparecer, eran pura sangres y costaban millonadas, —se echa para atrás en la silla y fija la mirada en Jessica que, al notar la tensión en él, deja los cubiertos y le mira atentamente.

—No es necesario que…

—*Hell, it is*! Me acusaron de ladrón y eso, sumado a mis antecedentes por el arresto previo, hizo que me enviaran a la cárcel durante casi seis años.

El silencio en la estancia se vuelve ensordecedor. A Jessica empezaba a cuadrarle que su padre tuviera que retirar al denuncia para que dejaran libre a Justin, aunque no acababa de entender como podían los antecedentes americanos afectar a España.

—*Hell*, fue la peor época de mi vida. La pérdida de libertad fue difícil, *very difficult,* aunque mi buen comportamiento hizo que me concedieran la condicional antes de cumplir la condena. Volver a pisar la calle fue indescriptible, pero mis ansias de venganza me arrastraron y durante meses me dediqué por completo a descubrir a los verdaderos ladrones. Lo conseguí —la risa amarga de Justin sorprende a Jessica, que estaba paralizada por lo que acaba de escuchar.

—¿Conocías a quién te inculpó? —Es incapaz de dudar de su inocencia, él es un hombre íntegro al que la vida ha tratado mal.

—*Oh, yes, i did.* Los que yo creía mis amigos, compañeros de trabajo con los que tenía una muy buena relación, me usaron de cabeza de turco. Ellos se beneficiaron de los robos y me mandaron a prisión por sus actos. Pero me vengué, *fuck*, necesitaba vengarme y lo hice.

—¿Cómo?— susurra preocupada.

—Me dediqué a inculparlos uno a uno, fue un proceso lento, *but i won.* Todos y cada uno de los implicados acabaron descubiertos y pagando por sus delitos. A mí me dieron una indemnización por mis años perdidos. *Damm!* Como si eso fuese a reparar el daño que me habían hecho. ¡Nada puede hacerme olvidar, *i can´t!* Por eso, al verme detenido de nuevo por algo que no hice yo…

Jessica, al ver la desesperación que lo embarga, se levanta y se sienta en las piernas de Justin, que, sorprendido, la mira. Ella, consciente del difícil momento que él está reviviendo, coloca un dedo sobre sus labios para que se calle.

—Ya está, no es necesario que sigas con esto, lo entiendo. Solo dime una cosa más, ¿de quién era el acta de defunción?

—De *my mom. She*, ella murió hace un mes, cuando llegue a Oklahoma city ya nada se podía hacer para ayudarla. Mi mundo se derrumbó, Jess, ella era lo único que me quedaba y la perdí, *now i am alone.*

—No, tú no estás solo —lo besa con desesperación y, al separase, lo abraza para consolarlo, el sentimiento de pérdida de Justin invade a Jessica que recuerda el día que su madre murió. Aunque ella era muy pequeña recuerda cada detalle de lo ocurrido y aún le duele.

—*Yes, baby,* lo estoy.

—Eso no es cierto —él no la escucha.

—Donde quiera que vaya los problemas me persiguen y siempre acabo igual, solo, pero esta vez no voy a ir a la cárcel, *hell,* no.

—No estás solo, ¿me oyes? —agarra su rostro y lo obliga a mirarla—. Me tienes a mí, a mi tía y a mi padre. ¡Ellos te quieren mucho! y yo….

—*What?*

Los dos se miran en silencio, todavía abrazados y sin ceder en la lucha de voluntades que miradas están teniendo. Jessica comprende las razones de Justin para haberse ido, entiende también su dolor y su sentimiento de pérdida. Justin, por su parte, necesita sentirse seguro ahí, con ella, necesita que le diga lo que se niega a pronunciar.

—Yo —susurra nerviosa, arriesgándose a decir en voz ata lo que más desea— quiero que tú y yo lo intentemos, —su corazón se desboca y el miedo recorre sus venas, temerosa de su reacción— ¿Te parece bien que vayamos poco a poco y a ver a dónde nos lleva?

Justin está feliz por su propuesta, aunque le sigue faltando algo que ni él mismo sabe qué es. Convencido de que con ella las cosas van a ser diferentes, coloca sus manos en el cuello de Jessica, girando ligeramente su cabeza y la besa con pasión. Sus labios se funden y sus lenguas se enredan, haciendo que todo lo demás deje de importar.

—No te vas a arrepentir de esto, niñata —susurra Justin contra sus labios, embargado por la dicha— créeme.

—Más te vale, vaquero gruñón.

Se levanta con ella en brazos y camina hacia el dormitorio. La mesa está puesta con la cena a medio comer, pero a ninguno de los dos parece importarle. Jessica rodea la cintura de él con las piernas y, sin dejar de besarlo, enreda sus dedos en su pelo. Al entrar en la habitación Justin la apoya contra la pared y con sus manos recorre el cuerpo de ella, apartando la ropa de su camino. En un frenesí de caricias y pasión, él se adentra en ella sin pensar en nada más que ser uno y el placer que esa unión les produce.

Tras un rápido y más que satisfactorio orgasmo, se dirigen a la cama, se acuestan, mirándose a los ojos y pocos minutos después la pasión los vuelve a embargar. Besos, caricias, lametazos y mordiscos, todo vale cuando el deseo recorre su sangre. Jessica sentada sobre Justin un momento, para al siguiente estar bajo el peso de su cuerpo, aprovechando para descubrir lo que les gusta. Cegados por la pasión se entregan el uno al otro, nada más importa que ellos dos, en ese momento y en ese lugar. Olvidadas están las confidencias de Justin, su exmujer y su estancia en la cárcel. Lo único que realmente importa son ellos y lo que sienten cuando están juntos.

Capítulo 15

Como era de esperar, la vendimia llega y con ella el exceso de trabajo. Al tener a Jessica de ayudante, Justin decide que repartirse las tareas es mejor que ir juntos a todos lados. A ella la deja al cargo de la bodega y él se va a las viñas a controlar que las cajas se carguen y se transporten debidamente. Tras un día agotador, Justin llega al almacén con el último viaje de cajas y decide ayudar a bajarlas, cuanto antes acaben, antes se irán a descansar. Está tan distraído en sus obligaciones, que cuando unas manos le cubre los ojos, da por hecho que es Jessica y la besa con pasión. Pero algo falta en ese beso, no se siente como ella, no sabe como su chica. Confuso, la aleja y comprueba que la mujer que tiene entre sus brazos es Lorena, la representante del consejo regulador. Sorprendido, la aleja, pero sabe que es demasiado tarde en cuanto ve a Jessica parada frente a él con la clara intención de darle una buena bofetada.

Reprimiendo las ganas para no dar un espectáculo, ella sale corriendo y Justin va tras ella. La tercera en discordia, que aún sigue paladeando el beso, camina despacio y sonriendo tras la pareja. Ella tiene muy buenos recuerdos del encargado y su intención es acumular más, como cada año desde que él está en la bodega. Porque aunque es solo una vez por temporada, ese vaquero le da los mejores revolcones que nunca ha tenido y se niega a perderlos.

Justin alcanza a Jessica en la salida de la bodega, va directa al aparcamiento para irse a casa. La agarra por el brazo y la detiene, haciendo que se gire para encararlo. Aprovechando la inercia, la mano libre de la mujer vuela y se estrella contra la cara de él. Este aprieta los dientes por el golpe, pero no se queja, ella está celosa y lo comprende, aunque no le hace ninguna gracia que le golpee.

—Vamos, *baby*, cálmate, pensé que eras tú quien me cubrió los ojos. De otra forma, no la habría besado.

—¡No me digas que me calme! Tú me le liaste por mucho menos, por si lo has olvidado.

—*Fuck, baby.* Eso es pasado, ahora estamos juntos, antes no.

—Excusas.

—No, *baby*, es la realidad. Tienes que entender…

—¡Suéltame! —grita dando un tirón al ver a la otra acercándose—. Justin, he dicho que me sueltes.

—*Baby, please*…

—Justin, no entiendo por qué te has escapado así. Otras veces parecías más feliz con mis besos —interrumpe Lorena la acalorada discusión.

La cara de Jessica se ha puesto roja por la ira, los celos arrasan con todo el sentido común y de un tirón logra soltar su brazo del agarre de Justin. Lo mira enfadada y sale corriendo hacia su coche. Él está decidido a seguirla pero la mano de Lorena se lo impide.

—*Fuck*! Suéltame.

Su tono parece intimidarla, porque de mala gana lo suelta, pero ya es tarde. Por más que le gustaría salir detrás de Jessica, no puede. Es el primer día de vendimia y tiene mucho trabajo pendiente. De mal humor, se enciende un cigarro y, tras darle tres caladas para intentar relajarse, regresa al interior de la bodega con Lorena unos pasos por detrás. Los empleados sufren las consecuencias de su pelea con la hija del jefe, porque su mal humor, ese que recientemente había desaparecido, ha regresado y multiplicado por diez. No es hasta pasadas varias horas que se va a su casa, solo y enfadado. Tras intentar hablar con Jessica y que ella no le responda ni las llamadas ni los mensajes, se da por vencido y se va a la cama, donde duerme poco y mal.

La mañana llega y Justin sale de la cama, convencido de que Jessica tendrá que escucharlo, llega a la bodega el primero. Se baja de su coche y empieza a asignar las tareas, adelantando trabajo, hasta que el sonido de un motor le advierte de la llegada de la dueña de sus desvelos. Esta se baja del coche y camina orgullosa hacia la bodega, haciendo que la boca de Justin se abra al ver como va vestida. Ha vuelto a ponerse el uniforme de provocar, aquel que le hacía babear como a un adolescente salido y eso le confirma que ese va a ser un día muy largo, pues esa es su coraza y va a ser difícil traspasarla.

—Buenos días, Jess —ella pasa a su lado y lo ignora—. Espera, déjame que te lo explique.

—No hay nada que explicar, vaquero.

—Por supuesto que sí, *shit, baby*, no es lo que parece.

—Yo te vi, no me lo han contado ni me lo he imaginado —dicho esto reemprende la marcha y él la sigue.

—*Baby, please* —ignorando sus suplicas sube las escaleras y se dirige a su oficina. Justin la sigue de cerca y cierra la puerta al entrar.

—¿Cómo vamos a repartir el trabajo hoy? —comenta ella decidida a hablar solo de temas laborales.

—Eso ya está arreglado —replica tendiéndole los papeles que estaba preparando mientras la esperaba—. *But*, necesito que entiendas que ella me cubrió los ojos con las manos, no hablamos, solo me besó y yo creía que eras tú.

—¡Ay, que bien! nos confundiste —espeta ella con ironía.

—*Yes*, pero solo al principio. En cuanto noté que no eras tú me despegué de ella y te vi. Me estabas mirando…

—Sí, te vi mientras le metías la lengua hasta la campanilla y no sabes lo que me dolió.

—*Baby*…

—No, por favor, Justin, no me hagas más daño. Limitémonos al trabajo, es lo único que importa ahora.

—*Baby,* yo quiero estar contigo. Quiero que lo intentemos de verdad —susurra mientras se acerca a ella.

—Lo ocurrido ayer aún me duele —sus palabras lo detienen—. Deja que pasen unos días y lo volveremos a hablar.

Justin suspira resignado y asiente, sabe que es su responsabilidad y por eso, de mala gana abandona de la oficina. Jessica, al verlo salir se deja caer en la silla haciendo un gran esfuerzo por no llorar. Le duele saber que ha estado con ella en el pasado, pero lo que más la hiere es que se ha dejado besar por ella, como si no le importaran sus sentimientos. Con las lágrimas brillando en los ojos, Jessica se obliga a trabajar, no es momento para sentimentalismos.

Justin se pasa los días que siguen evitando a Lorena, que cada vez que lo ve le hace las mismas insinuaciones que le hacía años atrás, con la diferencia que ahora no son bien recibidas. Jessica lo esquiva siempre que lo ve, se limita a hacer su trabajo e intenta por todos los medios no tener que tratar con ninguno de los dos, cosa realmente difícil porque ella es la encargada de recibir las uvas en la bodega y la controladora del consejo regulador debe comprobar que todo está correcto con ellas.

El quinto día de vendimia hay un problema con la prensa y toda la producción se detiene. Jessica llama a Justin para que acuda a la bodega y juntos traten de solucionarlo, pues ella sola no sabe como hacerlo. El encargado acude rápido y, tras una hora de trabajar los dos mano a mano, la prensa vuelve a funcionar y con ello todo regresa a la normalidad. Aprovechando la felicidad de Jessica, que está vanagloriándose del buen equipo que hacen, Justin la besa y dejándose llevar por la euforia del momento, se abrazan, ajenos a lo

que los rodea y a la mirada maliciosa de Lorena. La mujer no pierde detalle de su acercamiento y rechina los dientes al ver como la pareja se separa, sin dejar de sonreír y cada uno retoma sus quehaceres, ajenos al malévolo plan se está urdiendo en la cabeza de la morena.

Cuando el encargado llega, a la hora de finalizar el turno de los vendimiadores, Jessica está esperándolo con mala cara. Preocupado, se acerca a ella y la lleva a un lugar donde puedan hablar, esa mujer es muy transparente y es evidente que algo la molesta.

—*Baby*, ¿qué pasa?

—Bueno, es que Lorena me ha contado que todos los años por la vendimia os habéis acostado.

—*What?* —Justin mira alucinado a Jessica.

—Sí, me ha dicho que este año no va a ser la excepción, por más que yo esté en medio. Me ha pedido amablemente que le deje el camino libre.

—*What the fucking hell are you saying?* —Le parece increíble la desfachatez de esa mujer, por más que se haya acostado con ella en el pasado eso no le da derecho a interferir en su vida—. ¿Puedes repetir eso? Creo que te he entendido mal.

—No, no lo has hecho, tu reacción me lo deja muy claro.

—*Baby*, yo solo quiero estar contigo —el vaquero agarra sus manos entre las suyas y la mira a los ojos, bajo el ala de su sombrero, suplicante.

—¿Estás seguro?

—*Hell, yes*. Para mí ella ha sido un desahogo, nada más, una forma de liberar la tensión de la vendimia, nada importante.

—Temía que me dijeras que querías estar con ella.

—*What*? No, eso nunca. Por mí, puede irse por donde ha venido, no me importa. —Justin la abraza ansioso. La inseguridad de Jessica es culpa suya, si no hubiese pecado de confiado y besado a Lorena, nada de esto estaría pasando.

—No sabes el peso que me sacas de encima, es tan guapa que yo…

—*Shit*, nadie es más guapa, sexy, atractiva y sensual que tú, pero sobre todas las cosas, *baby*, nadie consigue hacerme arder como tú cuando te pones esos uniformes tan sexys —dice mientras la recorre con la mirada, dejando que sus ojos se deleiten con sus curvas a penas cubiertas por los shorts y la camiseta sin mangas que lleva.

—¿Te gusta? —sonríe pícara y le guiña un ojo— en el pasado parecía que te molestaba cuando me vestía así, por eso he vuelto a hacerlo.

—¿Molestarme? *Fuck*, no —la risita de Jessica relaja el ambiente y él la acerca para besarle el cuello.

—Detente, Justin. Estamos en un lugar público.

—Esta noche te quiero en mi cama. *baby* —susurra en su oído y, antes de ponerse en ridículo, decide alejarse de ella—. A ti, solo a ti, Jess —agarra una de sus manos y tras sacarse las llaves del bolsillo, las deja caer en la de ella—. Espérame despierta, o tendré que dormir en el coche.

La sonrisa de Jessica le alegra la mañana a Justin y, tras despedirse con un beso, la mujer se va a su casa a por ropa y de ahí a la del encargado, quien regresa a trabajar, dado que a él aún le quedan unas cuantas horas por delante.

Al traer a la bodega el último tractor cargado con cajas de uvas, divisa a Lorena, que está revisando que todo esté correcto. Decidido a dejarle las cosas claras, camina hacia ella, se planta delante y la mira serio.

—¿Podemos hablar un momento?

—Sí, claro —responde ella segura de sí misma mientras se apartan de los demás trabajadores.

—Voy a ser breve, no quiero que te acerques a Jessica, no quiero que hables con ella a no ser que sea de trabajo y, sobre todo, que ni se te ocurra volver a contarle sobre lo ocurrido entre nosotros. Nunca hubo un nosotros, ¿está claro?

—¿Me estás vacilando? —gruñe la mujer, molesta.

—No. Yo necesitaba desahogarme y tú estabas disponible, nada más.

—Lo pasamos muy bien juntos, lo sabes. Estoy segura de que vas a recapacitar y…

—No —la corta, seco— ella es importante para mí, cosa que tú nunca fuiste, así es que respétala y respétame a mí.

—Lo que dices no puede ser cierto… —la mujer está dolida y lo observa alejarse.

Sin dejarla acabar de hablar, camina hacia la oficina sacándose su sombrero, donde se reúne con Juan y Catalina. Tras hacerle un resumen del día, la pareja se va, dejando a Justin solo para cerrar. Son más de las once de la noche cuando, sonriendo, se sube a su coche y se va a casa. Aparca delante del escarabajo y camina hasta la puerta, no tiene ni que llamar, esta se abre y una sonriente Jessica lo saluda.

—Bienvenido, vaquero.

Justin la mira de arriba a abajo y tiene que hacer un gran esfuerzo para que no se le caiga la baba. Jessica está increíble, vestida con un

camisón corto de encaje, el pelo suelto y unas sandalias. Llamando su atención con un gesto, le señala la cocina y él se encamina hacia allí, donde se encuentra la cena sobre la mesa. Sonriendo se sienta y juntos cenan sin dejar de parlotear de trabajo. La comida que ella le ha preparado está deliciosa y así se lo hace saber. Al acabar de cenar lo lleva hasta el cuarto de baño, lo deja solo para que se duche, resistiéndose a la tentación de hacerlo con él, y se va a la cama, donde se acuesta para esperarlo. Sin darse cuenta se queda dormida y al llegar Justin se tumba a su lado sin despertarla. Todos están cansados, la vendimia y el exceso de trabajo que conlleva es agotadora.

Por la mañana el despertador suena demasiado temprano para los dos. Resignados, se levantan, entre caricias y besos desayunan y, tras vestirse, salen, cada uno en su coche, hacia la bodega. Si las cosas van bien, en un par de días habrán terminado la vendimia y la tranquilidad regresará a sus vidas. Al aparcar se encuentran con Lorena, que está ya esperando. Ambos se sorprenden al verla, pero no lo demuestran y juntos entran a la bodega, donde se separan pues cada uno tiene sus obligaciones. Lorena sale decidida tras Jessica, que, al escuchar que la llama, se detiene y la espera.

—¿Qué necesitas?

—Que dejes de meterte entre Justin y yo.

—Perdona, ¿qué has dicho? —Jessica no se esperaba eso tras dormir entre los brazos del vaquero.

—Me has escuchado perfectamente, aléjate de él, es mío.

—¿Tuyo? —se ríe con ironía— No sabes nada de él, no le conoces en absoluto y le reclamas, como si fuera de tu propiedad.

—Él ha estado ahí para mí durante años, ha sido apasionado y ardiente en cada encuentro.

—Hasta donde yo sé, corrígeme si me equivoco. Justin te ha follado en varias ocasiones, perdona lo vulgar, pero eso es lo que eso hizo.

—No te permito que…

—¿Qué? —Jess encara a la mujer, molesta por su actitud—. ¿Qué es lo que no me permites? ¿Que te diga la verdad? —La cara de Lorena se pone roja por la ira—. Te ha gustado que te folle, lo entiendo, es muy bueno en la cama.

—Era más que eso, no solo… —trata de hablar Lorena.

—No mientas, sé que fue solo sexo, ahora él está conmigo y nadie lo va a alejar de mí, ¿está claro? —Lorena sonríe con malicia. No se esperaba que la niñita fuese a sacar sal uñas.

—¿Está contigo? ¡oh que bonito! eso lo veremos, guapa. —Sin decir

nada más, se da la vuelta y se va. Jessica se encoge de hombros y continúa su camino hacia la oficina pero, para su sorpresa, Justin sale de detrás de un deposito de acero inoxidable y la arrincona contra él.

—*Baby, fuck,* no te imaginas como me ha puesto que me reclames como tuyo —se aproxima, rozando sus narices y haciendo que el sombrero caiga al suelo.

—¿Nos estabas espiando?

—No, pasaba por aquí y escuché los gritos —susurra él entre leves besos por su cuello.

—Justin, creo que va a hacer algo… —él la besa en los labios, silenciando sus sospechas y dejando en el olvido a esa mujer.

Caliente como pocas veces, él agarra su mano y se la coloca sobre su miembro. La boca de Jessica se abre, momento que Justin aprovecha para invadirla con su lengua, se besan apasionadamente con su mano presionando la erección del vaquero, cuando se separan, sus miradas calientes están llenas de promesas. Con la respiración alterada, ella observa como él se agacha a recoger su Stetson marrón y cada uno se va por su lado a cumplir sus obligaciones.

Otro día pasa, la rutina del día anterior se repite. Justin llega a casa y Jessica lo espera, de nuevo cenan, se ducha y duermen. El cansancio acumulado no les permite mucho más, aunque los dos se mueren de ganas.

Cuando llegan el último día de vendimia a la bodega, la puerta está abierta, algo extraño pues suelen abrir ellos. Desconcertados, entran con sigilo y el mundo se les cae encima al ver el desastre que han armando ahí: Las cajas de uvas tiradas por el suelo, la prensa con los cables arrancados, los bidones donde se acumula el bagazo, volcados y la mayoría rotos y lo peor, el suelo lleno de mosto proveniente de un depósito cuyo grifo está abierto.

Justin, abatido, llama a Juan que ya está llegando con Catalina. Desesperados, los cuatro recorren la bodega anotando todos los destrozos realizados, conscientes de que este ataque vandálico les va a suponer pérdidas incalculables. Cuando Juan se va a la oficina a llamar por teléfono, ninguno sabe como proceder. Lo ocurrido hasta ahora eran miserias comparado con ese ataque, la única forma de arreglar ese desastre es que la policía haga su trabajo. La patrulla de la Guardia Civil llega pronto, revisan todo, sacan fotos y anotan los desperfectos. Resignados, rinden declaración, a la espera de que los empleados lleguen. Al hacerlo y ver lo ocurrido, el desconcierto invade a la mayoría, pero hay dos que no se sorprenden, aunque lo disimulan.

Por orden de los agentes, no se puede entrar a la bodega hasta que los acaben su labor, por lo que la pareja envía a todos los trabajadores con vendimiadores a las ultimas viñas. Tras su partida intentan encontrar una forma de arreglar lo irreparable, de salir del paso en ese último día y después ya verán como asumir las pérdidas económicas, que son altísimas.

Pasadas cuatro horas la Guardia Civil abandona la bodega, con ellos se van Juan y Catalina, a poner la denuncia y gestionar todo con el seguro. Lorena, que no parece muy sorprendida al ver el desastre, se mantiene a parte, lo que llama la atención de Jessica. Teniendo en cuenta que nadie sabe que es la hija del jefe, no debería de preocuparse, pero en su interior, algo le dice que esa mujer despechada es capaz de todo.

Ese día la jornada se alarga para todos los trabajadores, debido al allanamiento y a los destrozos realizados en la bodega. La mayoría se ofrecen a ayudar para tratar de acabar como estaba planeado, son muchos días de trabajo y todos están cansados, pero se esfuerzan para que las cosas salgan lo mejor posible y así dar por finalizada la temporada. A las dos de la madrugada acaban de descargar el último tractor de uvas, al día siguiente se pisaran y se meterán en la prensa, dejando así ya finalizada la primera fase para la vinificación. Jessica, feliz por perderla de vista, acompaña a la representante del consejo regulador hasta su coche, es su último día y quiere ser ella quien la despida. Cuando está segura de que nadie las escucha le susurra.

—Si compruebo que has tenido algo que ver con lo ocurrido hoy aquí, me encargaré de que lo pagues.

—¿Me estás amenazando?

—No, te estoy advirtiendo, son cosas diferentes.

—Cuidado niña, no sabes con quien te metes.

—La que no tienes ni idea de con quién habla, eres tú. No me provoques y sobretodo, no te acerques a mi novio.

Orgullosa, Jessica se da la vuelta tras hacerle una peineta y camina hacia la bodega, rezando para no volver a verla nunca más. Al entrar se encuentra a todos los trabajadores bebiendo una copa de vino, celebrando que la vendimia se ha acabado y se une a ellos. Con la mirada busca a Justin y cuando lo localiza, se da cuenta que él la está devorando con la suya. Le sonríe traviesa y tras un silencioso brindis, bebe un sorbo del delicioso vino Esencias del Norte blanco.

Juan y Catalina bajan las escaleras, aún siguen preocupados por lo ocurrido esa mañana, pero se unen a ellos en la celebración. Todos juntos brindan por la bodega Esencias del Norte y su prosperidad.

Poco a poco los empleados se van yendo y quedan solo los cuatro. La mirada de Juan busca a su hija, si las sospechas de ella son ciertas, las cosas se pondrán tensas por aquí.

Tiempo atrás, cuando ella y Justin habían grabado aquel vídeo donde solo se le veía la cara a uno de los ladrones, a pesar de ser varios en el robo, identificaron a Pablo, ese joven que tan bien había tratado a Jessica. El despido fue inminente, aunque la policía no intervino debido a la detención de Justin y la posterior retirada de la denuncia, el chico se llevó una buena advertencia por parte de Juan para no volver a acercarse a su bodega, además hicieron correr la voz de que lo habían pillado robando, lo que le complicó las cosas para volver a encontrar trabajo. Debido a la confusión reinante en esos días en la bodega, su despido pasó bastante inadvertido para todos, pero ninguno de los implicados ha olvidado lo ocurrido y los rumores no dejan de circular por el pueblo.

Justin no sabe que Jessica sospecha de Lorena, no tiene intención de decírselo a no ser que se confirme, lo último que quiere es que la vea como una mujer celosa y vengativa. A su padre no le pareció una idea tan descabellada, tal como están las cosas ya no descartan a nadie y al menos así tienen una nueva cuerda de la que tirar. Decidieron no contarle nada al vaquero porque Justin no necesita sentirse culpable por algo que no es responsabilidad suya y si se lo dicen, saben que lo hará.

Poco después, los cuatro abandonan la bodega. Jessica esa noche se va a su casa, necesita ropa limpia y a ambos les vendrá bien descansar después de una jornada tan larga. Justin se despide de ella en el aparcamiento en cuanto el coche de Juan se pierde de vista. Apasionadamente, la aprieta contra el escarabajo y funde sus cuerpos en un tórrido beso. Se separan y de mala gana cada uno se sube en su coche para irse a su casa.

Capítulo 16

Por la mañana, más tarde de lo habitual, Jessica se encamina hacia la bodega. Ese día tiene que ayudar a su padre con las nóminas de los empleados temporales, cuyos contratos finalizaron el día anterior. También quiere investigar un poco sobre Lorena y revisar las grabaciones de las cámaras en busca de un culpable para lo ocurrido ayer. Aunque se supone que ya la policía lo hizo y no encontraron nada, ella pretende revisarlas por sí misma y poder así verificar que todo está bien.

Aparca en frente de la bodega y se queda mirando el logo en letras verdes y grandes que dice Esencias del Norte. Siempre le había gustado el nombre que su padre eligió, pero nunca se había parado a pensar que tan acertado era. En esa tierra, donde el calor del verano es extremo y el frío del invierno se mete en los huesos debido a la perpetua niebla, hay cosas preciosas. Siempre le había encantado pasear por el embarcadero, disfrutar del atardecer mirando como el astro rey se refleja en el río o simplemente tirarse al sol a descansar. Pero lo que más le gusta es el cambio de estaciones, como los viñedos se pintan de colores con el avance del año, el olor a humedad de la lluvia, el aroma de las mimosas en flor que anuncia la llegada de la primavera…

Toc, toc, toc.

Tres golpecitos en el parabrisas la sacan de su abstracción, haciendo que mire a quien la interrumpe con curiosidad. Una sonrisa invade su rostro al reconocer a Justin, que le está abriendo la puerta para que salga del coche.

—*Good morning, baby* —se agacha para rozar sus labios con los suyos.

—Buenos días, vaquero —susurra ella dando un golpecito con el dedo en el ala de su Stetson.

—¿Ha ocurrido algo?

—No, ¿por qué?

—Llegas tarde, pero esta vez no quise acusarte de… —ella lo besa para silenciarlo y sonríe.

—Simplemente me aproveché de ser la… —ahora es él quien la besa

para interrumpirla.

—*Silence, baby*, aún hay que mantener eso en secreto —susurra sobre sus labios.

—Iba a decir que me aprovecho de ser la novia del encargado —refunfuña ella por su interrupción.

—*Oh, ok, sorry!*

Los dos se echan a reír y, tras recoger sus cosas y cerrar el coche, se encaminan hacia el interior juntos. Se detienen ante las escaleras, Jessica se va a la oficina de Juan y Justin regresa a sus labores en la bodega, ayudar a Sebastián en esta época del año es complicado, pues el enólogo se pone insoportable por la carga de trabajo, pero ya son varios años y él está acostumbrado a sus excentricidades.

Cuando Jessica entra en la oficina, su padre la está esperando con una sonrisa en el rostro. Tras saludarse, le tiende un *pendrive* con las grabaciones de las cámaras y un café.

—Hola, Jessica —reprime las ganas de darle un beso, es su hija pero nadie puede descubrirlo, aún no.

—Hola, jefe —le guiña un ojo y mira sobre la mesa, donde están las nóminas a medio hacer—. ¿Necesitas ayuda con eso?

—No, lo tengo controlado. Céntrate en lo otro que habíamos quedado.

—Vale, pues me pongo ahora mismo —afirma apretando la memoria USB entre los dedos.

—Son muchas horas de vídeos, ¿segura que no quieres ayuda?

—Sí, cuanta menos gente sepa lo que estamos haciendo, mejor. —Los dos asienten a modo de despedida y se van a seguir con su trabajo.

Horas después, con la vista cansada, dolor de cervicales y desesperada por no haber visto nada relevante, Jessica suspira abatida. Se deja caer en el respaldo de la silla, y gira su cabeza haciendo que las vértebras crujan. Está agotada y con ganas de rendirse, cuando algo llama su atención en la pantalla del ordenador. No muy segura de si será su imaginación, retrocede la grabación y fija la mirada.

—¡Te tengo!

En ese justo momento, la puerta se abre y entra Justin, que la observa confuso. Está sentada en el borde de la silla, con la nariz pegada a la pantalla y una sonrisa maliciosa en la cara.

—¿A quién se supone que tienes? —Jessica da un respingo al escucharlo y trata de cubrir la pantalla con su cuerpo, para evitar que sepa lo que está mirando.

—A ti, por supuesto —responde con voz sensual, tratando de

distraerlo.

—Sí, *baby*, lo haces, pero no soy yo quien está en la pantalla, ¿verdad?

—Quizá —se incorpora, inclinándose hacia él y disimuladamente presiona el botón para apagar el monitor. Atrapa sus labios con los suyos y trata de distraerlo con un tórrido beso—. Por fin apareces, creía que te habías olvidado de mí.

—*Never!* —roza sus labios en un sutil beso y se aparta—. ¿Cómo podría olvidar a la mujer que me vuelve loco?

—Me gusta lo que dices —comenta ella cercándose a él y pegando su cuerpo al suyo— no te detengas.

—*Baby* —Justin es consciente de que algo ocurre, ella nunca es tan receptiva, ni tan cariñosa en el trabajo, ¿qué demonios? ¡Nunca!— ¿Qué tratas de ocultarme?

—¿Yo? —su tono sale más agudo de lo normal, al saberse descubierta y trata de disimular, pero el vaquero no es tonto y la mira escéptico.

—*Yeah*, tú, *baby*. Dime, ¿qué estás escondiendo? —Sin esfuerzo, la alza, da media vuelta, la deja de nuevo en el suelo y se coloca frente al ordenador.

—¡Justin! —grita Jessica por la impresión de verse transportada sin delicadeza alguna—. Eres un bruto.

—*What the hell?* —gruñe al comprobar que está apagado y frunce el ceño mirando de reojo a su acompañante.

—Oh, está bien… —unos golpes en la puerta interrumpen a la mujer, que echa a correr hacia la puerta, sabiéndose salvada por la interrupción.

—Jess, querida, ¿cómo va… —al ver a Justin ante el ordenador, Juan se queda callado, lo que hace que el vaquero los mira a los dos desconfiado.

—*Shit!* Tú también, Juan —se levanta enfadado y se cala bien el sombrero mientras se encamina hacia la salida—. Si no confiáis en mí, *what the hell am i doing here?*

—Justin, no es lo que piensas —trata de detenerlo Jessica agarrando su mano, pero se zafa de su agarre.

—Muchacho, cálmate, te lo explicaré todo —trata de retenerlo Juan.

—No, papi, habíamos quedado que… —Las palabras de Jessica lo molestan y él continúa su camino hacia la salida.

—Jessica, no me llames así, pueden escucharte.

—Perdón, es cierto, se me olvidó.

—¿Dónde está? —dice Juan mirando alrededor sin ver a Justin por ningún lado.

—¡Se ha ido! —Jessica sale corriendo escaleras abajo tras el vaquero, con su padre a la zaga— ¡Quieto ahí, Justin! —grita al ver que se está metiendo en el coche.

—¿Qué quieres, Jessica? —responde acomodándose en el asiento.

—Que no te vayas pensando lo que no es —apuntilla ella colocándose a su lado e impidiendo que pueda cerrar la puerta del vehículo.

—Muchacho —balbucea Juan, que se acerca a ellos fatigado por la carrera— no te precipites.

—¿Qué quieres que piense, Juan? Shit! Tras todo este *time*, me estáis escondiendo cosas, por lo que no os fiáis de mí. *Tell me,* ¿qué debería hacer?

—Mírame —susurra Jessica colocando una mano sobre su brazo, que está tenso agarrando el volante, él lo hace y ella le sonríe—. No es lo que piensas, sube a la oficina y te lo explico, pero aquí no —dice mirando alrededor.

—Sí, muchacho, ven adentro, hablemos.

—*I don´t know…*

—No te hagas de rogar, Justin —dice Jessica sonriéndole— en el fondo te mueres de curiosidad.

—*Maybe* —su tono vacilón hace que un amago de sonrisa asome a su rostro y ella se aprovecha para entrelazar sus dedos y tirar para sacarlo del coche.

—Vamos, Justin, acompáñanos, si quieres saber lo que he encontrado, tienes que hacerlo —le guiña un ojo y este asiente mientras se baja del automóvil.

Catalina, que los observa desde la ventana de la oficina, presiente que se avecina una larga charla, por lo que va a preparar café mientras espera que los tres suban las escaleras y así ella poder enterarse también de lo que sea que está pasando.

Capítulo 17

Jessica va a su oficina, hace capturas de pantalla a lo que ha descubierto, la envía al mail de su padre y se encamina hacia donde los demás la esperan. Es consciente de que faltan horas de grabación por revisar, pero lo que tiene es una muy buena pista y no puede dejarla pasar.

—Te lo he enviado al mail —dice a su padre mientras entra en el despacho y cierra la puerta, encerrando a los cuatro en el interior, alejados de miradas y oídos curiosos.

—Lo tengo —dice Juan abriendo el correo de su hija y ampliando la imagen en la pantalla— ¿Qué es esto hija?

—¿No lo ves? —pregunta ella desconcertada. Los demás arriman sus cabezas a la de Juan para comprobar por sí mismos lo que ocurre.

—*What the fuck* está haciendo Lorena ahí?

—Eso es lo mismo que me pregunté yo. Papi, pasa a la siguiente imagen, seguro que esa os ayudará a entender.

—¿Sebastián? —dicen los tres incrédulos.

—Sí, parece que se tienen mucha confianza —Jessica aparta la mano de su padre y pasa a la siguiente imagen, en la que aparecen los dos teniendo una acalorada discusión.

—No lo entiendo —dice Cata, poniendo voz a lo que todos en esa oficina están pensando.

—No es fácil de entender, tuve que repasar esas imágenes varias veces para captar lo más importante —pasa a la siguiente imagen y se ve como el enólogo le entrega unas llaves a la mujer. Jessica hace zoom en la imagen y se ve perfectamente el llavero, donde dice claramente Esencias del Norte.

—No me lo puedo creer —murmura un sorprendido Juan.

—*This is impossible,* él no es un ladrón —se aparta de la pantalla gruñendo cosas inteligibles en inglés—. *But* si es torpe, es imposible, no me lo creo.

—No adelantéis acontecimientos, regresa Justin, hay más.

—Más? *What the hell?* —gruñe enfurruñado y se aproxima.

—Mirad —susurra la mujer mientras pasa a la siguiente imagen. En ella se ve a una mujer entrando en la bodega, pasa a la siguiente y aparecen las cajas tiradas, aunque no se ve quién lo hace.

—¿No se grabó quién lo destrozó? —dice Cata.

—No, es como si supieran la ubicación exacta de las cámaras y se escondieran en los ángulos muertos para evitar ser captados —aclara Jess.

—*Ok baby,* entonces ¿por qué dijiste, "Te tengo"?

—Porque la tengo —exclama ella feliz pasando a la siguiente imagen, ahora aparece una mujer inclinada ante un depósito abriendo el grifo y dejando salir el mosto. Miles de litros de zumo de uva vertidos por el suelo provocando pérdidas incalculables a la bodega.

—*Fuck!* Lo has conseguido —exclama el vaquero feliz, inclinándose para besarla ante la atenta mirada de Juan y Catalina, que se sonríen felices al confirmar que esos dos tienen algo, tal como sospechaban.

—Sí —dice ella paladeando el beso y concentrada en las imágenes—. Aún tengo que seguir revisando grabaciones, pero creo que con esto la policía podrá hacer algo.

—Lo que yo no entiendo. —murmura Juan molesto— es por qué los agentes no vieron eso. Si tú lo has encontrado, ellos deberían haberlo hecho también.

—No lo sé, quizá lo vieron a cámara rápida y perdieron algún detalle. Lo cierto es que a ella casi no se la ve, siempre se esconde y si no estás muy atento y sabiendo lo que buscas, es difícil de verlo.

—*But, I can´t understand…*

—En español, por favor —pide Catalina que no le entiende nada al vaquero.

—*Oh sorry,* perdón, digo, que lo que no acabo de entender es por qué ella haría algo así, no veo en qué la puede beneficiar.

—Ya, yo tampoco lo entiendo, pero alguna razón tiene que haber.

—Por hoy creo que ya está bien de indagaciones y elucubraciones. Vamos a irnos todos a descansar, es muy tarde y a los cuatro nos va a venir bien desconectar un poco —ordena Juan, son su tono de soy el jefe y tienes que obedecerme.

—*Ok*, quizá sea lo mejor, sí.

Los cuatro recogen sus cosas y van hacia la salida, tras cerrar y asegurarse de haber conectado la alarma, la pareja observa como Juan y Cata se alejan por la carretera.

—¿Quieres venir a dormir conmigo, niñata?

—¿Me estás haciendo una proposición indecente, vaquero gruñón?

—Todo lo indecente que tú quieras —murmura agarrándola de la cintura y aproximándola a su cuerpo.

—No sé yo, quizá tengas que convencer… —no puede acabar la frase porque Justin se abalanza sobre ella como un lobo hambriento, devorando sus labios con ardor.

—¿Es suficiente para que te convenzas o debo esforzarme más, *baby*?

—Sí, lo es —acalorada se sube en el coche de Justin y se van juntos a su casa.

Al aparcar, los dos abandonan el automóvil y se dirigen al interior de la vivienda y en cuanto cruzan la puerta se olvidan de todo. Ni el hambre, ni el cansancio impiden que Justin la acorrale contra la puerta y la bese con pasión. Ambos se dejan llevar por el deseo, arrancando la ropa del cuerpo del otro con tal frenesí que algún botón sale despedido, pero a ninguno le importa. Cuando los pantalones de Jessica abandonan su cuerpo, Justin la alza en vilo y la agarra por las nalgas, lo que ella aprovecha para rodear su cintura con las piernas.

Sin dejar de besarse, Justin desplaza una de sus manos hacia la ropa interior de la mujer, comprobando así lo húmeda que está. Con un gruñido de satisfacción, aparta el diminuto tanga y desliza sus dedos por su feminidad, disfrutando de saberse deseado. Cuando roza su zona más sensible, ella gime en su boca, haciendo que el deseo aumente aún más. Desesperado por estar dentro de ella, mueve la mano hasta su bóxer, lo baja ligeramente, lo justo para sacar su miembro erecto y de un empellón penetrar en el paraíso.

Los dos gimen al sentir la unión. Cuando él se retira y de una firme estocada vuelve a introducirse en ella, Jessica le clava las uñas en los hombros a Justin cegada por la pasión. Aceleran el ritmo de las embestidas sin dejar de besarse y acariciarse. Cuando Jessica gime de placer, arrasada por su orgasmo, Justin se deja ir en su interior, apretándola contra la puerta para evitar acabar los dos tirados en el suelo.

—*I love you, baby* —un susurro muy bajito contiene la confesión más importante de su vida.

—Justin, yo… —él coloca un dedo sobre sus labios para silenciarla.

—No lo dije para que me respondas, solo lo hice porque es lo que siento —ella besa el dedo y se gira para poder hablar.

—Sí, pero yo…

—No —vuelve a colocar el dedo sobre sus labios— no lo digas.

Cuando sientas que tienes que decirlo, en ese momento, lo harás, no ahora.

—Pero Justin…

—Prométemelo, *baby*, cuando tu corazón lo grite, ahí me lo dirás.

—Está bien, lo prometo —le da una palmada juguetona en el hombro — pero ahora bájame, que se me están durmiendo las piernas.

—Por supuesto, milady, lo que usted pida —dice con tono guasón.

Entre risas, la pareja se coloca la ropa y va a la cocina a preparase algo de cena. Ha sido un día intenso, como la mayoría en una larga temporada, pero al menos esta jornada les ha traído buenas noticias, que ya las estaban necesitando.

Capítulo 18

A la mañana siguiente, cuando Jessica llega a la Esencias del Norte, acompañada por Justin, encuentran allí dos patrullas de la guardia civil, lo que los sorprende. Al aparcar, se percatan de la presencia de Juan y Catalina acompañándolos, enseñándole las instalaciones y proporcionándoles toda la información que les solicitan. Confundida, pues se esperaba ver de nuevo por ahí a Silva, se acerca a su padre, con intención de saber qué está ocurriendo.

—Buenos días.

—Buenos días, muchachos —saluda Juan con una sonrisa pícara al verlos aparecer juntos. —De todo lo ocurrido en la bodega, lo único bueno es ver a esos dos llevándose bien.

—Señores, tengan buen día —saludan los agentes.

—Gracias e igualmente —responde Jessica inquieta.

—Agentes, como les dije, ella es Jessica y es quien revisó las grabaciones descubriendo lo que ya les mostré.

—Buen trabajo, señorita.

—Gracias —sentirse halagada le sube los colores y Justin frunce el ceño al verlo, sin entender su sonrojo.

—Necesitamos las grabaciones, por alguna razón, en la investigación no se ha adjuntado una copia, pero suponemos que ustedes podrán darnos una.

—Sí, por supuesto, si me acompañan les daré una memoria USB con la información.

Los agentes siguen a Jessica hasta la oficina donde les da lo prometido y se entretienen hablando de la investigación y lo ocurrido: las desapariciones de material y el vandalismo. Mientras tanto, Juan y Justin permanecen en el exterior con Catalina, los tres están convencidos de que ahora las cosas se harán bien.

—Juan, tengo una duda, ¿por que estos policías van de verde y los de la otra vez no?

—Los otros son vecinos de aquí, conocidos, que se ofrecieron a echar una mano, aunque no les correspondía. La policía nacional no suele

cubrir este tipo de casos en los pueblos, eso es labor de la Guardia Civil, los verdes, como bien has señalado.

—Ok… —Justin no acaba de entender como funcionan los cuerpos de la ley en España, pero no dice nada y asiente, como si lo comprendiera.

—Querido, hay una cosa que no entiendo.

—¿De qué se trata, Cata? —los dos hombres la miran serios.

—¿No se había llevado Jesús Silva una copia de las grabaciones para revisarlas?

—Sí, lo hizo —asegura el dueño de la bodega.

—¿Y por qué la Guardia Civil no tiene acceso a esa información?

—Esa es una buena pregunta —murmura Juan confuso.

—*Sorry*, no quiero entrometerme, pero no entiendo. Si unos se llevan el *pendrive*, ¿por qué ahora hay que darles otro a los otros? —Justin se quita el Stetson y se pasa la mano por el pelo, revolviéndolo antes de volver a calarse el sombrero.

—Por ahí vienen —avisa Juan alzando la mirada y centrándola en los oficiales— preguntémoselo a ellos.

—Desde mi llegada a Esencias del Norte he estado ocultando quien soy para ayudar a descubrir a los ladrones, la ayuda de Justin, el encargado, ha sido imprescindible en mi investigación, pues sin su respaldo no habría podido mezclarme con los empleados con tanta facilidad.

—Comprendo, pero usted dijo que a él se lo llevaron al calabozo, acusado de implicación o autoría de robo.

—Sí, fue un gran error de los agentes, pero tras retirar la denuncia lo liberaron.

—No era necesario retirar la denuncia, nada en lo que nos ha enseñado o contado le señala, a no ser que nos esté ocultando algo.

—Por supuesto que no. Él es inocente.

Justin, Juan y Catalina permanecen en silencio, siendo testigos de la conversación de Jessica con los dos guardias civiles. Al ser testigo de la forma en que ella lo defiende, al vaquero se le calienta el pecho. Él no estaba totalmente convencido de que creyese en su inocencia, haberle desvelado su pasado, ser consciente de sus antecedentes y lo ocurrido desde su llegada a la bodega, no es que ayuden a convencer a nadie. Pero ella lo está defendiendo, de eso no hay duda.

—Agentes, si me disculpan —comenta el vaquero, esforzándose por no decir ninguna palabra en inglés— me gustaría comentarle los motivos

por los que se me acusó injustamente.

Tras contarles, muy por encima, sus antecedentes americanos y lo ocurrido con el anónimo que recibieron los otros agentes, donde estaban sus extractos bancarios, los dos hombres lo estudian por unos segundos en silencio.

—Sus delitos fueron pagados o se le absolvió de ellos, por lo que dice, lo que significa que esos antecedentes no tienen peso alguno. Con referencia al extracto bancario, eso solo es válido mediante una orden judicial, o si usted lo hace llegar con un sello oficial del banco. Es muy fácil falsificar ese tipo de documentación.

—Entonces, ¿no desconfían de mí? —se anima él a preguntar.

—Por ahora desconfiamos de todo el mundo, pero es cierto que la gente que aparece en esas grabaciones, así como los señores Pablo y Jorge, serán interrogados de forma inmediata.

—Eso es una muy buena noticia —exclama Cata, feliz, sintiendo que por fin descubrirán la verdad.

—Nos retiramos, tenemos mucho trabajo que hacer, nos han dado mucho que investigar. Descansen el fin de semana y el lunes trataremos de volver por aquí, esperemos que con buenas noticias.

Los agentes se retiran y los cuatro los ven marcharse, convencidos de que por fin su pesadilla se va a acabar. En cuanto el coche de la Guardia Civil desaparece, cada uno regresa a sus obligaciones: Juan y Catalina a la oficina, Justin a lidiar con los berrinches de Sebastián y Jessica a seguir mirando las grabaciones, por más que confíe en los agentes, quiere comprobar por sí misma que no se les escapa nada.

Esa tarde, cuando salen de trabajar, Justin, consciente de que es viernes, le propone a Jessica salir a dar un paseo por el embarcadero, tomarse algo en la orilla del río y disfrutar de la puesta de sol juntos. El buen tiempo en Septiembre hay que disfrutarlo, pues después en Galicia poco más que lluvia y frío les espera. Ella, que no es capaz de negarle nada al vaquero, acepta, aunque le pide que se vean allí en sesenta minutos. Él asiente y cada uno se va a su casa.

A la hora acordada, Justin, vestido de negro de arriba a abajo, con unas camperas y su Stetson del mismo color, está parado ante la puerta del náutico de Castrelo, perdido en sus pensamientos. Jessica, sigilosa, se acerca por detrás y le cubre los ojos con las manos, él, que ya está escarmentado, se aleja de la mujer como un resorte, pero al darse la vuelta y ver los pucheros que le pone Jessica se arrepiente de su reacción.

—*Sorry, baby, but…*

—No te preocupes, no debí hacerlo, simplemente no pensé en eso,

no…

Él no la deja seguir hablando, de una zancada regresa a su lado, rodea su cintura con un brazo, alzándola para ponerla a su altura y cubrir su boca con la de él en un tórrido beso. Ella, sorprendida, da un grito que se pierde en la boca del vaquero. Dejándose llevar, rodea su cuello con los brazos y le quita el sombrero, para profundizar el beso sin chocar con él. Eso le hace gracia a Justin, que deja de besarla y la hace girar por el aire, como si fuera una niña. Los dos estallan en carcajadas y, agarrados de la mano, se encamina hacia la zona del paseo fluvial.

—¿Te gusta vivir aquí? —indaga Jessica, que se muere por saber cosas de él.

—*Yeah*, es bonito y muy tranquilo, aunque en verano hace mucho calor —los dos ríen y continúan caminando por la orilla del río.

—Mientras estuve en Madrid, echaba mucho de menos venir aquí a pasear. Desde niña, mi padre me traía a jugar, correr, nadar y todo lo que se le ocurriera. En esas piscinas —señala la edificación que está por donde van caminado— es donde me dieron clases de natación.

—Has tenido una bonita infancia, me alegro.

—Sí, aunque siempre he extrañado la presencia de mi madre, mi tía se portó como una y no puedo quejarme.

—Me alegro, la infancia de una persona es lo que marca la base para el tipo de persona que será de adulta. Es bueno saber que te han criado bien, a pesar de ser una niña consentida —al decir eso, Justin echa a correr para escapar de Jessica, que lo persigue para golpearlo por llamarla consentida.

—Ven aquí, cobarde —chilla al ver que el vaquero se aleja, está en mejor forma física que ella, aunque no lo dudaba, pues conoce bien sus tonificados músculos.

—No*, i am not crazy,* si vas a golpearme, esfuérzate y cázame —exclama él sin parar de trotar.

Entre risas, bromas, carreras y besos recorren el resto del camino hasta los viñedos de Esencias del Norte, que están relativamente cerca. Sin ganas de volver a la zona llena de gente, se adentran en la finca, agarrados de la mano.

—Se ven tan tristes sin uvas —susurra Jessica, llamando la atención de Justin, que estaba perdido en sus pensamientos, disfrutando del contacto de sus dedos entrelazados.

—Es peor cuando le caen las hojas, en esa época sí que se ven tristes.

—Eso es cierto —Jessica mira al horizonte, perdiéndose en los recuerdos—. Me encanta la forma en que las estaciones se dejan ver

en los viñedos, siempre me ha gustado. Empiezas en invierno, con todo triste y desolado por las heladas y el frío, después llega la primavera, invadiendo todo de verde y vida; dando paso al verano con el aroma de la floración, la época de mayor relevancia en la vid, donde la uva crece hasta que, rozando el otoño, se recoge en la vendimia; después las hojas se tiñen de amarillo y rojo, cubriendo los viñedos de color antes de volver a quedar desiertos.

—No sabía que te gustaba tanto, *baby*.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, vaquero.

—Tengo toda la vida para descubrirlas —sella sus palabras con un beso y de nuevo entrelaza sus dedos y echa a andar, con Jessica a su lado.

Capítulo 19

Tras un fin de semana cargado de confidencias y arrumacos, el lunes llega y la pareja regresa a la rutina. A pesar de haberse saltado la comida familiar del fin de semana, su padre la recibe con una sonrisa en la bodega al verla llegar con Justin. Los cuatro suben a la oficina de Juan a tomar un café y esperar a los agentes, que ya han dicho al dueño que venían de camino. En su ascenso por las escaleras, Justin se percata que Sebastián lo está mirando, pero no le da mayor importancia.

Minutos después, mientras aún están saboreando el delicioso café que la tía de Jessica ha preparado, llegan los Guardia civiles. Tras saludarlos y ofrecerles un café, que aceptan encantados, Catalina se asegura de que la puerta esté bien cerrada, no quieren que nadie sepa de qué se va a hablar ahí.

—Tenemos noticias, aunque no sé si son buenas.

—¿Cómo? —susurra Jessica preocupada.

—Vamos por orden, lo primero, la denuncia que se hizo previamente y se retiró, no la hemos encontrado por ningún lado.

—Yo tengo una copia —asegura Juan, levantándose de su sillón para ir buscarla. Con una llave pequeña abre un cajón y, tras rebuscar, vuelve a su lugar con el papel en la mano—. Aquí tienen.

—Gracias. —Los agentes la revisan y la guardan.

—¿Qué sigue? —pregunta ahora Justin que tiene los nervios de punta, en el fondo sigue temiendo que se lo lleven a la cárcel de nuevo.

—Las grabaciones previas a los actos vandálicos, ¿las poseen?

—Por supuesto, asegura Juan, se las haré llegar por mail hoy mismo.

—Perfecto, con eso podremos atar bien los cabos sueltos de los robos.

—¿Han descubierto quién nos está robando? —intercede Catalina, deseando que sea un sí.

—Tenemos algunas sospechas, pero necesitamos confirmarlas antes de decir nada. Con respecto a los robos necesitamos también un recuento de todo el material sustraído y su valor económico.

—Cuando le envíe las grabaciones, le haré llegar el documento con el inventario y su coste.

—Muy bien, continuamos. El tema de los actos vandálicos ocurridos en la vendimia está mucho más claro. Se ve claramente a una mujer, de pelo oscuro, un metro sesenta…

—Es Lorena —los interrumpe Jessica.

—¿Usted conoce a la mujer?

—Sí, era la representante del Consejo Regulador del Ribeiro, estuvo aquí toda la vendimia.

—Y no solo este año, lleva viniendo desde hace cinco años al menos —aclara Justin.

—Si nos pueden facilitar sus datos, se lo agradeceríamos.

—Los buscaré, tienen que estar en los documentos que firma cada día para dar recepción a las uvas. Los adjuntaré a lo demás que debo enviar —afirma Juan.

—La colaboración de ese otro hombre, el enólogo, que sale en las imágenes, queda confirmada. Solicitaremos al juez una orden para investigar sus movimientos bancarios, pero es un mero formalismo, todo apunta a que él es quien da acceso a la bodega.

—No puede ser —exclama Juan.

—*Shit*!

—Ja, lo sabía, ese tipo nunca me dio buena espina —se regodea Jessica, para asombro de todos.

—Seguiremos investigando, pero la cosa está siendo mucho más fácil de lo esperado. Los otros dos nombres que nos facilitó, se confirma su implicación. En los alrededores dicen que por veces llegan con mucho dinero y lo despilfarran, que andan en malos pasos y esas fechas coinciden con las de los robos.

—Malditos.

—Les rogamos que guarden silencio y actúen con normalidad para no advertirlos de que los hemos descubierto, así todo será más sencillo.

Todos asienten, convencidos de que los agentes saben lo que hacen. Tras alguna que otra petición más, los dos oficiales abandonan la oficina, dejando a los cuatro dando vueltas a toda la información obtenida.

—Como han dicho los agentes, es prioritario que no les hagamos sospechar, por lo que, Justin, por favor, ve a ayudar a Sebastián, es lo que se supone que debes hacer.

—*Shit!* ¿Cómo voy a hacer para contener las ganas de reclamarle?

Fuck, voy a querer interrogarlo, *maybe* pegarle. *I don´t go.* No es una buena idea.

—Cálmate, vaquero —bromea Jessica, haciendo que sonría—. Tú puedes con eso y mucho más. Recuerda la sangre fría que mostraste en Texas, estoy segura que podrás hacerlo aquí también.

—*Baby*, eres una manipuladora.

—Sí, pero te encanto.

—*Shit*! Eso es cierto —Justin se levanta, da un ligero beso a Jessica y sale por la puerta hacia el territorio del enólogo—. Reza para que pueda contenerme.

Cuando la puerta se cierra, dos pares de ojos se clavan en Jessica, que se sonroja al ser consciente de lo que ocurre. Nerviosa, se frota las manos, buscando la forma de escabullirse, pero no va a ser fácil, su familia quiere una explicación y se la debe.

—¿Qué?

—Ya estás empezando a hablar, señorita —la voz de Cata está cargada de curiosidad y eso provoca una sonrisa en Jessica.

—Bueno, es evidente ¿no?

—No tanto, si tenemos en cuenta que al principio os odiabais.

—Que exagerado, papi, solo nos caíamos un poco mal —miente arrugando la nariz, lo que hace que su padre se ría.

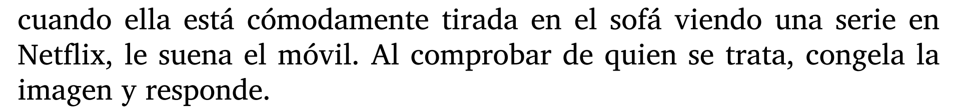
—Entiendo que sois pareja, ¿es serio?

—A ver, no voy por ahí besando hombres, Cata, al menos no delante de mi padre —añade con malicia, lo que hace sonreír a su tía.

Jessica explica muy por encima a su familia como inició su relación y que ahora están viviendo al día, tratando de que funcione, que los dos se sienten bien juntos, pero que aún se están conociendo, por lo que no quiere correr demasiado. Su padre le asegura que Justin es un buen chico que la va a cuidar bien y Cata está feliz por ver a la mujer, que quiere como a su propia hija, enamorada, aunque ella no lo admita.

Pasado un buen rato, cada uno regresa a sus obligaciones, dando por finalizado el cotilleo. Jessica va a seguir viendo las grabaciones, su padre a enviar la documentación a los guardias civiles y Cata a contactar con un posible cliente americano. El hombre dice haber probado sus vinos en su país y eso tiene contrariada a la pobre mujer, que está segura de que está confundido.

Ese día, Jessica abandona la bodega más temprano, tiene unos recados que hacer en Ribadavia y por ello se va, sin despedirse del encargado, porque no consiguió dar con él en la bodega. Pasadas unas horas,


cuando ella está cómodamente tirada en el sofá viendo una serie en Netflix, le suena el móvil. Al comprobar de quien se trata, congela la imagen y responde.

—¿Qué pasa, vaquero gruñón? ¿Me echas de menos?

—Mucho —refunfuña Justin— ¿por qué te fuiste sin avisar?

—Te busqué en la bodega, pero no entré en su zona, no quería ni ver al tipo ese, yo sí que no iba a poder contenerme si lo tenía delante.

—Entiendo, *shit*, me ha costado no darle un puñetazo.

—Normal.

—*Baby*, tengo ganas de verte.

—¿Quieres que hagamos videollamada?

—No, me apetece algo más de contacto físico.

—Oh, pues ya estoy en casa y no me apetece salir.

—Eso no es un problema, ábreme la puerta —dice al tiempo que suena el timbre.

—¿Estás aquí? —Jessica da un salto, corre a abrir y después mira alrededor. Su casa está hecha un desastre, ella está en pijama y con el pelo recogido en un moño desordenado, no, definitivamente no es el mejor momento para recibir visita.

—Sí, subiendo las escaleras, abre, *baby*.

—Ay por Dios… —susurra mientras camina descalza hacia la puerta y corta la llamada.

Cuando Justin aparece ante ella, parece la fantasía hecha realidad de cualquier mujer: vaqueros, camisa blanca, camperas, el Stetson y la barba de tres días, coronado por sus preciosos ojos verdes. Jessica reprime las ganas de gemir y se lo come con la mirada.

—¿A dónde vas tan guapo?

—A ver a *my girlfriend.*

—¿Ah sí? ¿Y por qué tu novia no sabía que venías?

—*Baby*, quería darte una sorpresa.

—Pues me temo que el sorprendido has sido tú, mira que pintas llevo —lloriquea haciendo un puchero.

—*Shit, baby!* Estás igual de sexy que siempre, a mí lo que me gusta es lo de dentro y eso siempre es precioso.

—Eres un zalamero.

—*Yeah* y te encanta. —Jessica sigue con la mirada a Justin, que se adentra en su casa, y cierra la puerta.

—Sí, todo tú me encantas, incluso cuando protestas por todo.

—No me hagas hablar, niñata… —ella lo besa e interrumpe el inicio de una nueva batalla verbal.

Olvidada queda la tele, la serie y todo lo demás. Se dedican por horas a besarse, acariciarse y dejarse llevar por lo que los hace gemir de placer, todo vale si están juntos. La pasión los agota y acaban tirados sobre la cama, abrazados, haciéndose confidencias, afianzando una relación por la que ni ellos apostaban.

Capítulo 20

Ha pasado toda la semana y por fin es viernes. Ha sido complicada para Justin, Jessica, Catalina y Juan, que se han tenido que esforzar mucho para no descubrir lo que saben de la investigación de la Guardia Civil. En la bodega todo ha estado tranquilo, demasiado si se tiene en cuenta que todos los meses ha faltado mercancía desde hace más de un año. Saber que los ladrones van a actuar pronto tiene al encargado elucubrando como pillarlos con las manos en la masa, pero por más vueltas que le da, no se le ocurre nada que no sea irse a dormir a la bodega, cosa que no entra en sus planes.

Desde que inició su relación con Jessica, parece que no pueden estar separados ni una noche. Cuando no va ella a casa de él, es el vaquero quien busca a la hija del jefe. La cuestión es que no han vuelto a pasar una solos desde que acabó la vendimia y eso los tiene a ambos como una sonrisa perpetua en la cara. No tanto a la mujer que vigila la casa del encargado como un perro guardián.

Lorena ha pasado un par de noches a visitar a Justin y no lo ha encontrado, por lo que tomó la decisión de seguirlo disimuladamente con su coche, llevándose así la desagradable sorpresa de donde está pasando las noches el vaquero. Dolida por sentirse utilizada, decide hacer algo que los separe de una vez y para siempre. Tras realizar un par de llamadas telefónicas, organiza, para esa noche, el que ella considera el plan perfecto.

Jessica ha salido pronto de la bodega, llegando a su casa con tiempo para arreglarse. Ha quedado con sus amigos de Ribadavia, a los que lleva casi un mes sin ver. Su idea es presentarles a Justin y ver como fluye la noche. Ella está cada día más convencida de lo que siente por él, pero necesita ver como se desenvuelve él fuera de sus casas y el trabajo, con más gente.

Con una sonrisa de boba pintada en la cara se va a la ducha, donde se relaja bajo el chorro del agua rememorando la forma tan intensa en que la despertó esa mañana el vaquero. Sus manos recorren su cuerpo de la misma forma que las de él lo hicieron, logrando que su respiración se altere. Negándose a ceder ante la tentación y distraerse de su objetivo, gira el mando hacia el agua fría y su calenturienta

mente deja de fantasear.

Arreglada con un mini vestido rojo, los tacones negros y un abrigo, porque en octubre las noches son frescas, sale de casa, agarrando su bolso antes de cerrar la puerta. Abandona el edificio para encontrarse con Justin, que la ha avisado hace diez minutos que estaba saliendo de Castrelo, pero para su sorpresa, no es él quien está en su puerta, si no Jesús, que la mira con tanto deseo que la pone nerviosa.

—Hola, preciosa, no esperaba verte por aquí.

—-Hola… —nerviosa, busca una salida, ojalá Justin llegue pronto—. Vivo aquí.

—Sí, cierto, es que nunca habíamos coincidido antes.

—Ya, es que paso poco tiempo en casa, con el trabajo y eso.

—Por supuesto, aunque esta época es más tranquila, seguro que te puedes tomar algún descanso.

—No creas, la elaboración del vino es más compleja que solo cuidar las viñas.

—La verdad es que no entiendo mucho de vinos, pero no se lo digas a nadie, ser del Ribeiro y no saber de viñas es casi un sacrilegio.

—Sí —se ríen por la broma y Jess vuelve a buscar con la mirada al vaquero, ¿dónde se ha metido?

—Y, ¿para dónde vas tan guapa?

—He quedado con unos amigos.

—Si quieres te acompaño, voy hacia el centro.

—¡No! —suena tan asertiva que se apura a aclarar— vienen a recogerme.

—Ah, bueno, pues me quedo contigo, para hacerte más amena la espera.

—Que amable, gracias —susurra entre dientes, deseando que se largue.

—Es un placer —le guiña un ojo y Jess sonríe con falsedad, acordándose de toda la familia de Justin, que no llega.

Pasados diez minutos de charla insustancial e incómoda, Jessica decide llamar al encargado, por si le ha pasado algo, pero no responde. Cansada de esperar y aguantar al policía, le escribe un mensaje al vaquero, avisándolo que se va con sus amigos, que lo espera allí, y emprende camino hacia el centro, seguido de cerca por Jesús, que parece una lapa.

Al otro lado del río Miño, Justin se esfuerza por zafarse de la

empalagosa morena que se empeña en abalanzarse sobre él como una gata en celo. Salía por la puerta, tras colgar el teléfono a Jessica, para avisarla de que iba para allí, cuando Lorena apareció y le bloqueó el paso. Desde entonces ha estado intentando ser respetuoso, pero la frustración hace mella cuando mira el reloj y comprueba que ha pasado casi media hora y ha dejado a su chica esperando.

—Lorena, por favor, déjame en paz.

—Pero, Justin, tú me gustas mucho.

—Ya te dije que tú a mí no, que tengo novia.

—Ella no me llega ni a los talones, es una niñata, hija de papá, incapaz de ofrecerte lo que yo si puedo.

—No hables así de ella —de pronto, algo en su cerebro hace click y se la queda mirando, sorprendido—. ¿Por qué la llamas hija de papá?

—Por favor, no irás a decirme que no sabes que es la hijita de Juan.

—*Shit*! No, no voy a decirlo, pero estaría bien que tú me digas *how the hell* sabes tú eso.

—A mí háblame en español, que no te entiendo.

—Explícame como sabes quién es ella, eso es lo que te dije.

—Esa boba consentida y yo nos conocemos desde el colegio, aunque ella no se acuerde. Estudiamos juntas en Ribadavia, pero parece que la señorita oxigenada se ha olvidado de sus compañeros.

—Ella no es una boba, respeta, *bitch*.

—El respeto hay que ganárselo y ella nunca hizo nada para ello. Siempre nos miraba a todos por encima del hombro y nos trataba como a sus criados.

—Quizá la Jessica de antes fuese así, la de ahora no lo es.

—¿Qué sabrás tú como es o deja de ser? Si la conoces desde hace unos días.

—Meses, la conozco hace meses. Hemos pasado tanto tiempo juntos que sé hasta como piensa. No te atrevas a decirme que no la conozco, porque sí que lo hago.

—Por Dios, ¿estás enamorado de ella? —gruñe molesta la mujer, muerta de celos.

—*Yes*, lo estoy.

—Maldita perra, se merece todo lo que le va a pasar hoy.

—¿De qué hablas? ¿Que le va a pasar? —La zarandea enfadado—. *What the hell* has hecho?

—¿Yo? Nada. A la niña rica le sobran enemigos, no me necesita a mí.

Confuso por sus palabras y decidido a ir a buscar a Jessica, esté en donde esté. De un empujón, hace a un lado a Lorena, que cae al suelo y, mientras trata de levantarse sin dejar de gritar, él corre hacia su coche.

—Es muy tarde, no la vas a encontrar. Pero te vas a arrepentir de haberme empujado, esto no se va a quedar así.

Justin la ignora, se sube en el asiento del conductor y arranca a toda velocidad hacia Ribadavia, al encuentro de su chica. Por el camino, lleno de curvas, no deja de llamar a Jessica, que no responde. En una, especialmente cerrada, da un volantazo al ver de frente las luces de otro coche y está a punto de salirse de la carretera. Cabreado, deja el móvil sobre el asiento del copiloto y acelera. Las palabras de esa bruja lo han puesto nervioso, pero el hecho de que ella, que vive con el móvil pegado a la mano, no le responda, lo tienen al borde de un ataque de nervios.

Llega a la calle donde Jessica vive haciendo chirriar los neumáticos al girar en el cruce, de un derrape frena ante el edificio y sin apagar el coche baja, para aporrear el timbre. Nadie le responde y eso lo cabrea, da un puñetazo a la pared y regresa al coche. Vuelve a llamarla y al no tener respuesta trata de recordar a donde le dijo que iban a ir.

—Eso es, *hell*, al Ribeiro e Xamón, en la Plaza Mayor.

Arranca como un loco y se dirige hacia la zona del castillo, por donde aparca en cuanto ve un hueco, se baja del coche y se enciende un cigarro, su estado de nervios le pide nicotina. Tras cerrar la puerta, sale corriendo hacia el restaurante donde habían quedado, calándose bien el sombrero negro. Tras esquivar a la gente para entrar, se da de bruces con una chica a la que reconoce, estaba con Jess el día que la vio de fiesta.

—Yo a ti te conozco, eres amiga de Jessica, *true*? —la chica lo mira sorprendida por sus pintas: lleva su eterno sombrero, una camisa blanca, vaqueros negros y las camperas.

—Eh, sí, soy su amiga, me llamo Clara.

—Encantado, soy Justin, su novio.

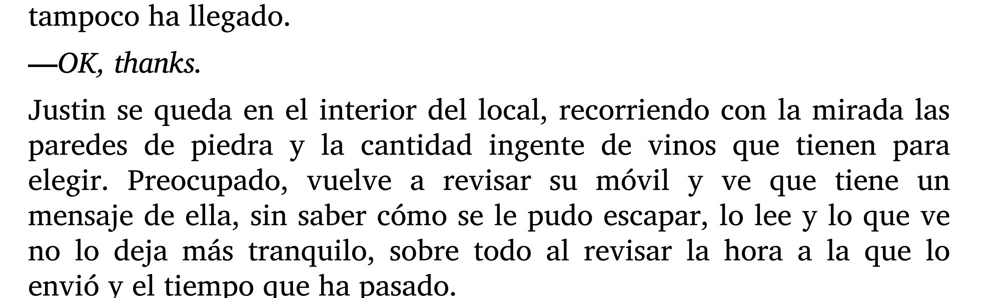
—Así es que tú eres la razón de esta quedada. Genial —da un golpecito en su brazo, cómplice— ¿y dónde está ella?

—¿No ha llegado?

—No, pensé que venía contigo.

—*Fuck*! Lo peor es que llevo un buen rato buscándola y no consigo dar con ella.

—Tranquilo, quizá está con los demás, voy a llamar a Eva, que


tampoco ha llegado.

—*OK, thanks.*

Justin se queda en el interior del local, recorriendo con la mirada las paredes de piedra y la cantidad ingente de vinos que tienen para elegir. Preocupado, vuelve a revisar su móvil y ve que tiene un mensaje de ella, sin saber cómo se le pudo escapar, lo lee y lo que ve no lo deja más tranquilo, sobre todo al revisar la hora a la que lo envió y el tiempo que ha pasado.

—Fuck, i don´t understand anything.

—Justin —la voz de Clara, la amiga de Jess, lo hace girarse.

—¿Qué ha pasado? ¿Está con ellos?

—No, nadie la ha visto.

—Damn! Something weird is happening.

—¿Has probado a llamar a su casa? Quizá estaba con su padre.

—No, quizá tengas razón. *Thanks* —sale del local con el teléfono en la mano y pulsando el botón de llamar para hablar con Juan.

—Hola, muchacho. ¿Ha ocurrido algo?

—*Hello. Yeah.*

—¿Qué pasa, muchacho?

—¿Está Jessica en casa?

—No, ¿por qué?

—*Shit!* No consigo localizarla y nadie sabe donde está.

—¿Dónde estás tú?

—En la plaza mayor, habíamos quedado con sus amigos.

—Bien, vamos para allá.

—*Ok, i´ll wait* por vosotros aquí.

Capítulo 21

Jessica había pensado que le sería fácil librarsede Jesús, pero se equivocó. Su plan era ir hasta donde estaban sus amigos lo más rápido posible y allí despedirse de él, tratando de no demostrar la repulsa que le provoca ni las ganas que tiene de reclamarle por sus actos. Pero algo salió mal, muy mal.

Llevaban poco más de cinco minutos caminando, iban subiendo por la calle del Progreso a buen ritmo a pesar de sus tacones, cuando él la tomo de la mano y la arrastró a un callejón, cubriéndole la boca con la mano libre al arrinconarla contra la pared.

—Shhh, no grites. Ahora tú y yo vamos a hacer una pequeña excursión y más te vale colaborar —sonríe con malicia, dejando ver una parte de él que ella jamás había visto, pero sabía que tenía tras lo ocurrido con Justin—. No queremos que al vaquero le ocurra nada, ¿verdad?

Al escucharlo, Jessica siente como su sangre se congela y niega con la cabeza en respuesta. En ese momento todo encajó, la extraña ausencia de Justin, así como la casualidad de haber encontrado a Jesús. En su interior las piezas del puzzle van ordenándose y por más vueltas que le da, no acaba de comprender por qué. Preocupada, más por lo que le pueda ocurrir al vaquero que a ella misma, relaja su cuerpo y alza las manos en señal de rendición.

—Así me gusta —dice Jesús apartándose de la pared, pero sin soltar su mano—. Ahora vámonos, tenemos mucho de lo que hablar.

En silencio, la va guiando por las calles de Ribadavia hacia las afueras, lo que la desconcierta, pues le dijo que tenían que hablar y no ha dicho ni pío. Jessica trata de fijarse por dónde van pasando por si logra huir y necesita volver sobre sus pasos, pero siendo de noche y en el estado de nervios que se encuentra, llega un momento que todas las callejuelas le parecen iguales.

Minutos después se detienen ante un coche, el cual Jesús abre con el mando de la llave, y la empuja hacia el interior, colocándole el cinturón de seguridad para evitar su huida. Ella, consciente de que si no escapa ahora, será mucho más difícil hacerlo, trata de hacerlo, pero la puerta se cierra ante sus narices, lo que le impide salir.

Desesperada, sabiéndose en un gran aprieto, intenta sacar el móvil del bolso para llamar a Justin, pero lo único que consigue es que su captor se lo quite en cuanto entra en el coche.

—Gracias, justo ahora iba a pedírtelo —ante su mirada lo silencia y lo tira en el asiento de atrás—. Arreglado, ahora vamos, nos están esperando.

—¿Quién?

—No seas tan curiosa, en seguida lo descubrirás.

—¿Por qué haces esto, Jesús?

—Porque me has jodido la vida, por eso.

—Pero ¿cómo? —alterada trata de entenderlo— si eres policía, tienes tu puesto y la gente te respeta, no comprendo en qué te he jodido yo a ti.

—¿No? ¿No lo entiendes? —aparta la mirada de la carretera por unos segundos y la fija en la de ella—. Al denunciar ante la guardia civil has puesto en peligro todo aquello por lo que he estado esforzándome toda mi vida.

—¿Qué tiene que ver la guardia civil contigo? —confusa, trata de que le explique lo que ocurre.

—¿De verdad no lo has entendido? Si al final va a tener razón mi hermana y el tinte te está fundiendo las neuronas, mira que eres lenta, *carallo*.

—¿De qué hablas? ¿Qué tinte? ¿Qué hermana? No entien… —como un tsunami, los recuerdos del colegio regresan a ella y siente un estremecimiento. Sí, él tenía una hermana pequeña, una niña tímida que lo seguía a todos lados, aunque era más joven que ella, siempre estaba tratando de hacerse su amiga, aunque nunca se lo había permitido—. Dios mío…

—Parece que los recuerdos van llegando.

—¡Ay Dios! Lorena, ella es tu hermana —suelta un gemido lastimero al caer en la cuenta de que ella debe estar con Justin.

—La misma, esa a la que tu amenazaste, a la que le robaste el ligue…

—Yo no le he robado nada —espeta furiosa por no haber recordado antes el parentesco que unía a ese par, pero han pasado muchos años y no la había reconocido.

—No, es cierto, es a ti quien roban —suelta una carcajada y la piel de Jessica se eriza por la frialdad que le transmite.

—Jesús, por favor, detente, deja que me vaya —suplica entre lágrimas de desesperación.

—¿Estás loca? —continúa conduciendo como un demente por las curvas que los llevan a Castrelo, lo que le proporciona un rayo de esperanza, conoce la zona perfectamente por lo que podrá intentar huir.

—Prometo no decir que tú…

—¿Que yo qué? ¿Que no te he obligado a subirte a mi coche? —niega— ¿Quién iba a creerte?

—Nadie, por eso no diré nada, lo prometo, pero déjame ir, por favor.

—Cállate, no voy a soltarte y me está molestando tanto lloriqueo, mantén la boca cerrada de una puta vez.

Obedece y mira al frente, a pesar de la oscuridad reconoce el camino y sabe que están cerca de la presa. A una velocidad de vértigo, cruzan el puente y se saltan el stop que hay un poco más adelante, lo que la hace gritar de miedo. Pocos minutos después, el ralentiza la marcha y gira por un camino de tierra. El coche se agita por lo baches, mientras la oscuridad los rodea, cuando detiene el motor ante una caseta oculta entre la maleza, el miedo se instala en su estómago.

—Baja, pero no trates de huir, no hay más que monte y viñas alrededor.

Jessica obedece de mala gana. Se siente tentada de huir pero la negrura que los rodea la detiene. ¿A dónde iba a ir? Muerta de miedo, camina hacia donde Jesús la espera y juntos entran en la caseta, donde los reciben Pablo y Lorena, acompañados de un cincuentón con bigote al que no reconoce.

—Por fin llegas —dice el desconocido acercándose a ellos—. Empezábamos a pensar que se te había escapado.

—Como puedes ver, no lo hizo —da un empujón a Jessica hacia el interior de la caseta y cierra la puerta tras de sí.

—Bienvenida, princesita —saluda Lorena con burla, lo que enfada a Jessica, que se abalanza sobre ella.

—¿Que cojones crees que estás haciendo? —Pablo la detiene agarrándola por el brazo y sentándola en una silla desvencijada de un empujón—. No te muevas, no quiero atarte, pero si me obligas, lo haré.

—Es mejor atarla, no me fío de ella —espeta Lorena, molesta por su intento de agresión.

El desconocido coge una cuerda y le amarra las manos a la espalda a Jessica, forzando sus brazos hacia atrás en una postura incómoda en la que por más que forcejea, no consigue liberarse. En cuanto la atan, los cuatro la ignoran, dando por hecho que no puede escapar y no los

molestará, se ponen a hablar entre ellos. Susurran, lo que complica a la joven entender lo que dicen, por más que lo intenta. Algunas palabras aisladas llegan a sus oídos y trata de ponerlas en contexto: un gran golpe, huir, mucho dinero, ese día, guardia civil, cárcel.

Comprendiendo lo que quieren decir, se fija en los cuatro más detenidamente. Van vestidos de negro por completo, están señalando cosas en un mapa que hay sobre una destartalada mesa y no dejan de cuchichear. Minutos después, el hombre del bigote dobla el mapa y se lo guarda en el bolsillo, tras eso, se dirige hacia la puerta y la señala antes de salir.

—Traedla —Jesús se acerca y la desata, la agarra del codo y la impulsa para que se levante, arrastrándola hacia el exterior.

La oscuridad los envuelve en cuanto abandonan la chabola. Jessica, que no entiende para qué la necesitan, se fija en que hay una furgoneta grande, donde se suben el tipo del bigote y Pablo, el antiguo trabajador de la bodega. Lorena se dirige al coche de su hermano y le abre la puerta trasera, donde él la empuja de malas maneras, antes de ponerse al volante y arrancar tras sus compañeros.

Conducen en sentido opuesto al que llegaron y algo en el interior de Jessica se tensa cuando toman la salida que lleva a Esencias del Norte. Los adoquines de la entrada le confirman lo que ya sospechaba, están en la bodega. Lo que ella no se espera es ver a Sebastián esperándolos en la entrada, con la misma ropa negra que los otros, apoyado en otra furgoneta, con cara de pocos amigos.

—Ya era hora, *carallo*.

—No te alteres, hombre, llegamos en cuanto pudimos —le dice amigablemente el hombre del bigote y tras un saludo se ponen manos a la obra.

Sebastián, confiado, mete la clave de la alarma y el sistema da error. Consciente de que eso podía ocurrir, pues la Guardia Civil había estado mucho por la bodega en los últimos días, hace una seña a Jesús, que agarra a Jessica del brazo y la arrastra hasta donde está el enólogo. Al acercarse, ella lo asesina con la mirada, pero al tipo parece no importarle. Sin esperar para que no alerten del error, le señala la pantalla de la alarma para que ella meta el código, consciente de que el suyo si abrirá. Ella se niega, pero un zarandeo de Jesús le deja claro que es mejor colaborar. Renuente, teclea los números de su cumpleaños y, tal como esperaban, esa vez el sistema se desarma y los ladrones se adentran en la bodega por la puerta principal, que el enólogo abre para ellos ante la furiosa mirada de la hija del dueño.

Jessica asiste al robo anonadada y muerta de frío, pues no va vestida

para estar a la intemperie. Está nerviosa y tiene miedo por lo que le puedan hacer, si a eso le suma el viento helado que entra por la gran puerta de entrada, totalmente abierta, es incapaz de dejar de temblar.

Sebastián no se mueve de la entrada, desde donde vigila la carretera y a ella como un halcón. Lorena y Pablo cargan cajas de vino en las furgonetas sin detenerse, lo que la hace preguntarse qué demonios van a hacer con tanto vino. Jesús y el hombre del bigote se adentran en el almacén privado de su padre y aparecen cargados con las botellas antiguas. Desde que se abrió Esencias del Norte, Juan había guardado un pequeño lote de cada temporada, convirtiéndolas así en su pequeño tesoro. Una colección de caldos de incalculable valor del que solo unos pocos conocían la existencia.

—No, esos no, tienen un gran valor sentimental.

—¡Cállate, princesita! —espeta Lorena sin dejar de sonreír.

—Por favor, no, no lo hagáis —suplica Jessica rompiendo a llorar por la impotencia.

—Mira y verás, no va a quedar nada —apunta el tipo del bigote acarreando más cajas hacia la furgoneta.

Capítulo 22

Juan llega a donde Justin lo espera pocos minutos después de recibir su llamada. En el trayecto no han dejado de llamar a Jessica, pero nadie responde. Cuando pasaron ante la casa de la joven, decidieron subir a comprobar si estaba allí y de paso activar el buscar mi iPhone desde el ordenador, pues en el pasado les había explicado como hacerlo, en caso de perder el móvil. En cuanto vieron la ubicación salieron corriendo con el portátil a buscar a Justin, que los estaba esperando.

—Vamos muchacho, tenemos la ubicación de su teléfono.

—*What*? ¿Cómo?

—No hay tiempo, te lo explico en el camino —dice Juan nervioso.

—¿A dónde vamos? —Inquiere el vaquero echando a correr tras la pareja, que ya está abandonado la plaza.

—A Esencias del Norte —aclara Catalina sin dejar de caminar a paso rápido hacia el coche que está mal aparcado, con los cuatro intermitentes, en medio de la calle al lado del castillo.

—¿Por qué? *Fuck! I don´t understand anything*.

—Justin, entra en el coche, en cuanto arranquemos te lo explicaremos todo —responde la mujer adentrándose en el asiento del copiloto, mientras Juan se coloca al volante.

—*Ok*. Pero empezad a hablar ya —espeta molesto en cuanto se sienta en la parte trasera, sin darle tiempo a cerrar la puerta, su jefe arranca —. *Shit*! Casi me caigo del coche —refunfuña mientras se abrocha el cinturón de seguridad, tras cerrar la puerta.

—No te quejes tanto, muchacho, tenemos que llegar cuanto antes a la bodega.

—*Yeah, i can understand, but* ¿por qué?

—El móvil de mi hija está en la bodega y me han llamado de la empresa de seguridad, han intentado desbloquear la alarma.

—*Fuck*! Estás diciendo que los ladrones están en la bodega y Jessica también.

—Sí, eso me temo —responde Juan dando un volantazo para dejar atrás la estación de Ribadavia y poner rumbo a Castrelo.

—*But*… ¿Por qué?

—Siguiendo una sugerencia de la Guardia Civil, cambié los códigos de acceso a la bodega, solo Cata, Jessica y yo sabíamos los nuevos.

—Gracias por la confianza —refunfuña el vaquero molesto, desde que los robos eran tan continuos, todo el tiempo se ha sentido en el punto de mira.

—No es lo que crees, muchacho. Dado que siempre estás con mi hija, dimos por hecho que ella te lo diría.

—Pues no lo hizo —refunfuña y centra la mirada en la carretera, la preocupación por Jessica lo hace olvidar el malestar por la falta de confianza que le ha mostrado su jefe—. ¿Cómo sabes donde está ella?

—Hace tiempo, cuando perdí mi iPhone, ella me explicó como localizarlo desde el ordenador. Solo he seguido su consejo y he activado la aplicación para buscar el suyo desde su portátil —aclara cata alzando el ordenador y enseñando al vaquero como se van aproximando poco a poco al puntito azul en la pantalla.

—Esa fue una gran idea —Juan toma la mano de Cata y la besa, para a continuación volver a colocarla en el volante y coger el cruce de San Paio a toda velocidad.

—Gracias, querido —susurra la mujer mirándolo un segundo, para acto seguido volver a fijar la vista en la pantalla.

—No hay que darlas, pero necesito que llames a la Guardia Civil, seguro que han recibido el aviso de alarma, pero es mejor prevenir.

—Por supuesto —afirma Catalina mientras coge el móvil de Juan, busca el número que está memorizado y el tono de llamada se escucha en todo el coche gracias al manos libres.

Mientras el padre de Jess explica a los agentes lo ocurrido, la cabeza de Justin va a toda velocidad procesando lo que le han dicho y el tiempo que lleva Jess desparecida. Tras mirar el reloj, resopla. En más de dos horas le han podido hacer de todo. Muerto de la preocupación, fija su mirada en la carretera, iluminada por los faros del coche y comprueba que están llegando al cruce de Santa Cristina, ya falta poco para cruzar la presa. De nuevo su mente se ve invadida de las miles de cosas que le han podido ocurrir a Jessica y le dan ganas de gritar. Se contiene a duras penas, concentrando su atención de nuevo en la carretera.

—Aguanta, Jessica, ya vamos —susurra tan bajo que los demás ocupantes del coche no lo escuchan.

Mientras, en la bodega, Jessica es testigo de como el grupo de ladrones vacía el almacén en un tiempo récord. Muerta de frío y preocupada por lo que harán con ella cuando acaben, se va arrimando a las escaleras que llevan a la oficina. Su intención es que las cámaras la graben y, de ser necesario, su familia pueda ver que estuvo ahí. Con una sonrisa tranquilizadora, para quien pueda ver los vídeos, saluda a la cámara de forma sutil y se queda ahí, resguardada del viento helado, esperando.

Cuando el variopinto grupo ha cargado las tres furgonetas hasta arriba, se reúnen y hablan muy bajo, por lo que Jessica no consigue escuchar lo que dicen. Poco después, se separan y ve como Pablo y el tipo de bigote vuelven a subirse a la furgoneta en la que llegaron, Sebastián se sube en la suya y Lorena se va a la otra. Arrancan los motores y las dos primeras se desplazan ante su estupefacta mirada. ¿La van a dejar ahí? Se pregunta confusa, sin dejar de observar los vehículos que se alejan por el camino de acceso y, tras detenerse en el cruce, cada furgón toma una dirección, dejándola sola con Jesús y la loca de su hermana.

—No es nada personal, princesita, necesitaba tu ayuda para entrar.

—No mientas, claro que es personal —espeta la joven furiosa.

—Cierto, sí lo es, pero no debiste tratar mal a mi hermana…

—Yo no he tratado mal a nadie —lo corta molesta.

—Ya lo creo que sí, ella siempre quiso ser tu amiga y no le diste ni una oportunidad.

—Por favor, éramos unas niñas, hay que superar el pasado. Todos cometemos errores y más cuando somos jóvenes.

—Ella lo ha pasado muy mal por el acoso que sufría en el colegio.

—¿Y qué culpa tengo yo de eso?

—Tú eras la peor —espeta furiosa Lorena.

—¿Yo? ¿Pero qué dices?

—Sí, tú y esas amiguitas tuyas que miraban por encima del hombro a las que no formaban parte de vuestro grupo.

—Repito, éramos unas niñas, eso es pasado, ¡supéralo!

—No, porque no te llegó con joderme la infancia, ahora vienes a robarme lo que es mío.

—¿De qué hablas? Aquí la única ladrona que yo veo eres tú —aclara Jessica muy enfadada por sus acusaciones.

—Tú me robaste a Justin.

—¿Otra vez? ¿En serio?

—Sí, una y mil veces si hace falta, él era mío.

—Sabes bien que eso no es cierto —la discusión entre las dos mujeres se va acalorando y cada vez alzan más la voz.

—Sí, lo era, él no estaba con nadie más que conmigo —enfadada, la morena abofetea a Jess, haciendo que su mano quede marcada en su cara.

Jessica la mira furiosa mientras se cubre la mejilla dañada con la mano. Tiene ganas de gritar, de abofetearla y de reclamar al vaquero como suyo, pero los pasos apurados de Jesús hacen que las dos mujeres lo miren confusas.

—Tenemos que irnos, la Guardia Civil se acerca.

—¿Cómo es posible? Se metió el código correcto en la alarma, nadie debería saber que estamos aquí.

—No lo sé, quizá en el intento fallido lo notificaron al cuartel, lo que sí sé es que tenemos que salir de aquí, ya.

—¡Pues vámonos! —grita la mujer asustada, en sus planes no entraba la Guardia Civil.

—¿Qué hacemos con ella? —inquiere Jesús mirando a Jessica.

—Mátala, pero hazlo rápido, hay que salir de aquí.

—No pienso joderme la vida por ella —contesta él molesto con su hermana por la orden.

Jessica asiste a la conversación entre los hermanos aterrada. En ningún momento había pensado que su vida corriera peligro, pero las palabras de Lorena le han puesto los pelos de punta. Esa mujer está totalmente trastornada y la quiere muerta. Sin ser consciente de ello, retrocede hacia las escaleras, por donde intenta subir, pero la mirada de Jesús la detiene.

—Lo siento, princesita, pero tengo prisa —exclama en un tono tan frío que siente como la sangre se le congela al escucharlo.

Jessica ve horrorizada como él se acerca en dos zancadas, la agarra del brazo y la zarandea. Todo en su interior grita no, pero reprime las ganas de exteriorizarlo y trata de librarse de su agarre, consciente de que las cámaras lo están grabando todo. El terror invade su cuerpo y se pone rígida. Mientras Jesús la arrastra, por su mente cruzan *flashbacks* de su padre, su tía y Justin. Recordar el momento en que él le dijo que la quería y ella no le respondió, hace que desee golpear al tipo que la agarra, pero él es mucho más fuerte y no consigue zafarse de su amarre por más que lo intenta. De pronto siente un fuerte golpe en la nuca y la oscuridad la arrastra hacia sus profundidades. Antes de cerrar los ojos y dejarse llevar por ella, lo último que ve son los ojos

del vaquero del que está enamorada, porque sí, lo ama más que a nada y va a morir sin decírselo.

Capítulo 23

Cuando el coche conducido por Juan cruza el puente sobre el Miño, se cruzan con un vehículo grande que hace que Justin desconfíe. Lo sigue con la mirada y reconoce al conductor. Justo en ese momento, se escuchan a lo lejos sirenas.

—*Stop*! Da la vuelta —señala el furgón con el dedo—. Era Jorge.

—¿Qué dices? —Cata observa la furgoneta salir del puente y empezar a subir hacia San Paio.

—Era él, estoy seguro. ¡Le vi!

—No, solo Jessica importa —aclara Juan sin detenerse—. Cata llama a la Guardia Civil, les avisaremos que van.

—*Fuck*! Ella podría estar con él.

—No, su móvil sigue en la bodega.

Sin decir nada, la mujer teclea algo en el teléfono y de nuevo el sonido los envuelve a todos cuando los agentes responden la llamada.

—Estamos saliendo del puente, nos hemos cruzado con un furgón conducido por un antiguo empleado, es uno de los implicados en el robo.

—Nosotros nos encargamos de ellos, pero por favor, no interfieran.

—Mi hija está ahí, nadie evitará que vaya a por ella.

—Puede ser peligroso, deberían mantenerse al margen— dice el agente perdiendo la paciencia.

—No lo vamos a hacer, nos vemos allí —espeta Juan y pulsa el botón de cortar la llamada. En su mente solo está el teléfono de su hija y seguir el localizador que lo llevará hasta su ubicación.

Pasan por el centro del pueblo a toda velocidad, sin reparar en la escasa gente que hay en la calle ni en lo silencioso que está todo. Al pasar el verano, la zona se queda muy tranquila. Cuando están a escasos metros del cruce para acceder a Esencias del Norte, el puntito en la pantalla del portátil empieza a desplazarse.

—¡Se mueve! —grita Cata asustada por su niña.

—Justin, muchacho, fíjate bien, tenemos que localizarla.

—*Yes*, lo haré —dice el vaquero concentrando toda su atención en la carretera mal iluminada.

—Juan, reduce la velocidad, el punto se acerca demasiado rápido —grita la mujer sin despegar los ojos de la pantalla.

En ese momento otro furgón pasa a su lado, pero ambos vehículos van tan rápido que no consiguen ver la cara de los ocupantes. Juan da un giro de ciento ochenta grados y se lanza a la persecución de la furgoneta, pues el indicador del ordenador dice que su hija está en el interior.

—Hay que llamar a la Guardia Civil de nuevo —dice Juan sin despegar los ojos de la trasera de la furgoneta que los precede.

Cata obedece, marca el número y el tono de llamada resuena en el interior del coche por tercera vez en esa noche, con la diferencia de que esta vez los agentes no responden. A demasiada velocidad para la carretera por la que van, continúan la persecución. A o lejos se escuchan las sirenas, pero ninguno les hace demasiado caso.

En el interior del furgón, Lorena se percata de que los están siguiendo y se pone muy nerviosa. Empieza a increpar a su hermano para que acelere, sin dejar de mirar por el retrovisor como las luces los persiguen. Las casas van quedando atrás y cuando se aproximan a la presa deciden atajar por ella, en vez de por el puente. Se adentran a toda velocidad en el estrecho pasaje sobre el río y los baches hacen que el furgón vaya dando tumbos.

En el vehículo perseguidor, Juan reduce la velocidad, evitando salirse de la carretera. Él quiere recuperar a su hija y quiere que todos estén vivos para poder abrazarla, si tienen un accidente eso será muy complicado. Se adentran en la vía que va sobre la presa y ven a lo lejos como la furgoneta sale a toda velocidad de nuevo a la carretera.

—*Shit*! Acelera, Juan, vamos a perderlos —insta Justin muerto de la preocupación por su chica.

—Si nos matamos, no vamos a servir de nada a Jessica —gruñe el padre de la chica molesto.

—Si los perdemos tampoco —susurra Cata sin despegar la mirada del ordenador.

Juan acelera de nuevo al salir de la presa y trata de alcanzar la furgoneta, pero se le complica, pues le han ganado unos metros y la oscuridad lo envuelve todo.

—*Shit*! ¡Los hemos perdido! —los sonidos de las sirenas se hacen más intensos y las luces empiezan a verse en la oscuridad de la noche.

—No, ahí están —aclara Juan frenando con fuerza, haciendo que las

ruedas chirríen y el coche se detenga atravesado en medio del camino, para evitar un accidente.

Ante sus ojos está la Guardia Civil girando bruscamente desde la carretera a un camino por el que deducen que se ha metido la furgoneta. Los tres se quedan congelados hasta que los pierden de vista, que Juan vuelve a arrancar y los sigue, aunque a una velocidad mucho más lenta que antes.

En el furgón, Jesús se esfuerza por no perder el control, acelerando para despistar a los agentes y tratar de poner distancia entre ellos y así lograr escapar. Pero el camino está muy bacheado y no lo consigue, por lo que al acelerar de más en una curva cerrada, pierde el control del vehículo, haciendo que la furgoneta se despeñe hacia la cola del embalse. Los gritos de su hermana son lo último que escucha antes del fuerte impacto. Cuando el agua empieza a filtrarse en el interior del vehículo, se desabrocha el cinturón y trata de hacer lo mismo por Lorena, que está inconsciente. Consigue soltarla y la agarra, acercándola a él, para a continuación patear repetidas veces el cristal delantero de la furgoneta hasta romperlo. El agua entra con más fuerza y complica a Jesús salir del automóvil, pero con mucho esfuerzo lo consigue, arrastrando a su hermana con él.

Cuando Juan detiene el coche al lado de la Guardia Civil, que está mirando hacia el río y hablando por la radio, los tres se bajan y corren hacia el borde del camino, donde alumbran los focos del coche patrulla. A pesar de la oscuridad, logran distinguir la furgoneta medio sumergida en el agua. La preocupación los invade a los tres, que no saben qué hacer. Juan y Cata se abrazan, para darse fuerza, sin dejar de mirar la cola del embalse.

Justin siente que su corazón se rompe en mil pedazos mientras ve como la furgoneta se hunde lentamente. La impotencia hace que apriete los puños y de un paso adelante. Al comprobar lo cerca que está el agua, se quita el sombrero, que lanza a la pareja aún abrazada y se lanza de cabeza al río.

Los agentes gritan al verlo, pero de poco sirve. El vaquero nada rápido y alcanza la furgoneta, se zambulle y trata de buscar a Jessica, pero la oscuridad complica mucho la labor. Cuando sale para tomar aire y volver a sumergirse, escucha respirar a Jesús muy cerca de él, mientras saca a su hermana a la superficie.

—*Damned*! Todo esto es por tu culpa —acusa Justin nadando hacia la pareja que flota a unos metros de él.

—¿Justin? —la sorpresa en la voz de Jesús hace que el vaquero se detenga y lo increpe.

—¿Dónde está Jessica? —el miedo que dejan entrever sus palabras

hace que Jesús vea una oportunidad para huir.

—Nunca la encontrarás —habla de forma entrecortada debido al esfuerzo de nadar y mantener a flote a Lorena—. La princesita ya está en el fondo del río, con todo el vino que había en la furgoneta.

—*Fuck*! Voy a… —el ruido de una embarcación aproximándose a ellos hace que Justin olvide a Jesús y vuelva a sumergirse para encontrar a Jessica. Que la Guardia Civil se encargue de él, su chica es más importante.

Bucea hasta la parte delantera del furgón y ve el cristal desprendido, se acerca y comprueba que Jessica no está ahí. Desesperado por encontrarla, sale a tomar aire y segundos después vuelve a hundirse en las oscuras aguas, en busca de la mujer que hace que su corazón se caliente. Tras forcejear con la puerta trasera del vehículo, vuelve a salir a tomar aire, siente como el frío agarrota sus músculos, pero se niega a dejarse vencer por él. Coge aire y se dispone a volver a sumergirse cuando la lancha se detiene a pocos metros de él. De ella saltan al agua un par de agentes que ayudan a Jesús a subir a Lorena y después lo suben a él, para acto seguido colocarle las esposas, después vuelven a meterse en el agua y se dirigen a él.

—Deténgase, nosotros continuaremos la búsqueda.

Justin obedece de mala gana, pero consciente de que si continúa en el agua acabará sufriendo una hipotermia y de poco le va a servir a Jessica en ese estado. Ayudado por los dos agentes, sube a la barca y le cubren con una manta térmica. El oficial que continúa en los mandos de la lancha los aproxima a la zona donde está la Guardia Civil en tierra y donde ahora hay también una ambulancia esperando.

Con mucho esfuerzo, Justin baja de la embarcación y se deja atender por los sanitarios, sin dejar de mirar donde los buzos están tratando de encontrar a la dueña de su corazón. Una lagrima de desesperación se le escapa y se la seca de un manotazo. Pocos minutos después, la ambulancia arranca con Lorena en el interior, dejando atrás a los dos hombres muertos de preocupación. Jesús por su hermana y Justin por la hija de su jefe, que se acerca a él en ese momento con su Stetson en la mano y el rostro inundado de preocupación.

—¿La has visto?

—No —contesta Justin desolado.

—Tengamos fe, los buzos la sacarán pronto.

—Nunca la vais a encontrar —murmura Jesús, haciendo que tres pares de ojos se claven en él.

Capítulo 24

Los Guardias Civiles se acercan con paso firme al hombre que acaba de sentenciar la muerte de Jessica. Justin, roto de dolor, envuelto en la manta, calado hasta los huesos y muerto de frío, quiere abalanzarse sobre él y sacarle a golpes esa sonrisilla de suficiencia con la que los mira. Pero la presencia de los agentes, que lo agarran de un brazo y lo arrastran hacia el coche patrulla, se lo impide. Los tres se quedan con ganas de saber por qué ha dicho que no van a encontrar a la joven, pero lo olvidan y concentran toda su atención en el río, en la furgoneta y en rezar para que Jessica aparezca.

Una hora después, cuando los buzos comunican a los agentes de tierra que no han encontrado el cuerpo de Jessica, la desesperación invade a Juan y Justin. Cata, tratando de mantenerse fuerte, los anima a ir al coche, para que pueda Justin ponerse ropa limpia y seca. Renuente y desolado por sentir que ha perdido al amor de su vida, el vaquero se deja conducir por la mujer hasta el vehículo. Cuando entra, Juan se coloca en el asiento del copiloto y es ella quien conduce. Salen de la pista muy despacio y en pocos minutos están aparcando ante la casa del encargado.

El vaquero, perdido en su dolor, entra en la vivienda y deja la puerta abierta para que lo sigan si lo desean. Sin mediar palabra, se va a la ducha y tras cinco minutos bajo el agua caliente, siente que su sangre vuelve a circular. Nota como el frío se aleja de su cuerpo y se aloja en su alma. Desesperado, apoya la cabeza contra los azulejos y deja que el agua se lleve las lágrimas que es incapaz de retener. ¿Cómo ha ocurrido esto? ¿En que momento pasaron de una noche para conocer a sus amigos a perderla? Un sollozo se le escapa y trata de reprimirlo. No es momento de llorar, tiene que ser fuerte y colaborar en la búsqueda, quizá la arrastró la corriente y están buscando en el lugar equivocado.

—Sí, tiene que ser eso —susurra Justin para darse fuerzas.

Tras pocos minutos, sale de la ducha, se viste y se abriga bien, decidido a regresar a la cola del embalse para encontrar a Jessica. Cuando llega al salón, Cata y Juan lo están esperando. Ambos están igual de abatidos que él, pero se contienen. Ninguno quiere ponerse en

lo peor, aunque es complicado no hacerlo. Justin se fija en las manos de la pareja, con los dedos entrelazados y en un firme apretón, es la forma que tienen de apoyarse y darse fuerza, algo que ambos necesitan.

—¿Alguna novedad?

—No, nada —responde Catalina con la voz cargada de dolor.

—*Well*, entonces regresemos, quiero estar cerca de ella —susurra Justin.

—Sí, vamos —dice Juan poniéndose en pie.

El sonido de un teléfono con una llamada entrante los congela a todos. Justin cae en la cuenta de que el suyo no es, pues al lanzarse al río no pensó en dejarlo, por ello, mira a la pareja con fijación. Cata saca el suyo del bolsillo y niega, mirando a Juan, que percibe los dos pares de ojos clavados en él.

—Ya voy —exclama apurado, rebuscando en la chaqueta hasta sacarlo del bolsillo. Por las horas, supone que debe ser la policía o algo urgente, pues son casi las tres de la madrugada. Al mirar el número en la pantalla se queda helado y apurado responde.

Unos minutos antes…

Jessica siente un fuerte dolor de cabeza cuando vuelve en sí. Gime y se echa la mano a la zona dolorida, tocando algo viscoso. Sangre. Trata de abrir los ojos y vuelve a gemir de dolor. ¡Maldito Jesús! ¿por qué ha tenido que golpearla? De nuevo, se esfuerza por abrir los ojos y resiste el pinchazo que la claridad que entra por la puerta provoca en su cabeza. Tras volver a gemir, se remueve para incorporarse y tratar de alejarse de la molesta luz que desprenden los focos de la entrada. Cuando lo consigue, un estremecimiento la recorre y la hace consciente de que sigue vestida con su mini vestido rojo y tirada en el suelo de la bodega en plena noche.

Reptando lentamente se acerca a las escaleras de las oficinas y trata de sentarse. Cuando lo logra, suelta un suspiro y se fija bien en el exterior. Sigue siendo de noche, piensa, por lo que no ha debido de pasar mucho tiempo inconsciente. Sacando fuerzas de flaqueza, se da la vuelta y se coloca de rodillas en las escaleras. Las medias rotas no la protegen lo suficiente, por lo que el frío de las plaquetas se clava en su piel como si fueran agujas, haciendo que le cueste demasiado moverse. Con gran esfuerzo va gateando por las escaleras hasta la puerta de las oficinas, que trata de abrir desde el suelo.

Al girar el pomo se da cuenta que la puerta está cerrada por lo que se deja caer, abatida, contra ella. Siente unas ganas terribles de llorar, pero no se deja vencer por la adversidad. Recuerda que Justin casi

nunca cierra su oficina, por lo que continúa avanzando hacia allí, dejándose la piel en el proceso. Es tal el cansancio, el dolor de cabeza y el frío, que no siente los raspones de las rodillas. Cuando, minutos después, alcanza la puerta, respira con dificultad por el agotamiento. Desesperada, alza la mano y gira el pomo, la puerta cede y Jessica repta dentro de la estancia lo más rápido que puede. Alcanza la silla y con mucho esfuerzo se incorpora para sentarse en ella. Tras varios intentos fallidos, se da por vencida y se concentra en agarrar el teléfono de la mesa, que no tarda en caer al suelo.

Respira aliviada al tener el aparato en la mano y marca el primer número que se le viene a la cabeza, el de Justin. Cuando la operadora dice que está apagado o fuera de cobertura, empieza a temer que a él también le ha pasado algo, pues la loca de Lorena estuvo con él y ahora sabe que es capaz de cualquier cosa. Desesperada, intenta llamar a su padre, el tono de llamada suena tantas veces que Jessica teme que no vaya a responder, pero cuando escucha su voz al otro lado, deja que el dolor, la angustia, el miedo y todo lo demás fluya a través de sus lágrimas.

—¿Hola? —un sollozo responde a Juan, que se tensa—. ¿Quién está ahí? —más sollozos responden al dueño de la bodega, que no espera más para salir de la casa de Justin hacia su coche.

—Hay alguien en Esencias del Norte, parece una mujer —explica el hombre sin cortar la llamada. Al otro lado solo se escucha llorar, pero no corta la comunicación.

—*Oh my god!* ¿Es Jessica? —Justin echa a correr, se coloca ante el volante y apremia a la pareja para que se sienten rápido. Arranca el vehículo y sale picando rueda hacia la bodega.

Juan continúa tratando de hablar con la persona que ha llamado por teléfono, pero el vaquero no le presta atención. En su mente solo hay una cosa, la posibilidad de que la mujer que le ha robado el corazón siga viva. Conduce como un loco hasta la bodega, pocos minutos después, aparca en la entrada y los tres corren al interior del edificio. Justin entra por la puerta abierta y va hacia las escaleras, si está llamado por teléfono tiene que ser desde las oficinas. Sube los escalones de tres en tres y con las prisas su sombrero negro sale volando, pero lo ignora. En ese momento solo Jessica importa, solo la posibilidad de volver a verla con vida importa.

Pasa ante la puerta cerrada de las oficinas de Juan y Cata, que lo siguen a una distancia considerable y continúa corriendo hasta la suya. Al comprobar que la puerta está abierta, se adentra en ella y su mundo se vuelve a llenar de luz al ver a la chica. Aunque toda la felicidad se evapora al comprobar el estado en el que se encuentra.

—*What the fucking hell?* ¿Qué te ha pasado, *baby*?

Justin se sienta en el suelo a su lado y le quita el teléfono de la mano, corta la llamada y lo deja a un lado. Después acerca a Jessica a él, la coloca sobre sus piernas y la rodea con sus brazos. Ella, como un gatito necesitado de calor y cariño, se acurruca en su pecho y continúa sollozando, aunque ahora es por el alivio de saber que él está bien.

—*Baby, stop, don´t cry. Please,* deja de llorar —la besa en la frente y trata de calmarla pero nada parece surtir efecto.

—Justin, ¿es ella? —la voz de Juan se escucha a lo lejos, pocos segundos después la pareja entra en el habitáculo y ambos sonríen al ver a la joven, a pesar de su estado maltrecho, viva.

—Sí, es ella —susurra el vaquero y besa su frente de nuevo—. *Baby*, ¿puedes mirarme un momento? —coloca sus dedos bajo su mentón y la anima a alzar el rostro, cuando sus ojos se encuentran, el calor y la alegría los recorre a ambos.

—Jess, cariño, ¿estás bien? —la voz preocupada de su padre hace reaccionar a Jessica, que asiente y poco a poco va dejando de llorar.

—Estamos muy felices de verte bien, estábamos muy asustados —confirma Cata que le ha agarrado una mano a Jessica y trata de calentarla entre las suyas.

—Hay que llamar a la Guardia Civil, tenemos que avisarlos de que estás aquí —dice Juan, que se levanta y marca en su móvil el número de los agentes. Poco después responden—. Hemos encontrado a Jessica, está en la bodega, necesita atención médica, pero está bien —el padre busca a la hija con la mirada y siente como un gran peso abandona su cuerpo, estaba desolado por la pérdida, volver a verla con vida es lo mejor que le ha pasado jamás—. Estaremos esperando.

Corta la llamada, se guarda en teléfono en el bolsillo y se acuclilla ante su hija. Le acaricia la mejilla con la mano y ella se inclina hacia la caricia, buscando el cariño de su padre, que sonríe ante el gesto.

—Estábamos tan preocupados por ti, mi niña, no vuelvas a darme un susto así en tu vida —finge estar molesto, pero lo único que siente es felicidad por tener a su hija a su lado.

Tras la alegría inicial, el vaquero repara en el estado de Jessica y suelta una maldición. La agarra entre sus brazos y se levanta del suelo, llevándola con él. Decidido a que un médico la atienda, se encamina hacia las escaleras, la pareja lo sigue de cerca, sin entender qué mosca le ha picado. Cuando están saliendo por la puerta de la nave, se escuchan las sirenas de la Guardia Civil acercándose, poco después una ambulancia y la patrulla que la acompaña se detienen al lado de su coche.

Justin deja a Jessica de mala gana en la camilla para que la revisen, pero no se aleja de ella. Está pendiente de cada cosa que le preguntan o hacen. Está aterrado porque desde que la conoce esa mujer siempre ha tenido algo que decir para quedar por encima de él y sin embargo, no ha abierto la boca desde que la encontró.

—Nos la vamos a llevar al PAC de Ribadavia, si fuese necesario hacer placas, tendría que ser trasladada a Ourense.

—Bien, yo voy con ella —afirma Justin y sin esperar que le den permiso se adentra en la ambulancia, se sienta al lado de Jessica y toma su mano entre las suyas, muerto de la preocupación.

—Nosotros os seguiremos en el coche —dice Catalina rotunda.

La Guardia Civil se acerca a Juan, que habla con ellos brevemente, pero al ver que la ambulancia se va, los despacha y se dirige al coche. Lo que menos le importa en ese momento es la bodega y las pérdidas materiales. Hace menos de una hora creía haber perdido a su niña, sin ella todo lo demás no importa. Por eso, sin mediar palabra, arranca tras la ambulancia y deja atrás Esencias del Norte.

Capítulo 25

Jessica fue dada de alta poco tiempo después. Según los médicos que la atendieron, el shock por lo vivido, el golpe en la cabeza y el frío, eran todo lo que tenía. Le recomendaron darse un baño al llegar a casa, tomarse unos calmantes para el dolor y un relajante muscular para poder descansar, así como que cada pocas horas la despertaran para comprobar que la conmoción no sea nada serio.

Con los papeles del alta en la mano y tras una escueta orden de Juan, la joven se fue a casa con su padre, el médico le había pedido que se relajara y descansara y por ello pensaron que llevarla a la casa en la que se crió, era lo mejor. Allí Cata cuidaría de ella, como hacía cuando era niña, por lo que Justin se sintió un poco desplazado, pero accedió.

Se despidió de su chica con un beso tierno y se quedó en la acera viéndolos marchar. Sin más nada que hacer, se encaminó hacia donde había aparcado su coche al principio de la noche y dejó que todo lo ocurrido en esas horas lo inundara. Recordar el dolor de haberla perdido hizo que se estremeciera. Él nunca había querido a nadie como la quiere a ella, nunca una persona había significado tanto para Justin y eso lo aterra. En el pasado habría puesto distancia entre el dolor y él sin dudarlo, pero no podría hacerlo, no a Jessica. Querer a esa mujer se había convertido en el motor de su vida, sentía en su interior que si se alejaba de ella, se moriría.

Un buen rato después, con la cabeza echando humo de tanto pensar, se detuvo ante su coche. Tras meterse en él, arrancó el motor y salió rumbo a su casa. En el camino se vio tentado de ir a la casa de Juan, pero decidió no hacerlo, Jessica necesitaba espacio y él se lo daría.

Cuando llegó a la entrada de su hogar, ya estaba amaneciendo. Agotado, cerró el coche y se fue directo a la cama a intentar recuperarse del día más largo de su vida. Tras quitarse la ropa, se metió bajo las mantas y dejó que Morfeo se lo llevara a su mundo.

Mientras tanto, Jessica, ayudada por Catalina y su padre, se adentra en la casa, agotada y dolorida. Siguiendo las indicaciones medicas, se dirige a su antiguo dormitorio acompañada de su tía. Juan se queda en la cocina preparando una tila bien calentita, concediéndole así

espacio para que se quite la ropa destrozada. Catalina la deja sentada sobre la cama y se dirige al cuarto de baño a llenar la bañera, convencida de que un baño caliente le ira bien, tal como dijo el doctor. Pocos minutos después, Cata echa jabón en el agua y tras removerlo para hacer espuma, se dirige al interior del dormitorio a por su sobrina.

—Vamos, Jessica, cariño. El baño está listo. —Agarra su brazo y la ayuda a levantarse, momento en el que el vestido cae al suelo, tras dar un paso sale del interior de la tela y se deja llevar.

Cata cierra el agua y ayuda a su sobrina a introducirse en el interior de la bañera. Un suspiro de satisfacción se le escapa a Jessica al sentir el calor invadir su cuerpo a medida que la calidez la envuelve.

—Eso es, tú relájate —le acaricia el cabello con cariño.

—Gracias, tía —susurra la joven con cariño.

—Oh, mi niña, no tienes que darlas, sabes que te quiero como a una hija, nada en el mundo me importa más que tú —le da un suave beso en la frente.

La joven se encoge en el interior de la bañera, rodeando sus piernas con los brazos y dejando que el calor vuelva lentamente a recorrer su cuerpo. Cuando su tía coge la esponja y echa agua sobre sus hombros se relaja, obligando a su mente a borrar lo ocurrido esa noche por unos minutos, dejando su mente en blanco y disfrutando de la sensación de sentirse querida. Poco después, llega su padre con la infusión humeante en la mano. Tras tocar a la puerta, se asoma.

—¿Se puede?

—Por supuesto —exclama Catalina con una sonrisa, sin dejar de echar agua por los hombros de Jessica.

—¿Cómo estas mi niña? —inquiere el padre, muerto de la preocupación por su hija.

—Bien, papi —susurra Jessica, que no tiene fuerzas ni para hablar.

—Toma, bébete esto, te ayudará a relajarte, y no olvides las pastillas —le tiende la taza a su hija, acompañada de dos píldoras que ella no tarda en meterse en la boca y tragar tras un sorbo a la caliente infusión.

—Gracias —Jessica agarra la taza entre las manos y disfruta del momento con su familia, el simple hecho de saber que están a su lado la reconforta.

—¿Cómo te sientes, Jess?

—Mejor —la chica mira a su padre con cariño y suspira—. Mucho mejor ahora que estoy en casa.

No dicen nada más por un buen rato, el silencio solo se rompe por los movimientos de Jessica para beber la tila y de Catalina, que tras echar jabón en la esponja, empieza a lavar los magullados hombros y brazos de su sobrina. Al acabarse la infusión, tiende la taza a su padre, que sale, dando privacidad a las mujeres. Tras lavarle el pelo con delicadeza y ayudarla a aclararlo, Catalina sale del cuarto de baño, dejando a Jessica unos minutos para sí misma. Cuando regresa, con la toalla caliente en la mano, su sobrina ya está de pie, sobre la alfombra, viendo como el agua se va por el desagüe, llevándose la suciedad de su maltratado cuerpo.

Con mimo, la ayuda a secarse y, tras enrollar su cuerpo en una toalla seca, la guía hasta un taburete, la anima a sentarse y procede a desenredar su larga melena rubia. Se miran a través del espejo y se sonríen con complicidad, recordando el pasado, cuando Jessica era solo una niña y su tía la peinaba. Al terminar, la acompaña hasta la cama, donde se pone el pijama y se adentra entre las sábanas. Catalina, consciente de la preocupación de su pareja, sale a la puerta y grita:

—Juan, ya puedes subir —pocos minutos después, su padre se sienta a su lado en la cama y le da un tierno beso en la frente.

—¿Cómo estás, mi niña?

—Mejor, papi —se acurruca contra el cálido cuerpo de su progenitor y suspira—. Mucho mejor.

—¿Te duele algo? —pregunta Juan mirando las marcas de las ataduras en sus muñecas.

—No, el dolor se está desvaneciendo, pero tengo mucho sueño.

—Duerme, cariño —dice su tía con ternura, acariciando su mano, para meterla dentro de la cama y cubrirla bien con las mantas.

Pocos minutos después, el sueño vence a Jessica. Tal como el doctor les había indicado, la despiertan cada dos horas y se turnan para velar su interrumpido sueño, por si tiene pesadillas o se queja por el dolor.

Es ya cerca de mediodía cuando el timbre de la puerta principal suena, sorprendiendo a Juan, que toma un café en la sala y echa un ojo al periódico. Al ser domingo, la mujer que se encarga de su casa no está, por lo que él se acerca a abrir la puerta, llevándose una sorpresa al ver allí a los agentes que habían llevado el caso de la bodega.

—Buenos días, perdone las molestias, necesitamos hablar con su hija.

—Buenos días —responde Juan afable—. Está dormida. Debido a lo ocurrido anoche, el médico nos pidió que la despertásemos cada dos horas, la pobre no ha podido descansar nada.

—Lo entendemos. Cuando se encuentre mejor, por favor, que se pase por el cuartel a declarar, necesitamos saber qué ocurrió.

—Por supuesto, iremos en cuanto ella esté preparada.

Sin decir mucho más, los Guardias Civiles se meten en el coche patrulla y se van, dejando a Juan pensando en todo lo que tendrá que arreglar en los próximos días. Resoplando, entra de nuevo en la casa y sube al piso superior en busca de Catalina, para saber como está su niña.

—¿Dónde está papá? —la voz adormilada de Jessica sorprende a Juan, que entra en su dormitorio con una sonrisa.

—Aquí.

—Oh, papi, como me alegro de verte —Jessica parece mucho más alegre, vivaz y parlanchina, lo que anima a su padre.

—Me alegro de verte sonreír, me tenías muy preocupado —Catalina se acerca a él y le da un beso en la mejilla.

—Es genial que nuestra pequeña esté recuperada, ¡nos diste un susto de muerte! —la señala con una sonrisa.

—Lo siento, no pensé que…

—Tranquila, sabemos que no fue tu culpa —responde su tía con cariño.

—¿Te encuentras lo suficientemente bien para levantarte y bajar a comer con nosotros?

—Sí, justo eso estaba pidiendo a Cata, que me dejara levantarme, pero no hay manera —bromea Jessica, haciendo que todos se relajen.

—Bien, entonces vístete, al acabar de comer tenemos que ir al cuartel, la Guardia Civil necesita tu declaración.

—Claro —murmura la joven aunque lo último que quiere es rememorar lo ocurrido el día anterior.

Tras ver salir a su padre y su tía de su dormitorio, se levanta y se va directa al vestidor. Tras echar un vistazo rápido, agarra un vestido largo con vuelo, unas sandalias y una chaqueta vaquera. Se viste lo más rápido que puede y, tras peinarse y darse un leve toque de maquillaje para cubrir las ojeras, baja al comedor.

—¡Ya estoy aquí! —exclama contenta de estar en su casa con su familia, aunque le extraña no haber visto a Justin desde que se despertó.

—Siéntate, querida —su tía señala su lugar en la mesa y todos sientan.

—Papi, esto… ¿dónde está Justin? —pregunta preocupada al no ver a su novio por ningún sitio.

—Se fue a su casa. El médico dijo que necesitabas descansar y él prefirió no molestar.

—¿Y por qué no le invitaste a venir? Aquí hay dormitorios libres, podría haberse quedado en uno.

—La verdad es que ni lo pensamos —responde su tía apesadumbrada.

—Quiero verlo, tengo que hablar con él…

—Sí, pero antes come —ordena su padre y la joven obedece de mala gana, pues al darse cuenta de la ausencia de Justin, se siente vacía.

—¿Cómo es que ayer estabais juntos? —pregunta muerta de curiosidad.

—Verás, Justin nos llamó cuando no conseguía dar contigo y…

Mientras comen, Juan, ayudado de Catalina, narra lo ocurrido la noche anterior, como vivieron su desaparición y la desesperación que invadía al pobre vaquero al no encontrarla. Según Jessica escucha el relato, su corazón se le hincha en pecho, haciendo que le sea complicado respirar. La necesidad de ver, abrazar y besar a Justin aumenta a cada palabra que escucha. Lo que siente por él crece a medida que conoce su padecimiento y no puede evitar sonreír como una boba cuando le cuentan que se tiro al río por ella, a pesar del frío de la noche.

Al acabar de comer, la familia abandona la casa y se va directa al cuartel. Jessica se pasa horas declarando y explicando a los Guardias Civiles todo lo ocurrido. Su padre y Catalina están presentes en todo momento, por lo que también se enteran de los detalles. Cuando abandonan el lugar está anocheciendo y la joven está desesperada por ver a Justin.

Al mismo tiempo, unos golpes en la puerta despertaron a Justin. De mala gana sale de la cama y va a ver quién lo molestaba. En calzoncillos, abre la puerta y ve a los Guardias Civiles en la entrada, se aparta para dejarlos pasar al interior de la vivienda.

—Buenos días, agentes, ¿en qué puedo ayudarlos?

—Buenas tardes —aclaran y Justin alza las cejas sorprendido, no había tenido tiempo ni de mirar la hora—. Necesitamos que nos acompañe a rendir declaración de lo ocurrido esta noche.

—Por supuesto, permitan que me vista y lo haré —los agentes asienten y Justin se dirige a su cuarto a ponerse unos pantalones, una camiseta, las botas y, tras mucho buscar, sale sin su sombrero, pues no lo ha encontrado.

—Ya estoy, ¿los sigo en mi coche para poder regresar después?

—Como prefiera, de lo contrario podemos volver a traerlo— a Justin

le hace muy poca gracia, por no decir ninguna, ir en el coche patrulla por lo que se dirige a su coche.

—Mejor no, así después aprovecho y me paso por Esencias del Norte a ver cómo ha quedado aquello.

—A su elección.

La patrulla arranca y el vaquero los sigue hacia el cuartel. Tras contar todo lo ocurrido el día anterior, desde el momento que salía de su casa a buscar a Jessica, se va a la bodega, donde la cinta policial le impide acceder. Justin resopla y acaba regresando a casa, es domingo y es mejor aprovechar para descansar, ya que ahí no puede hacer nada.

Se prepara algo de comer y viendo la televisión, donde la bodega es noticia, da buena cuenta de los alimentos. Después de recoger, se tumba en el sofá, muriéndose de ganas de llamar o escribir a Jessica, pero reprimiéndose para no hacerlo, lo último que quiere es molestarla. Cuando el sueño empieza a invadirlo, unos golpes en la puerta lo despiertan, haciendo que refunfuñe mientras se levanta.

—*Hell*! Es que no se puede dormir en esta casa —gruñe mientras abre la puerta.

—Buenas tardes a ti también, vaquero.

Capítulo 26

Y ahí está ella, como si nada hubiera pasado. Tan guapa, atractiva y sonriente como siempre, Jessica, apoyada en el marco de la puerta, con un vestido blanco, largo hasta los pies y una chaqueta vaquera, mirándolo como si tuviera hambre y él fuese su postre favorito.

—*Hello, baby* —las ganas de besarla y meterla en la casa de un tirón son muy grandes pero se contiene, esperando a ver qué hace ella.

—¿No vas a invitarme a entrar? —pregunta con picardía.

—Nunca has necesitado que te inviten a nada —aclara él con una sonrisa tan leve que casi no se aprecia.

—Cierto, siempre tomo aquello que deseo —lo recorre con la mirada y se relame haciendo que la temperatura corporal de Justin suba.

—*Yeah!* ¿Y qué es lo que deseas ahora? —la pregunta es un gemido ahogado que por poco hace que Jessica estalle en carcajadas.

—A ti, Justin.

—Pues ven a por mí, *hell*, soy todo tuyo —exclama abriendo los brazos invitador.

Sin necesidad de decir más nada, ella entra en la vivienda, cerrando la puerta tras de sí. A cada paso que da, sus piernas quedan expuestas debido a las aberturas laterales del vestido, haciendo que Justin rechine los dientes al ver sus rodillas lastimadas. Con delicadeza desliza sus dedos por las marcas y la mira, preocupado.

—No es tan malo como parece, son solo raspones.

—Siguen sin gustarme —refunfuña él.

—Gruñón —susurra Jessica, deteniéndose a pocos milímetros de su cuerpo, sin rozarse.

—Niñata.

—Malencarado.

—Pija —le suelta conteniendo la risa.

—Te quiero —susurra Jessica con el corazón latiendo a mil por hora.

—¿Qué has dicho? —pregunta Justin incrédulo, pues teme haber

escuchado mal, hasta ese día ella nunca le había dicho lo que sentía y no da crédito a lo que ha oído.

—Que te quiero, vaquero gruñón y cabezota —dice la joven en un tono algo más alto y colgándose de su cuello.

—Yo también te quiero, Jess —susurra él, inundado de dicha y amor al saber se correspondido.

—¿Y a qué esperas para besarme?

—También puedes hacerlo tú —gime él acercándose un poco más, haciendo que sus narices se rocen. Haciéndola rabiar, inclina la cabeza y busca su oído, tras mordisquearle el lóbulo, susurra— y estás tardando.

—Mandón —espeta ella feliz ella y se abalanza sobre su cuello, regando de besos y mordiscos la morena piel expuesta.

—¿Vas a dejar de insultarme en algún momento?

—No creo —murmura ella y lame el punto donde nota como el latido de su corazón se va acelerando.

—Va a ser interesante.

—¿Lo qué?

—El resto de nuestra vida —gime él mientras ella mordisquea un punto sensible de su garganta, haciendo que pierda el control.

—Vamos a dejar esta conversación para después, tenemos que hacer algo más importante que hablar —aclara mientras la alza en brazos y la lleva a su dormitorio.

—Eso sí que suena muy interesante… —se le escapa un gemido cuando él la deja sobre la cama y muerde uno de sus pechos sobre la fina tela del vestido.

Justin no responde, es incapaz de hablar. Ansioso, cuela sus manos bajo la tela del vestido y enreda los dedos en los hilos de su tanga, que desliza por sus piernas sin dilación. Al sacarlo, se coloca sobre su cuerpo y por fin, se deja llevar por lo que más desea, besando sus labios, enredando su lengua con la de ella y dejando que la pasión los arrase a los dos.

La camiseta de él sale volando, sustituida por las cálidas manos de Jessica, que recorre su piel con avidez, disfrutando de la suavidad del bello que la cubre. Después caen sus pantalones, dejándolo en ropa interior ante la mujer más sexy que ha tenido en su cama.

Al retirar la chaqueta vaquera, descubre que ese vestido le encanta, pues no tiene tirantes y solo tiene que desplazarlo un poco hacia abajo y disfrutar del manjar que la tela esconde. Al hacerlo, nota que

tampoco lleva sujetador y gime, frotando su erección contra el centro de ella.

—*Fuck*! Venías dispuesta a hacerme caer a tus pies, fierecilla.

—Sí, aunque no me ha costado mucho —otro gemido se escapa de su boca al sentir a Justin rozando su miembro contra la zona más sensible de su cuerpo y lo rodea con las piernas.

No dicen nada más, Justin cuela una mano entre la tela, haciendo sitio para su miembro, que libera bajando un poco el bóxer y se adentra en ella de un fuerte empellón. Los gemidos de placer invaden el dormitorio, cada vez más intensos, hasta que ambos alcanzan el clímax y se dejan caer en la cama, enredados y sudorosos.

Abrazados, haciéndose caricias el uno al otro y sin dejar de mirarse, Jessica empieza a narrar lo ocurrido la pasada noche a su vaquero, sin dejarse nada. En algunos momentos, Justin se tensa y ella lo besa para que se relaje, ninguno lo ha pasado bien, pero es momento de curar las heridas y seguir hacia adelante.

Tras haber declarado en el cuartel, los miedos de Jessica se evaporaron, dejando solo rabia, dolor y pena por esa gente que se creía más inteligente que los cuerpos del orden. En su interior sintió lastima por Lorena y su cabeza tan descontrolada, llegando incluso a pensar que, cuando se recupere, quizá le iría mejor que la ingresen en un psiquiátrico y la ayuden a superar el pasado. Está claro que todos tendrán que pagar por lo que hicieron, pero ella parecía ida, tan llena de ira y resquemor que es imposible que esté en sus cabales. Y así mismo se lo hizo saber a la Guardia Civil.

Justin, por su parte, le cuenta como se sintió al no encontrarla y la desesperación que lo llevó a avisar a su padre. Aunque sin duda, el peor momento fue cuando creyó que la había perdido, que se había ahogado en el Miño. Aún ahora, al saber que está bien y recordarlo, siente un vacío en su interior y sus palabras se inundan de dolor, trasmitiéndoselo a Jessica.

Capítulo 27

Al día siguiente por la mañana, la pareja llega a la bodega tarde. El reencuentro tras lo ocurrido el sábado fue intenso y se le pegaron las sábanas. Al estacionar el coche en la bodega, descubren que la Guardia Civil está ahí, por lo que se apresuran a subir a la oficina. Tocan a la puerta y se adentran, conscientes de que lo que allí se está hablando también les afecta.

—Buenos días —dice la pareja al adentrarse en el cuarto.

—Buenos días —responden los dos agentes, Juan y Cata.

—Como iba diciendo— recupera la palabra el agente, —hemos recuperado las dos furgonetas que salieron por carretera, los vinos están en buen estado, exceptuando algunas botellas rotas que pueda haber, no parece haber grandes pérdidas. Con respecto a la que acabó en el embalse, eso ya es diferente.

—¿Han conseguido sacarla? —pergunta Juan esperanzado.

—Sí, la hemos remolcado gracias a los buzos, pero la mercancía está casi toda dañada.

—Vaya… —susurra Jessica con pesar.

—Es una pena, pero solo es dinero, lo importante es que tú estás bien, cariño —aclara su padre con una sonrisa.

—Sí, gracias a Dios no hubo que lamentar pérdidas personales —dice el agente mirando a la mujer que todos creían en el fondo del río.

—¿Qué debemos hacer ahora? —Cata busca consejo en la Guardia Civil.

—Poco más queda por hacer. Los culpables están en el calabozo, pillamos a Pablo, Jorge y Sebastián con la carga, por lo que es imposible que se libren en el juicio. También tenemos a Jesús y a Lorena, los hermanos tienen mucho más por lo que responder, ya que las grabaciones de las cámaras y la declaración de Jessica los dejan en muy mal lugar. Él está en el calabozo y ella en el hospital, cuando se recupere pasará a disposición judicial.

—Mejor le iría un psiquiatra que la cárcel —susurra Jessica— esa mujer está loca.

—Es probable que el abogado consiga librarla de prisión alegando enajenación.

—Mientras paguen por lo que han hecho, me da igual dónde lo hagan —gruñe Justin, al que recordar lo ocurrido ha puesto de muy mal humor.

—Lo harán, tenemos pruebas y el caso muy bien atado, no tienen como librarse.

—Es bueno saberlo —dice Juan.

—Sí, incluso hemos descubierto lo que hacían con el vino —asegura uno de los dos oficiales.

—En eso también puedo ayudar yo —interviene Catalina— Hace un par de días descubrí que nuestros vinos se están vendiendo en los Estados Unidos, porque un comprador contactó conmigo y me hizo un pedido muy grande. Me sorprendió tanto que estuve hablando con el un buen rato, a pesar de que no habla muy bien español. Él me contó que hace tiempo reciben pequeños envíos de vino, tanto blanco como tinto, de Esencias del Norte, pero que la demanda ha aumentado y necesitan mayor cantidad.

—Vaya, eso es maravilloso —exclama Jessica— sin saberlo, los ladrones nos han ayudado a abrir mercado en el extranjero.

—Sí, en efecto, eso es lo que habíamos descubierto.

—Tendremos que esforzarnos mucho para mantener ese cliente con los tiempos malos que se nos vienen encima, demasiadas pérdidas… —exclama Juan abatido.

—Tranquilo, papi, seguro que conseguiremos salir de esta —intenta animarlo Jessica.

—Bueno, nosotros hemos terminado aquí —dice el agente levantándose de la silla, la conversación está tomando derroteros personales y no tienen por qué estar presentes. Su compañero lo imita y se dirigen hacia la salida.

—Ha sido un placer conocerlos —le tiende la mano Juan, a modo de despedida y, tras un apretón, los dos hombres salen de la oficina.

—Ahora hay que dar parte al seguro y rezar para que nos cubran todas las pérdidas, de lo contrario… —deja la frese a medias Cata, aunque todos entienden que la economía de la empresa se ha visto afectada por tanto robo y los ataques vandálicos.

—*Well*, con respecto a eso —dice Justin— yo podría ayudar. Tengo unos ahorros que me gustaría invertir y no hay mejor sitio para hacerlo que Esencias del Norte.

—¿Lo dices en serio? —indaga Jessica con una gran sonrisa.

—Por supuesto, esta ha sido mi casa durante los últimos cinco años. Tu padre y Cata han sido lo más parecido que he tenido a una familia y —se aclara la garganta— ahora que mi madre ha muerto…

—Gracias, muchacho, para mí sería un gran honor que tú inviertas en la bodega. Este proyecto ha sido muy especial para nosotros y me alegra saber que también lo es para ti.

—*Welll*, entonces, preparad los papeles y lo hacemos oficial cuando esté todo arreglado, pero os aseguro que no voy a echarme atrás.

Las sonrisas de los cuatro indican que la semana empieza mucho mejor de lo que acabó la pasada. Tras despedirse, Juan y Cata se van a la gestoría y al banco a arreglar los papeles y a solicitar los estados bancarios de la empresa para la sociedad.

Jessica y Justin se van a su oficina, donde, tras cerrar la puerta, se besan con ardor. La noche pasada no fue suficiente para menguar el deseo que los invade y se dejan llevar, conscientes de que están solos en esa parte de la bodega.

Los tórridos besos dan paso a caricias que abrasan la piel que tocan. La ropa desaparece, dejando que sus pieles se rocen. En un movimiento rápido, Justin coloca a Jessica sobre la mesa de la oficina y se coloca entre sus piernas. Ella se deja caer hacia atrás y él aprovecha para agarrar sus caderas y penetrarla, dejando que la pasión los arrase a los dos. Gemidos, gritos y te quiero susurrados son lo único que se escucha en el cuarto en los minutos que dura su apasionado encuentro. Al acabar, se separan sudorosos y cada uno recoge su ropa. Entre risitas se visten y proceden a realizar su trabajo, pues para eso están ahí.

El resto del día se les va volando, entre inventarios, recuentos y calcular pérdidas. Cuando empieza a oscurecer, los dos salen de la bodega hacia la casa de Justin. El vaquero tiene intención de sorprender a Jessica, por lo que la convence para ir hasta la iglesia de Santa María de Castrelo de Miño, un lugar precioso desde el que hay unas vistas espectaculares.

Tras parar en su casa a coger lo necesario para un picnic y el regalo que tiene para ella, arrancan el coche hacia su destino. Jessica está tranquila, mirando por la ventana y canturreando las canciones que suenan en la radio. Justin está nervioso por lo que pueda ocurrir a continuación, por eso la mira de reojo mientras conduce.

Lleva tiempo planeando esto y no sabe si a ella le va a gustar, pero espera que sí. Al llegar a la presa, Justin siente un escalofrío solo con pensar en lo ocurrido unos días atrás y eso le da fuerzas. Ambos lo necesitan.

Aparca el coche en la explanada que hay en la entrada y, tras coger una caja en el asiento de atrás, se encaminan juntos hacia la iglesia. La altura a la que están les permite ver el embalse, las montañas que lo rodean y la cola llena de agua. La oscuridad empieza a hacer imposible ver nada, por lo que Justin le entrega el paquete a Jessica, poniéndose de rodillas y mirándola con todo el amor que siente. Ella, asustada, pues parece que le esté pidiendo matrimonio, da un gritito, pero coge la caja en la mano.

—Es demasiado grande para ser un anillo —susurra nerviosa.

—¿Querías un anillo, *baby*? —Justin disfruta alterándola y ella sonríe, atacada, al escucharlo.

—No, es decir, sí, bueno, no… ¡Justin! — él se echa a reír.

—Vamos, ábrelo, ya hablaremos mas adelante de ese anillo —la pica él.

—Eres malvado —susurra mientras empieza a desempaquetar el regalo.

—*Yeah, baby*, y te encanta.

—Oh, ¡qué bonito! —exclama Jessica cuando rompe el papel y abre la caja, dejando a la vista un Stetson rosa con una cinta negra. —¿Es para mí?

—Obvio, *baby*, yo ya tengo el mío.

—Me encanta —dice mientras se lo pone en la cabeza, él que sigue de rodillas la mira desde abajo y ella lo pica—. ¿Y dónde está? yo no lo veo.

—La verdad es que no lo sé, tendré que comprarme otro negro —se pasa la mano por el pelo, revolviéndolo.

—Yo sí lo sé —susurra ella haciéndose la importante, agachándose para susurrar en su boca— pero tendrás que pagar un precio por la información.

—Me estás chantajeando, niñata —él rodea su cuerpo con los brazos y le da un azote en la nalga—. Dime ahora mismo donde está mi Stetson.

Jessica da un respingo y él la aprieta contra su cuerpo, aún de rodillas. Los dos se ríen, felices, ajenos a todo lo que los rodea.

—Está en la oficina, lo guardé esta tarde, lo encontré en medio de la bodega y bueno, sabía que era tuyo, nadie más va por ahí con un sombrero de vaquero.

—A partir de ahora, tú lo harás.

—¿Qué? No, es muy bonito, pero no voy a ir por ahí con él.

—Ya lo creo que sí.

—De eso nada.

—Well, vamos a decirlo así, el día que no lo lleves, no tendremos sexo.

—¿Me estás castigando?

—No, *hell*, te estoy avisando, más castigo es para mí.

—En definitiva, me has traído a este sitio tan bonito para darme una orden y regalarme un sombrero, de rodillas —Jessica lo mira confusa—. Eres un hombre muy extraño.

—No, te he traído aquí para invitarte a unas vacaciones por mi país, quiero que conozcas mi tierra y allí, sin un Stetson llamarías mucho la atención.

—Oh, ¿y por qué no has empezado por ahí en vez de ponerte en plan troglodita a dar órdenes?

—Porque no tendría gracia —dice él con picardía.

—Así tampoco la tiene —responde Jessica con cara de pocos amigos.

—Oh, *baby*, ya lo creo que la tiene —Justin se incorpora y la besa con pasión, haciendo que ella olvide por qué estaba enfadada—. ¿Qué me dices? ¿Nos vamos a los *USA*?

—Sí, claro que sí.

Ella se cuelga de su cuello y se besan con pasión mientras la oscuridad los rodea. Pocos minutos después, regresan al coche y ponen rumbo a Barral, a la viña en la que tuvieron su primer acercamiento, si a rebozarse llenos de barro se le puede llamar así. Cuando Justin apaga el motor, ella lo mira confusa, pero lo sigue al exterior.

—¿Quién lo diría?

—¿De qué hablas, *baby*?

—De nosotros, de lo mal que me caías y lo insufrible que eras.

—Di más bien de lo pija insoportable que tú eras y lo que disfrutabas poniéndome a mil con esos *outfits* tan sexys.

—¿Te parecía sexy? —pregunta ella acercándose a él, que está apoyado en la puerta del coche.

—*Shit, baby,* eres la más sexy.

—Entonces, ¿por qué me tratabas tan mal?

—Se llama autodefensa, eres peligrosa, un desafío, un problema. Debía mantenerte alejada.

—No se te ha dado muy bien —susurra ella a pocos centímetros de su

boca.

—No, pero me alegro de como ha acabado todo —se introduce en el coche y saca una cesta de picnic, con la otra mano entrelaza los dedos con los de Jessica y echa a andar.

—¿Te apetece cenar?

—¿Aquí?

—No hay mejor sitio —Justin mira alrededor y niega— aquí empezaste a derribar mis defensas.

—Es bueno saberlo, vaquero. Me esforcé mucho para que me vieras, porque parecía invisible para ti.

—Nunca, por más que me esforzara, lo imposible era no verte.

Jessica detiene el paso y Justin se la queda mirando. Da un paso hacia él, con sus dedos aún entrelazados, pega sus cuerpos y se pone de puntillas para besarlo lentamente, con dulzura y ternura.

—Te quiero, Justin.

—Yo te quiero más, Jessica —le da un suave beso en los labios—. Cuando pensé que te había perdido, mi mundo dejó de existir. La vida se me iba contigo, al saberme solo. *Baby*, quiero que entiendas que sin ti, yo no soy nada.

—Dios mío, Justin —susurra ella agarrando con fuerza una de sus manos y apoyando la otra en su mejilla en una caricia cómplice—. Cuando estaba secuestrada, solo podía pensar en ti, en que no te volvería a ver y que no te había dicho lo mucho que te quería. Saber que podía morir sin haberte dicho que eres lo más importante de mi vida, me asustaba mucho.

—Somos un par de bobos enamorados, *honey*.

—Bobo lo serás tú, pero sí, ¡estamos enamorados! —Jess da un grito de felicidad y se cuelga del cuello de Justin, que da vueltas con ella sin parar de reír por su arrebato. El aire mueve su cabello mientras gira y ella disfruta de saberse libre y amada.

Epílogo

Habían llegado a Oklahoma *city* dos días antes. Justin estaba tan emocionado que había arrastrado a Jessica de un lado para otro sin darle tiempo a respirar.

Recorrieron juntos el *National Cowboy and Western Heritage Museum,* ataviados los dos con sus sombreros y agarrados de la mano. Jessica descubrió la historia del estado guiada por un emocionado vaquero, que no dejó de contarle anécdotas de su niñez.

Pasearon y disfrutaron de la gastronomía local en el distrito de entretenimiento de Bricktown. Entraron en todas las tiendas y llevaron muchas bolsas cargadas de recuerdos y regalos para el hotel. Pero lo que más le gustó a Jessica fue la cena en barco por el canal, un momento muy romántico que ambos disfrutaron.

Por eso, cuando esa mañana al despertar, Justin le pidió que se pusiera ropa y calzado cómodos para caminar, además de su sombrero, Jessica no pensó que la iba a llevar lejos de la urbanización. Ahora, casi dos horas después de salir del hotel y subirse en el coche de alquiler, por fin han llegado a su destino.

—¡Madre mía! Justin, esto es una pasada.

—Me alegro que te guste —le dice apretando la mano sobre su muslo.

—¡Me encanta! —exclama Jessica encandilada sin dejar de mirar las columnas de tierra y roca roja que la rodean—. ¿Dónde estamos?

—*Welcome to the Gloss Mountain State Park!*

—Es precioso —susurra ella sin dejar de mirar por la ventana y disfrutar del árido terreno que los rodea.

—Vamos —dice Justin, tras aparcar el coche—. Lo mejor no se ve desde el coche.

La pareja emprende un largo paseo, ataviados con mochilas en las que llevan bebidas y todo lo necesario para una larga caminata. Jessica va todo el tiempo haciendo fotos con su iPhone, lo que divierte a Justin. Se hacen selfies y bromean mientras caminan por los senderos marcados. Al llegar a lo alto de un mirador, La joven da una vuelta sobre sí misma y mira a su novio alucinada.

—¡Que pasada! Este sitio es enorme —coloca la mano cubriéndose los ojos para conseguir ver más lejos y grita de felicidad. Vuelve a mirar al horizonte por unos segundos y cuando se gira se encuentra a Justin de rodillas ante ella, que se cubre la boca con las manos para no gritar de nuevo.

—Baby, sabes que *i love you*, que te quiero, que eres todo para mí, —él está nervioso lo que hace que Jessica sonría—. *Well*, no soy capaz de imaginar mi vida sin ti, por lo que necesito saber… *my heart*, ¿quieres casarte conmigo? —Abre una cajita y un precioso solitario de oro blanco atrae la mirada de Jessica.

La chica se queda unos minutos anonadada mirando el anillo, sin decir nada. Su cabeza va a mil por hora, recordando todos los momentos vividos en el pasado año y no puede evitar suspirar. Se saca las manos de la cara y se arrodilla en frente del vaquero, que empieza a impacientarse.

—Sí —susurra muy bajito—. ¡Sí! ¡SÍ! —chilla—. Claro que sí —acaba gritando feliz y agarrando entre sus manos la cara de Justin, lo besa con pasión.

Él saca el anillo de la caja y se lo coloca en el dedo, ante la atenta mirada de la gente que está por la zona. Cuando vuelven a besarse, todos aplauden y eso hace que la pareja sonría avergonzada, aunque eso no mengua su felicidad.

Tras ponerse de pie, se hacen a un lado del camino y disfrutan de la felicidad que los invade entre besos y caricias tiernas. De pronto, Justin abre la boca y el momento tierno se evapora.

—Hace unos meses te dije que tú y yo hablaríamos de ese anillo más adelante, bien, pues aquí lo tienes —bromea.

—Ay, vaquero, eres un experto en cargarte los momentos románticos.

—Eso no es cierto —refunfuña él molesto por sus palabras.

—Ya lo creo que sí, además de un gruñón.

—Niñata, no te pases —la avisa él con una sonrisa.

—¿O qué? ¿Vas a sacar tu vena troglodita? —Jessica da un golpecito con los dedos en el ala del sombrero de Justin, haciendo que salga volando. Él sale corriendo a por él y, tras colocárselo, la mira como un depredador—. ¡No! —grita asustada Jessica retrocediendo.

—No ¿qué? —pregunta él con burla.

—No te atrevas, aquí no…

—Que no me atreva ¿a qué? —murmura él con una sonrisa maliciosa en la cara, aproximándose a ella lentamente.

—No lo sé, lo que sea que estés pensando —Jessica piensa en salir corriendo.

—¿Por qué huyes, *honey*?

—Porque conozco esa mirada y no augura nada bueno —dice echando a correr.

No consigue dar más que dos pasos, Justin la alcanza, se la carga sobre el hombro y empieza a dar vueltas, lo que hace que Jessica grite y estalle en carcajadas.

—¡Bájame!

—No, antes debes disculparte por atentar contra mi Stetson.

—¡Ni de coña! —al escucharla, él retoma los giros, haciendo que grite de nuevo y ambos acaben riendo.

—¡Está bien, lo siento! —grita ella con el estómago dolorido de tanto reír.

—Así me gusta —susurra Justin mientras baja a Jessica muy lentamente, sintiendo el roce de su cuerpo contra el suyo y atrapando su boca en un tórrido beso cuando tiene sus labios a su alcance.

—¡Dios mío! Te quiero, vaquero —exclama Jessica feliz.

—Y yo a ti, *baby*.

Agradecimientos

Antes de nada, agradecerte a ti, que me lees, porque tras dos años sin publicar, ver que aún hay quien lo haga es un subidón para mí. De corazón, muchas gracias.

Tengo que hacer una mención especial a Jonás, mi pareja, que se ha alegrado tanto por mí cuando volví a escribir, que hasta se burló preguntándome si tenía fiebre. Gracias por el apoyo y los ánimos, siempre van bien si vienen de ti.

A Clara y Antiliados, por ayudarme como lectoras beta, por impulsarme a seguir y los consejos. Sin su apoyo, este libro no estaría entre tus manos.

A toda la gente que durante mi bloqueo me buscó, me escribió, me llamó y trató de hacerme salir de él. Dicen que en las ocasiones se ve quien de verdad nos aprecia y debo admitir que estoy rodeada de gente genial.

A Rocío, Jess, Awenyr, Lizzie, Yoly, Jane y toda la gente que las letras han traído a mi vida para quedarse. Cada vez que nos vemos, sea en eventos, quedadas o por casualidad, se me cargan las pilas. Sois la caña, ¡no cambiéis nunca!

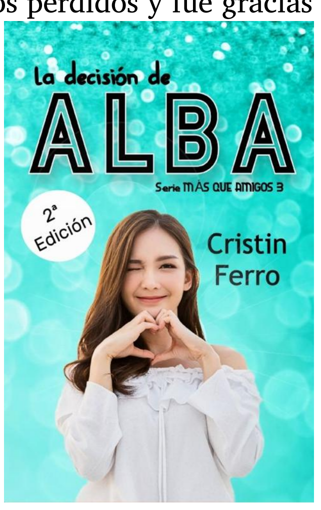
SOBRE MÍ



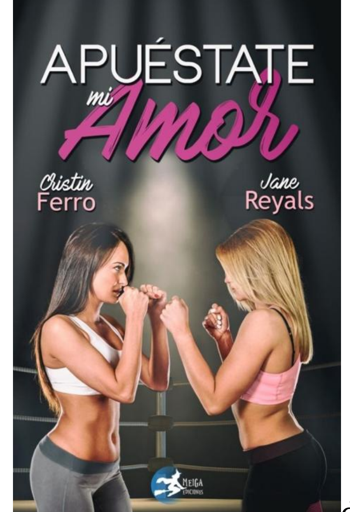
Mi nombres es Cristin Ferro, nací en Gomariz, un pequeño pueblo de Ourense, el 23 de Julio de 1986.

Desde pequeña he sido una lectora empedernida, devorando todos los libros que caían en mis manos. A medida que pasaron los años fui decantándome por la romántica, sin descuidar los demás géneros. De niña escribía pequeñas cosas, relatos o cuentos que con los años se perdieron y que ahora trato de recuperar.

Administro el blog literario Paraíso de los libros perdidos y fue gracias a él que he vuelto a escribir de nuevo,







dejando así salir lo que llevaba dentro. Sobra decir que escribo lo que siento, como lo siento y cuando lo siento. Podría decirse que este es mi lema.

La realidad es que escribo lo que mi cabeza me va dictando. Las ideas preconcebidas y los intentos de guiar una historia por donde pensaba al principio, no valen. Mi mente toma el control y me guía por los derroteros que ella considera apropiados.

Pasión, dolor, amor, tristeza, amistad, pérdida, felicidad y miles de sensaciones más que mi cabeza deja fluir a través de mis dedos.

OTROS LIBROS PUBLICADOS



A LA VENTA EN AMAZON